LIBRO dot.com

Sueños de un paseante solitario

Jean Jacques Rousseau



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PRIMER PASEO

Heme aquí, pues, solo en la tierra, sin más hermano, prójimo, amigo ni sociedad que yo mismo. El más sociable y el más amante de los humanos ha sido proscrito de ella por u n acuerdo unánime. Han buscado en los refinamientos de su odio qué tormento podía serle más cruel a mi alma sensible y han roto violentamente todos los lazos que me ligaban a ellos. Habría amado a los hombres a pesar de ellos mismos. Helos ahí, pues, extraños, desconocidos, nulos, en una palabra, para mí pues que lo han querido. Pero yo, desligado de ellos y de todo, ¿qué soy yo mismo? Ve aquí lo que me queda por buscar. Desgraciadamente, tal búsqueda debe ir precedida de un intuito a mi posición. Es ésta una idea por la que necesariamente ha de pasar para llegar de ellos a mí.

De quince y más años acá, que estoy en esta extraña posición aún me parece un sueño. Siempre imagino que me atormenta una indigestión, que duermo con mal sueño y que voy a despertarme bien aliviado de mi dolor encontrándome de nuevo con mis amigos. Sí, sin duda, debo de haber dado un salto de la vigilia al sueño, o más bien de la vida a la muerte, sin darme cuenta. Sacado no sé cómo del orden de las cosas, me he visto precipitado en un caos incomprensible donde nada percibo; y cuanto más pienso en mi situación presente menos puedo comprender dónde estoy.

¡Ah! ¿Cómo hubiera podido prever el destino que me esperaba? ¿Cómo concebirlo aún hoy que estoy entregado a él? ¿Podía suponer en mi sensatez que un día yo, el mismo hombre que era, el mismo que soy todavía, pasaría, sería tomado sin la menor duda por un monstruo, por un emponzoñador, por un asesino, que me convertiría en el horror de la raza humana, en el juguete de la chusma, que los viandantes escupirían sobre mí por todo saludo, que una generación entera se entretendría por un acuerdo unánime en enterrarme vivo? Cuando se operó esta extraña revolución, cogido de sorpresa, al principio me trastornó. Mis agitaciones, mi indignación me sumieron en un delirio que no tuvo bastante con diez años para calmarse, y en este disparate, he ido suministrando a los rectores de mi destino otros tantos instrumentos con mis imprudencias que ellos han empleado con habilidad para fijarlo irremisiblemente.

Durante largo tiempo me he batido tan violenta como inútilmente. Sin pericia, sin arte, sin disimulo, sin prudencia, franco, abierto, impaciente, arrebatado, no he hecho batiéndome sino envolverme más y darles incesantemente nuevos asideros que se han cuidado mucho de despreciar. Sintiendo que todos mis esfuerzos eran inútiles y que estaba atormentándome para nada, he tomado la única decisión que me quedaba por tomar, la de someterme a mi destino sin forcejear más contra la necesidad. En esta resignación he hallado el resarcimiento a todos mis males por la tranquilidad que me procura y que no podía combinarse con el trabajo continuo de una resistencia tan penosa como infructífera.

Otra cosa ha contribuido a esta tranquilidad. De todos los refinamientos de su odio mis perseguidores han omitido uno que su animosidad les ha hecho olvidar; y ha sido el de graduar sus efectos tan bien que les permitiera mantener y renovar mis sufrimientos sin cesar produciéndome siempre algún nuevo perjuicio. Si hubieran tenido la pericia de dejarme un rayo de esperanza, aún me tendrían sujeto por ahí. Incluso podrían hacer de mí su juguete mediante un falso señuelo y lacerarme a continuación con un tormento siempre nuevo por mi decepcionada espera. Pero han agotado de antemano todos sus recursos; al no dejarme nada, se han quitado todo a ellos mismos. La difamación, la degradación, la derrisión, el oprobio de

que me han cubierto no son más susceptibles de aumento que de disminución; somos por igual incapaces, ellos para agravarlos y yo para evitármelos. Tanto se han apresurado para colmar la medida de mi miseria que ni todo el poder humano, asistido de todas las astucias del infierno, podría añadir nada más. El mismísimo dolor físico distraería mis penas en vez de aumentarlas. Puede que al arrancarme gritos, me ahorrara gemidos, y los desgarros de mi cuerpo suspenderían los de mi corazón.

¿Qué más he de temer de ellos si todo está consumado? al no poder ya empeorar mi estado, no podrán inspirarme ya alarma. Son la inquietud y el espanto males de los que me han librado para siempre; nunca deja de ser un alivio. Poco me hacen los males reales; admito fácilmente los que padezco, pero no los que temo. Mi imaginación espantadiza los combina, los resuelve, los dilata y los aumenta. Su acechanza me atormenta cien veces más que su presencia, y el amago se me hace más terrible que el golpe. Tan pronto como ocurren, al privarles su acontecer de cuanto de imaginario tenían, les reduce a su justo valor. Los encuentro entonces mucho menores de como me los había figurado, y no dejo, en medio incluso de mi sufrimiento, de sentirme aliviado. En tal estado, liberado de todo nuevo temor y de la inquietud de la espera, la mera costumbre bastará para hacerme más soportable cada día una situación que no puede empeorar con nada, y a medida que se embota el sentimiento por la duración, van careciendo ya de medios para reanimarlo. Ve aquí el bien que me han hecho mis perseguidores al agotar sin mesura las trazas de su animosidad. Se han privado de todo dominio sobre mí, y puedo en lo sucesivo burlarme de ellos.

Una calma total se ha restablecido en mi corazón no hace aún ni dos meses. Hacía mucho tiempo que ya no temía nada, p pero seguía esperando, y esta esperanza, ora alimentada ora truncada, constituía una presa por la que mil pasiones diversas no cesaban de agitarme. Un acontecimiento tan triste como imprevisto acaba finalmente de borrar de mi corazón este débil rayo de esperanza y me ha hecho contemplar mi destino fijado para siempre y sin remisión aquí abajo. Desde entonces me he resignado sin reserva y he encontrado la paz.

En cuanto he comenzado a entrever la trama en toda su extensión, he perdido para siempre la idea de atraer en vida al público a mi lado; además, no pudiendo ser recíproco, en adelante el acercamiento me sería sobremanera inútil. Aunque los hombres volvieran a mí, no me encontrarían. Después del desdén que me han inspirado, su comercio se me hará insípido e incluso molesto, y soy cien veces más dichoso en mi soledad de lo que pudiera serlo viviendo con ellos. Han arrancado de mi corazón todas las dulzuras de la sociedad. Ya no podrían germinar de nuevo a mi edad; es demasiado tarde. En lo sucesivo, me hagan bien o mal, todo me es indiferente viniendo de ellos, y hagan lo que hagan, mis contemporáneos nunca serán nada para mí.

Pero contaba aún con el futuro y esperaba que una generación superior desentrañaría fácilmente, al examinar mejor tanto los juicios de aquélla sobre mí como su conducta para conmigo, la añagaza de quienes la rigen y me vería por fin tal como soy. Con esta esperanza he escrito mis Diálogos, y ella me ha sugerido mil locas tentativas para hacerlos pasar a la posteridad. Aunque alejada, esta esperanza mantenía mi alma en la misma agitación que cuando aún buscaba en el siglo un corazón justo, y por mucho que las lanzara lejos, mis expectativas me hacían igualmente juguete de los hombres de hoy. He dicho en mis Diálogos en qué basaba esta espera. Me equivocaba. Por ventura, lo he sentido lo bastante a tiempo como para encontrar antes de mi última hora un intervalo de plena quietud y de reposo absoluto. El intervalo comenzó en la época de que hablo y me cabe creer que ya no será interrumpido.

Transcurren pocos días hasta que nuevas reflexiones me confirman cuán equivocado estaba al pensar en un acercamiento del público, incluso en otra edad; pues que, en lo que a

mí respecta, lo conducen guías que se renuevan sin cesar dentro de los estamentos que me han tomado aversión. Los particulares mueren, pero no los cuerpos colectivos. Ahí se van perpetuando las mismas pasiones, y su ardiente odio, inmortal como el demonio que lo inspira, tiene siempre la misma actividad. Cuando todos mis enemigos particulares hayan muerto, los médicos, los oratorianos vivirán aún, y cuando ya no tenga más que a estos dos cuerpos como perseguidores, debe estar seguro de que no dejarán ya en paz mi memoria tras mi muerte, como no dejan a mi persona en vida. Quizá con el paso del tiempo puedan los médicos, a quienes realmente he ofendido, apaciguarse. Pero los oratorianos, a quienes yo amaba, a quienes estimaba, en quienes tenía plena confianza y a quienes nunca ofendí, los oratorianos, gentes de iglesia y medio monjes, serán por siempre implacables, su propia iniquidad constituye mi crimen, el que nunca me perdonará su amor propio, y el público, cuya animosidad cuidarán de reanimar y mantener incesantemente, no se apaciguará más que ellos.

Todo ha acabado para mí en la tierra. Ya no me pueden hacer ni bien ni mal. Ya no me queda esperar ni temer nada en este mundo, y heme aquí, tranquilo en el fondo del abismo, pobre mortal infortunado, pero impasible como Dios mismo.

Todo lo que me es exterior me es, desde ahora, extraño. En este mundo ya no tengo ni prójimo, ni semejantes ni hermanos. En la tierra estoy como en un planeta extranjero al que hubiera caído desde el que habitaba. Si algo reconozco a mi alrededor, no son sino objetos afligentes y desgarrantes para mi corazón y no puedo mirar lo que me afecta y me rodea sin encontrar siempre algún sujeto de desdén que me indigna o de dolor que me aflige. Alejemos, pues, de mi espíritu todos los penosos objetos de que me ocuparía tan dolorosa como vanamente. Solo para el resto de mi vida, pues que sólo

en mí encuentro el consuelo, la esperanza y la paz, ni debo ni quiero ocuparme ya más que de mí. En tal estado reanudó el examen severo y sincero de lo que otrora llamé mis Confesiones. Consagro mis últimos días a estudiarme yo mismo y a preparar con antelación las cuentas que, no tardando, rendiré. Librémonos por entero a la dulzura de conversar con mi alma, pues que es lo único que los hombres no pueden quitarme. Si a fuerza de reflexionar sobre mis disposiciones interiores logro ponerlas en un mejor orden y corregir el daño que pueda quedar, mis meditaciones no serán completamente baldías, y aunque ya no valga para nada aquí en la tierra, no habré perdido del todo mis últimos días. Las distracciones de mis diarios paseos se han llenado a menudo de encantadoras contemplaciones cuyo recuerdo me lastimo de haber perdido. Fijaré por medio de la escritura las que aún me vengan a la mente; gozaré cada vez que las relea. Olvidaré, pensando en el premio que hubiera merecido mi corazón, mis desdichas, mis oprobios, a mis perseguidores.

Estas hojas no serán propiamente más que un informe diario de mis ensoñaciones. Trataré mucho de mí, porque un solitario que reflexiona se ocupa necesariamente mucho de sí mismo. Además, tendrán igualmente su sitio cuantas ideas extrañas me pasen por la cabeza mientras paseo. Diré lo que he pensado tal como se me ha ocurrido y con tan poca relación como la que por lo común tienen las ideas de la víspera con las del día siguiente. Siempre, empero, saldrá de ahí un nuevo conocimiento de mi natural y de mis humores a través de los sentimientos que, en el extraño estado en que me hallo, son pasto diario de mi espíritu. Estas hojas pueden considerarse, por lo tanto, como un apéndice de mis Confesiones, mas no les doy ya ese título, pues no creo decir nada en ellas que pueda merecerlo. Mi corazón se ha purificado en el crisol de la adversidad y apenas he encontrado en él, al sondearlo con cuidado, resto alguno de inclinación retraíble. ¿Qué habría de confesar aún si le han arrancado todos los afectos terrenales? No tengo más de qué alabarme que de censurarme: desde ahora no soy nadie entre los hombres y es todo cuanto puede ser, pues carezco de

relación real, de sociedad verdadera con ellos. No pudiendo hacer ya ningún bien que no se trueque en mal, no pudiendo ya actuar sin perjudicar a otro o a mí mismo, abstenerme se ha convertido en mi único deber y lo cumplo siempre que esté en mi mano. Pero en esta holganza del cuerpo mi alma está aún activa, produce aún sentimientos, pensamientos, y su vida interna y moral parece haberse acrecentado con la muerte de todo interés terreno y temporal. Mi cuerpo ya no es para mí sino una traba, un obstáculo, y me libro de él siempre que puedo.

Una situación tan singular merece sin duda el ser examinada y descrita y a un tal examen consagro mi último tiempo. Para hacerlo con éxito, sería preciso proceder con orden y método: pero soy incapaz de este trabajo e incluso me apartaría de mi objetivo que es el de darme cuenta de las modificaciones de mi alma y de sus sucesiones. En cierta medida, haré sobre mí las operaciones que hacen los Físicos en el aire para conocer el estado del tiempo. Aplicaré el barómetro a mi alma y, bien dirigidas y repetidas largamente, estas operaciones me suministrarán resultados tan seguros como los suyos. Mas no prolongo mi empresa hasta ahí. Me contentaré con llevar el registro de las operaciones sin intentar reducirlas a sistema. Acometo la misma tarea de Montaigne, pero con un objeto completamente contrario al suyo: él no escribió sus Ensayos sino para los demás y yo no escribo mis ensoñaciones sino para mí. Si en mis más viejos días, en las proximidades de la partida, permanezco, como espero, en la misma disposición en que estoy, su lectura me traerá la dulzura que siento al escribirlas y, haciendo renacer de este modo para mí el tiempo pasado, doblará por así decir mi existencia. A despecho de los hombres, podré gustar aún del encanto de la sociedad y viviré decrépito conmigo en otra edad como si viviera con un amigo menos anciano.

Fui escribiendo mis primeras Confesiones y mis Diálogos con la preocupación constante de ocultarlos a las manos rapaces de mis perseguidores para transmitir los, cuanto cupiera, a otras generaciones. La misma inquietud ya no me atormenta en este escrito, sé que sería en balde, y habiéndose apagado en mi corazón el deseo de ser mejor conocido por los hombres, no deja más que una indiferencia profunda sobre la suerte de mis verdaderos escritos y de los monumentos de mi inocencia, que quizás han sido ya aniquilados para siempre. Todo me da igual ya, tanto que espíen lo que hago como que se inquieten por estas hojas o se apropien de ellas o las supriman o las falsifiquen. Ni las escondo ni las enseño. Si me las quitan en vida, no me quitarán ni el placer de haberlas escrito, ni el recuerdo de su contenido ni las meditaciones de que son fruto y cuyo manantial no pude agotarse sino con mi alma. Si desde mis primeras calamidades hubiera sabido no resistirme a mi destino y tomar el partido que tomo hoy, todos los esfuerzos de los hombres, todas sus horrendas maquinaciones habrían carecido de efecto para mí y no habrían turbado ya mi reposo con todos sus ardides como no pueden turbarlo desde ahora con todos sus éxitos; que disfruten de grado con mi oprobio, que no me impedirán gozar de mi inocencia y acabar mis días en paz a su despecho.

SEGUNDO PASEO

Al formar, pues, el proyecto de describir el estado habitual de mi alma en la posición más extraña en la que pueda encontrarse nunca un mortal, no he visto manera más simple y más segura de ejecutar tal empresa que llevando un registro fiel de mis solitarios paseos y de las ensoñaciones que los llenan cuando dejo enteramente libre mi mente y a mis ideas seguir su curso sin resistencia ni escollo. Esas horas de soledad y de meditación son las únicas de la

jornada en que soy plenamente yo y estoy conmigo sin distraimiento ni obstáculo, y en que puede decir realmente que soy lo que la naturaleza ha querido.

Enseguida he echado de ver que había tardado demasiado en ejecutar este proyecto. Mi imaginación, menos viva ahora, no se excita ya como antes con la contemplación del objeto que la anima, me embriago menos con el delirio de la ensoñación; hay más reminiscencia que creación en lo que produce actualmente, una tibia languidez debilita todas mis facultades, el ánimo vital se va apagando en mí; mi alma sólo con esfuerzo sale ya fuera de su caduco envoltorio y, sin la esperanza del estado a que aspiro porque me siento en ese derecho, no existiría más que a través de los recuerdos. De manera que para contemplarme yo mismo antes de mi ocaso, debo remontarme por lo menos unos años atrás en el tiempo en que, al perder toda esperanza aquí abajo y no encontrar ya en la tierra alimento para mi corazón, me fui acostumbrando poco a poco a nutrirle con su propia sustancia y a buscar su pasto en mis adentros.

Este recurso, del que me percaté demasiado tarde, llegó a ser tan fecundo que pronto bastó a resarcirme de todo. El hábito de entrar en mí mismo hizo que perdiera al fin el sentimiento y casi el recuerdo de mis males, aprendí así por mi propia existencia que la fuente de la verdadera felicidad está en nosotros y que no depende de los hombres el hacer realmente miserable a quien sabe querer ser feliz. Hacía cuatro o cinco años que disfrutaba normalmente de las delicias internas que las almas amantes y dulces encuentran en la contemplación. Los embelesos, los éxtasis que sentía en ocasiones al pasearme así, solo, eran goces que debía a mis perseguidores; sin ellos, jamás hubiera encontrado ni conocido los tesoros que llevaba en mí mismo. ¿Cómo mantener, en medio de tanta riqueza, un registro fiel? Al querer acordarme de tantas dulces ensoñaciones, en vez de describirlas volvía a caer en ellas. Se trata de un estado al que conduce su remembranza, y que uno dejaría enseguida de conocer al dejar completamente de sentirlo.

Comprobé bien este efecto en los paseos que siguieron al proyecto de escribir la continuación de mis Confesiones, sobre todo en éste de que voy a hablar, en el que un imprevisto accidente vino a romper el hilo de mis ideas y a darles, durante algún tiempo, otro curso. El jueves 24 de octubre de 1776, tras almorzar, me encaminé por los bulevares hasta la calle de Chemin-Vert, por la que llegué hasta los altores de Ménilmontant, y desde allí hasta Charonne, tomando los senderos a través de las viñas y los prados, atravesé el risueño paisaje que separa estos dos pueblecitos, después di un rodeo tomando otro camino para volver por los mismos prados. Me divertía recorriéndolos con el placer y el interés que siempre me han procurado los parajes agradables y parándome algunas veces a mirar plantas entre el verdor. Descubrí dos que bastante raramente veía alrededor de París y que encontré muy abundantemente en aquel cantón. Una es el Picris hieracíoïdes, de la familia de las compuestas, y la otra el Buplevrum falcatum, de las umbelíferas. El descubrimiento me alegró y me entretuvo larguísimo tiempo y acabó con el de una planta aún más rara, sobre todo en un país elevado, cual es el Cerastium aquatícum, que, a pesar del accidente que tuve ese mismo día, he vuelto a encontrar en un libro que llevaba y la he colocado en mi herbario.

Finalmente, tras haber pasado detalladamente revista a varias plantas más que aún veía en flor y cuyo aspecto y enumeración, que me era familiar, siempre me proporcionaban, no obstante, deleite, fui dejando poco a poco estas menudas observaciones para entregarme a la impresión no menos agradable sino más sentida que me producía el conjunto de todo aquello. La vendimia había acabado hacía unos días; los paseantes de la ciudad ya se habían retirado; también los campesinos iban abandonando los campos hasta los trabajos de invierno. Verde y risueño todavía, aunque deshojado en parte y ya casi desierto, el campo ofrecía por doquier la imagen de la soledad y de la proximidad del invierno. De su aspecto resultaba una mezcla de

impresión dulce y triste, demasiado análoga a mi edad y a mi suerte como para no aplicármela. Me veía en el declinar de una vida inocente e infortunada, con el alma llena aún de vivos sentimientos y el espíritu adornado todavía con algunas flores, aunque ya marchitas por la tristeza y secas por las penas. Solo y cansado, sentía llegar el frío de los primeros hielos, y mi imaginación agotada no poblaba ya mi soledad con los eres conformados según mi corazón. Suspirando me decía: ¿qué he hecho aquí abajo? Estaba hecho para vivir y muero sin haber vivido. Al menos no ha sido culpa mía, y al autor de mi ser le llevaré, si no la ofrenda de las buenas obras que no me han dejado hacer, por o menos un tributo de buenas intenciones frustradas, de sentimientos sanos, pero faltos de efecto y de una paciencia a prueba de los desprecios de los hombres. Me enternecía con estas reflexiones, recapitulaba los movimientos de mi alma desde mi juventud, en mi edad madura, después de que secuestraran de la sociedad de los hombres, durante el largo retiro en el que debo acabar mis día. Volvía con complacencia a todos los afectos de mi corazón, a sus apegos, tan tiernos y tan ciegos, a las ideas menos tristes que consoladoras de que se había nutrido mi esperanza . desde hacía algunos años, y me preparaba para evocarlos lo bastante como para describirlos con un placer casi igual al que había obtenido entregándome a ellos. La tarde se me pasó en estas apacibles meditaciones y ya volvía contentísimo por la jornada cuando, en lo más alto de mi ensoñación, fui sacado de ella por la ocurrencia que me queda por contar.

Hacia las seis estaba en la bajada de Ménilmontant casi enfrente del Galant Jardinier cuando, al apartarse brusca y repentinamente unas personas que iban delante

de mí, vi cómo se me echaba encima un enorme gran danés que, lanzándose a grandes zancadas delante de una carroza, siquiera tuvo tiempo de detener su carrera o de desviarse cuando reparó en mí. Juzgué que el único medio que tenía de evitar ser tirado a tierra era dar un salto grande, justo para que el perro pasara por debajo de mí mientras yo estuviera en el aire. Esta idea, más fugaz que el rayo, y que no tuve tiempo de razonar ni de ejecutar, fue la última antes de mi accidente. No sentí ni el golpe ni la caída, ni nada de lo que siguió hasta el momento en que volví en mí.

Cuando recobré el conocimiento era casi de noche. Me hallé en brazos de tres o cuatro jóvenes que me contaron lo que acababa de sucederme. Al no poder retener su impulso, el gran danés se había precipitado contra mis dos piernas y, al chocarme con su masa y su velocidad, me había hecho caer de bruces: la mandíbula superior había golpeado contra un adoquín irregular, soportando todo el peso de mi cuerpo, y la caída había sido tanto más violenta cuanto que, al ser en descenso, mi cabeza había quedado más abajo que mis pies.

La carroza a la que pertenecía el perro venía inmediatamente detrás y me habría pasado por encima si el cochero no hubiera detenido sus caballos al instante. Esto es lo que supe por el relato de los que me habían levantado y que aún me sostenían cuando volví en mí. El estado en que me hallé en ese instante es demasiado singular como para no hacer aquí su descripción.

Se acercaba la noche. Vi el cielo, algunas estrellas y un poco de verdor. Esta primera sensación constituyó un momento delicioso. Sólo de esa manera me sentía aún. En ese instante nacía a la vida y parecíame que con mi leve existencia llenaba todos los objetos que veía. Todo entero, en aquel momento no me acordaba de nada; no tenía ninguna noción distintiva de mi individualidad ni la menor idea de lo que acababa de ocurrirme; no sabía quién era ni dónde estaba; no sentía dolor, ni temor ni inquietud. Veía manar mi sangre como hubiera visto correr un arroyo, sin ni siquiera pensar que aquella sangre me perteneciera en forma alguna. Sentía en todo mi ser una calma hechizante frente a la que, cada vez que la recuerdo, no encuentro nada comparable en toda la actividad de los placeres conocidos.

Me preguntaron dónde vivía; me fue imposible decirlo. Pregunté dónde estaba; me dijeron que en la Haule-Borna; fue como si me hubieran dicho en el monte Altas. Tuve que preguntar arreo por el país, la ciudad y el barrio en que me hallaba. Aquello no bastó, con todo, para reconocerme; me fue preciso el trayecto desde allí hasta el bulevar para acordarme de mi morada y de mi nombre. Un señor que no conocía y que tuvo la caridad de acompañarme un rato, al saber que vivía tan lejos, me aconsejó que cogiera en el Temple un simón que me llevara a casa. Andaba muy bien, con mucha ligereza, sin sentir dolor ni herida, aunque escupiese todavía mucha sangre. Tenía empero un escalofrío glacial que me hacía castañetear de un modo incómodo mis dientes rotos. Cuando llegué el Temple pensé que, ya que caminaba sin esfuerzo, más valía que siguiera a pie mi camino antes de exponerme a perecer de frío en un simón. Así hice la media legua que hay desde el Temple a la calle Pláterie, caminando sin esfuerzo, evitando los atascos, los coches, escogiendo y continuando la ruta tan bien como hubiera podido hacerlo en plena salud. Llego, abro el secreto que han puesto en la puerta de la calle, subo a oscuras la escalera y entro por fin en casa sin otra incidencia que mi caída y sus consecuencias, de las que aún entonces no me daba cuenta.

Por los gritos de mi mujer al verme comprendí que estaba más maltrecho de lo que pensaba. Pasé la noche sin conocer ni sentir todavía el daño. Ve aquí lo que sentí y encontré al día siguiente. Tenía el labio superior partido por dentro hasta la nariz, por fuera la piel le había preservado mejor e impedía su total separación, cuatro dientes hundidos en la mandíbula superior, toda la parte del rostro que la cubre extremadamente hinchada y magullada, el pulgar derecho torcido y muy grueso, el pulgar izquierdo gravemente herido, el brazo izquierdo retorcido y muy hinchada también la rodilla izquierda a la que una fuerte y dolorosa contusión impedía doblarse. ¡Mas con todo este estropicio, nada roto, ni siquiera un diente, ventura que parece prodigio después de una caída como aquélla.

Esa es fidelísimamente la historia de mi accidente. En pocos días la historia se expandió por París tan cambiada y desfigurada que era imposible reconocer nada en ella. Hubiera debido contar de principio con esta metamorfosis; pero se le unieron tantas circunstancias extrañas, tantos propósitos oscuros y reticencias la acompañaron, me hablaban de ella con un tono tan burlonamente discreto que todos aquellos misterios me inquietaron. Siempre he odiado las tinieblas, me inspiran de manera natural un horror que no han podido disminuir aquéllas con las que me han rodeado desde hace tantos años. De todas las peculiaridades de esta época sólo señalaré una, suficiente empero para juzgar las demás.

El señor Lenoir, teniente general de policía, con el jamás había tenido relación alguna, envió a su secretario a que se informara de mis nuevas y me hiciera apremian tes ofrecimientos de sus servicios que no me parecieron, a la sazón, de gran utilidad para mi alivio. El secretario no cejó de instarme muy vivamente a que aceptara aquellos ofrecimientos, diciéndome incluso que si no me fiaba de él podía escribir directamente al señor Lenoir. La gran solicitud y el tono de confidencia que empleó me hicieron comprender que debajo de todo aquello había un misterio que yo intentaba inútilmente penetrar. Por menos que hubiera asustado, sobre todo en el estado de agitación en que me habían puesto la mente el accidente y la fiebre que se le había unido. Me entregué a mil conjeturas inquietantes y tristes, e hice, sobre cuanto sucedía en mi derredor, comentarios que indicaban más el delirio de la fiebre que la sangre fría de un hombre que no toma ya interés por nada.

Otro suceso vino a terminar de turbar mi tranquilidad. La señora de Ormoy había estado buscándome desde hacía algunos años, sin que yo pudiera adivinar el porqué. Regalitos cariñosos, frecuentes visitas sin objeto y sin placer me apuntaban suficientemente un fin secreto en todo aquello, pero no me lo descubrían. Me había hablado de una novela que quería hacer para presentársela a la reina. Yo le había dicho lo que pensaba de las mujeres

autoras. Me había dado a entender que el proyecto tenía como finalidad la recuperación de su fortuna, para lo cual tenía necesidad de protección; a esto no tenía yo nada que responder. Luego me dije que, al no haber podido tener acceso a la reina, había decidido dar su libro a la luz pública. No era el caso de darle consejos que no me pedía y que no hubiera seguido. Me había hablado de mostrarme antes a mí el manuscrito. Le rogué que no hiciera nada de aquello y ella nada hizo.

Un buen día, durante mi convalecencia, recibí de su parte el libro ya impreso e incluso encuadernado, y vi en el prefacio tan gruesas alabanzas de mí tan desabridamente chapadas y con tanta afectación que quedé desagradablemente afectado. La tosca adulación que aquello desprendía jamás se alió con el obsequio, no se equivocara mi corazón en eso.

Unos días más tarde, la señora de Ormoy vino a verme con su hija. Me comentó que su libro tenía la mayor resonancia por una nota que llamaba la atención; yo apenas me había fijado en la nota al hojear rápidamente la novela. La releí tras la marcha de la señora de Ormoy, analicé su cariz, creí ver en él el motivo de sus visitas, de sus zalamerías, de las gruesas alabanzas del prólogo, y juzgué que todo aquello no tenía otro fin que el de disponer al público para que me atribuyera la nota y, por consiguiente, la reprobación que le podía suponer al autor en la circunstancia en que había sido publicada.

Carecía de medio alguno para acabar con el bulo y con la impresión que podía causar, y dependía de mí sólo el no alimentarlo aguantando la continuación de las vanas y ostensivas visitas de la señora de Ormoy y de su hija. Ve aquí la tarjeta que escribí a la madre a tal efecto:

Rousseau, al no recíbir en casa a ningún autor,
agradece a la señora de Ormoy sus bondades y le
ruega que no le honre ya con sus visitas.

Me respondió con una carta honesta en la forma, pero retorcida como todas las que me escriben en casos similares. Había llevado el puñal hasta su corazón sensible y, por el tono de su carta, debía creer que no soportaría sin morir la ruptura, pues que tenía hacia mí sentimientos tan vivos y tan sinceros. Así es como la rectitud y la franqueza constituyen en este mundo crímenes horribles, y a mis contemporáneos pareceríales malvado y feroz aun cuando a sus ojos no tuviera otro delito que el de no ser falso y pérfido como ellos.

Había salido ya varias veces y me paseaba incluso con bastante frecuencia por las Tullerías, cuando, por el asombro de muchos con los que me iba encontrando, vi que aún había con respecto a mí otra noticia que ignoraba. Finalmente me enteré que el rumor público era que había muerto de mi caída, y este rumor se extendió tan rápida y pertinazmente que, más de quince días después de que yo estuviera al corriente, el mismo rey y la reina hablaron de ello como dándolo por seguro. Según lo que se cuidaron de escribirme, al anunciar el Courrier d´ Avignon la feliz noticia, no le faltó anticipar en tal ocasión el tributo de ultrajes e indignidades que, a guisa de oración fúnebre, le preparan a mi memoria tras mi muerte.

La noticia vino acompañada de una circunstancia aún más singular que no conocí sino por casualidad y de la que no he podido saber ningún detalle. Y es que habían abierto al mismo tiempo una suscripción para la impresión de los manuscritos que se encontraren en mi casa. Por tal me compuse que tenían preparada una colección de escritos fabricados adrede para atribuírmelos después de mi muerte: pensar que imprimirían fielmente alguno de los que realmente pudieran encontrar era una tontería que no podía entrar en la mente de un hombre

sensato y contra la que quince años de experiencia no han hecho sino protegerme sobremanera.

Estas observaciones, hechas una a una y seguidas de muchas más que no eran menos sorprendentes, amedrentaron de nuevo mi imaginación, que creía mitigada, y las negras tinieblas que iban acrecentando en mi derredor sin desmayo reanimaron todo el horror que por naturaleza me inspiran. Me cansé haciendo mil comentarios sobre todo aquello e intentando comprender unos misterios que se han vuelto inexplicables para mí. El único resultado constante de tantos enigmas fue la confirmación de todas mis conclusiones precedentes, a saber que, habiendo sido fijados de consuno por toda la generación presente el destino de mi persona y el de mi reputación, ningún esfuerzo por mi parte podía sustraerme a ello, ya que me es del todo imposible trasmitir legado alguno a otras épocas sin que pasen, en ésta, por manos interesadas en suprimirlo.

Mas esta vez fui más lejos. El cúmulo de tantas circunstancias fortuitas, el encumbramiento de todos mis más crueles enemigos afectados, por así decir, por la fortuna, cuantos gobiernan el Estado, cuantos dirigen la opinión pública, todas las personas de posición, todos los hombres de crédito escogidos como con cuidado entre los que contra mí tienen cierta secreta animosidad, para coadyuvar al común complot, este acuerdo universal es demasiado extraordinario para ser puramente fortuito. Un solo hombre que se hubiera negado a ser cómplice, un solo acontecimiento que le hubiera sido contrario, una sola circunstancia que le hubiera obstaculizado, hubiera bastado para dar al traste con él. Pero todas las voluntades, todas las fatalidades, la fortuna y todas las revoluciones han consolidado la obra de los hombres, y un concurso tan sorprendente que parece prodigio no puede dejarme dudar de que su pleno éxito está escrito en los decretos eternos. Multitud de observaciones particulares, ora en el pasado, ora en el presente, me confirman de tal modo en esta opinión que no puedo impedirme considerar en adelante como uno de los secretos del cielo, impenetrables para la razón humana, la misma obra que hasta ahora había contemplado como un fruto de la maldad de los hombres.

Lejos de serme cruel y desgarradora, esta idea me consuela, me tranquiliza y me ayuda a resignarme. No voy tan lejos como san Agustín, que se habría consolado de ser condenado si tal hubiera sido la voluntad de Dios. Mi resignación proviene de una fuente menos desinteresada, es verdad, pero no menos pura y más digna a grado mío del Ser perfecto que adoro. Dios es justo; quiere que yo sufra; y sabe que soy inocente. Ese es el motivo de mi confianza; mi corazón y mi razón me gritan que aquélla no me engañará. Dejemos, pues, hacer a los hombres y al destino; aprendamos a sufrir sin rechistar; al final, todo debe entrar en el orden, y tarde o temprano me tocará a mí.

TERCER PASEO

Me hago viejo aprendiendo siempre Solón repetía a menudo este verso en su vejez. Tiene un sentido en que yo podría decirlo también en la mía; pero desde hace veinte años la experiencia me ha hecho adquirir una ciencia bien triste y es que es preferible aún la ignorancia. Indudablemente, la adversidad es un gran maestro, pero hay que pagar caro sus lecciones y el provecho que se saca de ellas no vale con frecuencia el precio que han costado. Además, antes de haber obtenido todo este aprendizaje con tan tardías lecciones, se pasa el punto de servirse de él. La juventud es el tiempo de estudiar la sabiduría; la vejez es el tiempo de practicarla. La experiencia siempre instruye, lo confieso; pero no trae cuenta sino para el

espacio que uno tiene ante sí. ¿Acaso es tiempo de aprender, en el momento en que hay que morir, cómo se hubiera debido vivir?

¡Ah! ¿De qué me sirven luces tan tarde y tan dolorosamente adquiridas sobre mi destino y sobre las pasiones ajenas de las que aquél es obra? No he aprendido a conocer mejor a los hombres sino para mejor sentir la miseria en que me han sumido, sin que este conocimiento, al descubrirme todas sus trampas, me haya podido evitar ninguna. ¡Pues no me he mantenido esta imbécil aunque dulce confianza que durante tantos años me convirtió en la presa y en el juguete de mis ruidosos amigos sin que, envuelto en todas sus tramas, hubiera tenido siquiera la menor sospecha! Era su incauto y víctima, cierto es, pero me creía amado por ellos y mi corazón gustaba de la amistad que me habían inspirado, atribuyéndoles otro tanto para conmigo. Esas dulces ilusiones se han destruido. La triste verdad que el tiempo y la razón me han revelado haciéndome sentir mi infortunio me ha hecho ver que no tenía remedio y que sólo me quedaba resignarme. Así, todas las experiencias de mi edad carecen, en mi estado, de utilidad presente y de provecho para el futuro.

Entramos en liza en nuestro nacimiento y salimos de ella en la muerte. ¿De qué sirve aprender a conducir mejor nuestro carro cuando estamos al final de la carrera? Entonces ya sólo queda pensar en cómo salir de ella. El estudio de un viejo, si algo le queda aún por estudiar, es únicamente aprender a morir, y es precisamente el que menos se hace a mi edad: se piensa en todo, salvo en eso. Todos los viejos se aferran más a la vida que los niños y salen de ella de peor grado que los jóvenes. Pues que todos sus afanes fueron para esta misma vida, ven a su fin que han desperdiciado sus esfuerzos. Todos sus cuidados, todos sus bienes, todos los frutos de sus laboriosas vigilias, todo lo dejan cuando se van. No han pensado en adquirir durante su vida algo que pudieran llevarse a su muerte.

Todo esto me lo he dicho cuando era tiempo de decírmelo, y si no he sabido sacar mejor partido de mis reflexiones, no es por no haberlas hecho a tiempo ni por no haberlas digerido bien. Arrojado desde mi infancia al torbellino del mundo, aprendí tempranamente por la experiencia que no estaba hecho para vivir aquí y que jamás alcanzaría el estado cuya necesidad sentía mi corazón. Al dejar, pues, de buscar entre los hombres la ventura que sentía no poder encontrar en ellos, mi ardiente imaginación saltaba ya entonces por encima del espacio de mi vida apenas comenzada como por sobre un terreno que me fuera extraño, para descansar en un asiento tranquilo donde pudiera establecerme.

Este sentimiento, nutrido desde mi infancia por la educación y reforzado durante toda mi vida por el largo tejido de miserias e infortunios que la han llenado, me ha llevado a tratar en todo tiempo de conocer la naturaleza y el destino de mi ser con más interés y cuidado de lo que he encontrado en ningún otro hombre. H le visto a muchos que filosofaban bastante más doctamente que yo, pero su filosofía era, por así decir, ajena. Al querer ser más sabios que otros, estudiaban el universo para saber cómo estaba dispuesto igual que hubieran estudiado una máquina que se hubieran encontrado, por pura curiosidad. Estudiaban la naturaleza humana para poder hablar eruditamente de ella, pero no para conocerse; trabajaban para instruir a los demás, pero no para esclarecerse en sus adentros. Varios de ellos no querían más que hacer un libro, no importaba cuál, con tal de que fuera bien acogido. Una vez hecho y publicado el suyo, su contenido ya no les interesaba de ninguna manera, si no fuera para que los demás lo prohijaran y para defenderlo en caso de que fuera atacado, pero, por lo demás, sin sacar nada para su propio uso, sin preocuparse siquiera de que el contenido fuera verdadero o falso, con tal de que no fuera rechazado. En cuanto a mí, siempre que he deseado aprender ha sido para saber yo mismo y no para enseñar; siempre he creído que antes de enseñar a los demás era menester comenzar por saber lo bastante para sí, y, de todos los estudios que he intentado hacer en mi vida en medio de los hombres, apenas hay alguno que

no hubiera hecho igualmente solo en una isla desierta en la que hubiera estado confinado para el resto de mis días. Lo que uno debe hacer depende mucho de aquello en lo que uno debe creer, y en todo cuanto no concierne a las necesidades primarias de la naturaleza, nuestras opiniones son la regla de nuestras acciones. Para dirigir el quehacer de mi vida dentro de este principio, que fue siempre el mío, he procurado durante largo tiempo y con frecuencia conocer su verdadero fin, y, al sentir que no era menester buscar tal fin, enseguida me he consolado de mi poca aptitud para conducirme hábilmente en este mundo.

Nacido en una familia en la que reinaban las buenas costumbres y la piedad, educado luego con dulzura en casa de un pastor lleno de sabiduría y de religión, había recibido desde mi más tierna infancia, principios, máximas -otros dirían prejuicios- que nunca me han abandonado del todo. Aún niño y entregado a mí mismo, atraído mediante caricias, seducido por la vanidad, embaucado en la esperanza, forzado por la necesidad, me hice católico, pero siempre permanecí cristiano, y bien pronto ganado por la costumbre mi corazón se ligó sinceramente a mi nueva religión. Las instrucciones, los ejemplos de la señora Warens me afirmaron en este apego. La soledad campestre en que pasé la flor de mi juventud, el estudio de los buenos libros al que me entregué por entero, reforzaron junto a ella mis naturales disposiciones para los sentimientos afectuosos y me convirtieron en un devoto casi a la manera de Fénelon. La meditación en el retiro, el estudio de la naturaleza, la contemplación del universo empujan a un solitario a elevarse sin cesar hacia el autor de las cosas y a buscar con una dulce inquietud el fin de todo lo que ve y la causa de todo lo que siente. Cuando mi destino me arrojó al torrente del mundo, no encontré ya en él nada que pudiera agradar por un momento a mi corazón. 1:1 lamento de mis dulces ocios me persiguió por doquier y proyectó la indiferencia y el asco sobre cuanto podía encontrarse a mi alcance, lo que propiamente conduce a la fortuna y a los honores. Inseguro en mis inquietos deseos, esperaba poco, obtuve menos y sentí, entre resplandores incluso de prosperidad, que cuando hubiera obtenido todo lo que creía buscar, no habría encontrado la dicha de que estaba ávido mi corazón sin saber descubrir su objeto. Todo contribuía así a desligar mis aficiones de este mundo, aun antes de los infortunios que debían volverme completamente extranjero a él. Llegué a los cuarenta años flotando entre la indigencia y la fortuna, entre la sabiduría y la confusión, lleno de vicios de hábito sin ninguna mala inclinación en el corazón, viviendo el acaso sin principios bien declarados por mi razón y distraído de mis deberes sin despreciarlos, pero sin conocerlos a menudo bien.

Desde mi juventud había fijado esta época de los cuarenta años como el término de mis esfuerzos para encumbrarme y el de mis pretensiones de todo género.

Alcanzada esta edad y en cualquier situación que me hallase, estaba firmemente resuelto a no forcejear más para salirme de ella y a pasar el resto de mis días viviendo al día, sin ocuparme ya del porvenir. Llegado el momento, ejecuté el proyecto sin esfuerzo, y, aunque mi fortuna entonces pareciera querer tomar un asiento más fijo, renuncié a ella no sólo sin pesar, sino con un auténtico placer. Al librarme de todas las añagazas, de todas las vanas esperanzas, me entregué a la incuria y al reposo del espíritu que siempre constituyó mi gusto más dominante y mi inclinación más duradera. Abandoné el mundo y sus pompas, renuncié a todo adorno, no más espada, ni reloj, ni medias blancas, doradura o peinado; una simple peluca, un buen vestido grueso de paño, y mejor que todo eso, desarraigué de mi corazón las condiciones y envidias que dan precio a cuanto dejaba. Renuncié a la posición que entonces ocupaba, para la que en absoluto era propio, y me puse a copiar música a tanto la página, ocupación por la que siempre había tenido un gusto declarado.

No limité mi reforma a las cosas exteriores. Sentí que aquélla necesitaba además otra, más penosa sin duda, pero más necesaria, en las opiniones, y resuelto a no hacerlo de dos veces,

me afané en someter mi interior a un examen severo que lo ordenara para el resto de mi vida tal como quería encontrarlo a mi muerte.

Una gran revolución que acababa de operarse en mí, otro mundo moral que se revelaba a mis ojos, los insensatos juicios de los hombres cuyo absurdo comenzaba yo a sentir, sin prever todavía en qué medida sería víctima suya, la necesidad más creciente de un bien distinto al de la vanagloria literaria cuyo vapor apenas me había alcanzado y ya estaba harto de ella, el deseo, en fin, de trazar para el resto de mi vida una vía menos incierta que aquélla en la que acababa de pasar la más hermosa mitad, todo me obligaba a esta gran revisión cuya necesidad sentía de hace tiempo. Así pues, la emprendí y no desprecié nada de cuanto de mí dependía para ejecutar bien tal empresa.

De esta época puedo datar mi total renuncia al mundo y este gusto vivo por la soledad que desde entonces ya no me ha abandonado. La obra que emprendía sólo podía ejecutarse en un retiro absoluto; pedía largas y apacibles meditaciones que el tumulto de la sociedad no consiente. Ello me obligó a adoptar por un tiempo otra manera de vivir en la que pronto me encontré tan bien que, no habiéndola interrumpido desde entonces más que a la fuerza y por pocos instantes, la he reanudado de todo corazón y me he ajustado a ella en cuanto he podido, y luego, cuando los hombres me han constreñido a vivir solo, he visto que, al secuestrarme para hacerme miserable, habían hecho más por mi felicidad que lo que yo mismo había podido hacer.

Me entregué al trabajo que había emprendido con un celo proporcionado tanto a la importancia de la cosa como a la necesidad que sentía tener de ella. Vivía entonces con unos filósofos modernos que apenas se parecían a los antiguos. En vez de despejar mis dudas y de fijar mis irresoluciones; habían socavado todas las certezas que creía tener sobre los puntos que más me importaba conocer: pues, ardientes misioneros del ateísmo, y muy imperiosos dogmáticos, en absoluto aguantaban sin cólera que se osara pensar de modo distinto que ellos en cualquier punto. Con frecuencia me había defendido bastante débilmente por odio a la disputa y por poco talento para sostenerla; pero nunca adopté su desoladora doctrina, y esta resistencia a hombres tan intolerantes, que por otra parte tenían sus dictámenes, no fue de las menores causas que atizaron su animosidad.

No me habían persuadido, pero me habían inquietado. Sus argumentos me habían hecho vacilar sin que jamás me hubieran convencido; no les encontraba una buena réplica, pero sentía que debía haberla. Me acusaba menos de error que de inepcia y mi corazón les respondía mejor que mi razón.

Por fin me dije: ¿me dejaré bambolear eternamente por los sofismas de los que hablan mejor, cuando ni siquiera estoy seguro de que las opiniones que predican y que con tanto ardor intentan hacer adoptar a los demás sean efectivamente las suyas propias? Sus pasiones, que rigen su doctrina, sus intereses en hacer creer esto o aquello hacen que: sea imposible penetrar lo que ellos mismos creen. ¿Se puede buscar buena fe en los jefes de partido? Su filosofía es para los demás; haríame falta una para mí. Busquémosla con todas mis fuerzas mientras aún haya tiempo con el fin de tener para el resto de mis días una norma Fija de conducta. Heme en la madurez de la edad, en plena fuerza de entendimiento. Estoy ya próximo al ocaso. Si sigo esperando, no tendré ya en mi tardía deliberación el uso de todas mis fuerzas; mis facultades intelectuales habrán perdido para entonces su actividad, haré peor lo que hoy puedo hacer lo mejor posible: aprovechemos este momento favorable, si es la época de mi reforma externa y material, que también lo sea de mi reforma intelectual y moral. Fijemos de una vez por todas mis opiniones, mis principios, y seamos para el resto de mi vida lo que habría contemplado que debía ser después de haberlo pensado bien.

Ejecuté este proyecto lentamente y en diversas oportunidades, pero con todo el esfuerzo y todo el cuidado de que era capaz. Sentía vivamente que el descanso del resto de mis días y mi suerte total dependían de él: al principio me encontré en un laberinto tal de trabas, dificultades, objeciones, tortuosidades y tinieblas que, tentado cien veces de abandonarlo todo, cerca estuve, renunciando a vanas búsquedas, de atenerme en mis deliberaciones a las reglas de la prudencia común sin buscar más en unos principios que tanto trabajo me costaba elucidar. Pero incluso esta prudencia me era tan extraña, me sentía tan impropio para adquirirla, que tomarla por guía no era sino querer buscar sin timón, sin brújula, a través de los mares y las tormentas, un fanal casi inaccesible y que no me indicaba puerto alguno. Persistí: por primera vez en mi vida tuve valor, y a su concurso debo el haber podido sostener el horrible destino que desde entonces comenzaba a envolverme sin que tuviera la menor sospecha. 'Iras las más ardientes y más sinceras búsquedas que quizás jamás hayan sido hechas por mortal alguno, me decidí de por vida sobre todos los sentimientos que me importaba tener, y si he podido engañarme en mis resultados, estoy seguro al menos de que mi error no puede serme imputado como crimen, pues he hecho todos los esfuerzos para preservarme de ello. En verdad no dudo de que los prejuicios de la puericia y los votos secretos de mi corazón no hayan hecho inclinar la balanza del lado más consolador para mí. Difícilmente se prohíbe uno creer en lo que con tanto ardor desea, y ¿quién puede dudar de que el interés de admitir o rechazar los juicios de la otra vida no determina la fe de la mayoría de los hombres en su esperanza o en su temor? Convengo que todo aquello pudiera fascinar mi juicio, mas no alterar mi buena fe, pues temía engañarme en cualquier cosa. Si todo consistía en el aprovechamiento de esta vida, me importaba saberlo para, por lo menos, sacar el mayor partido en cuanto de mí dependiera mientras aún hubiera tiempo, y no quedar todo el tiempo burlado. Pero lo que más debía de temer en el mundo, en la disposición en que me sentía, era el exponer la suerte eterna de mi alma por el disfrute de los bienes de este mundo, que nunca me parecieron de un gran valor.

Confieso que no siempre disipé a satisfacción mía todas aquellas dificultades que me habían importunado y con las que tan frecuentemente me habían machacado los oídos nuestros filósofos. Pero resuelto a decidirme por fin sobre materias en que la inteligencia tiene poca mano y encontrando por doquier misterios impenetrables y objeciones insolubles, adopté en cada cuestión el sentimiento que me pareció mejor fundamentado directamente, el mas creíble en sí mismo, pero sin detenerme en objeciones no menos fuertes que no podía resolver, pero que se retorcían con otras objeciones no menos fuertes en el sistema opuesto. En estas materias, el tono dogmático no conviene sino a los charlatanes; pero importa tener un sentimiento para sí mismo, y escogerlo con toda la madurez de juicio que podamos. Si a pesar de ello, caemos en el error, no deberíamos en justicia sufrir el castigo, puesto que no tendremos culpa ninguna. Tal es el inquebrantable; principio que sirve de base a mi seguridad.

El resultado ele mis penosas búsquedas fue más o menos el que luego consigné en La profesión de fe del Vicario saboyano, obra indignamente prostituida y profanada en la generación presente, pero que un día puede hacer revolución entre los hombres si alguna vez renace el sentido común y la buena fe.

Desde entonces, templado en los principios adoptados tras una meditación tan larga y tan concienzuda, he hecho de ellos la regla inmutable de mi conducta v de mi fe, sin inquietarme más ni por las objeciones que me había podido resolver ni por las que no había podido prever y que de cuando en cuando se presentaban de nuevo a mi espíritu. Algunas veces me han inquietado, pero jamás me han hecho vacilar. Siempre me he dicho: todo esto no son más que argucias y sutilidades metafísicas que carecen de peso alguno frente a los principios

Librodot

fundamentales adoptados por mi razón, confirmados por mi corazón y portadores todos del sello del asentimiento interior en el silencio de las pasiones. En materias tan superiores al entendimiento humano, ¿una objeción que no pueda resolver echará abajo todo un cuerpo de doctrina tan sólida, tan bien ligada y conformada con tanta meditación y cuidado, tan justamente apropiada a mi razón, a mi corazón, a todo mi ser, y reforzada con el asentimiento interior que siento que les falta a las demás? No, jamás vanas argumentaciones destruirán la conveniencia que percibo entre mi naturaleza inmortal y la constitución de este mundo y el orden físico que veo reinar en él, En el orden moral correspondiente, cuyo sistema es el resultado de mis búsquedas, encuentro los apoyos que necesito para soportar las miserias de mi vida. En todo otro sistema viviría sin recurso y moriría sin esperanza. Sería la más desgraciada de las criaturas. Así que mantengámonos en éste que por sí sólo basta para hacerme feliz a despecho de la fortuna y de los hombres.

¿No parece, esta deliberación y la conclusión que saqué de ella, dictadas por el mismo cielo, a fin de prepararme para el destino que me esperaba y ponerme: en condición de soportarlo? ¿Qué hubiera sido, que sería aún de mí, con las tremendas angustias que me aguardaban y en la increíble situación en la que estoy constreñido para el resto de mi vida si, carente de asilo adonde poder escapar -a mis perseguidores, sin resarcimiento de los oprobios que me hacen padecer en este mundo y sin esperanza de obtener nunca más la justicia que me era debida, me hubiera visto entregado por entero al más horrible sino que mortal alguno haya sufrido sobre la faz de la tierra? Mientras que, templado en mi inocencia, no imaginaba entre los hombres sino estima y bondad para conmigo, mientras que mi corazón abierto y confiado se expansionaba con amigos y hermanos, los traidores me iban enlazando en silencio con redes forjadas en el fondo de los infiernos. Sorprendido por los más imprevistos infortunios y los más terribles para un alma orgullosa, arrastrado por el fango sin llegar a saber nunca por quién ni porqué, sumido en un abismo de ignominia, rodeado de horrendas tinieblas a través de las cuales no apercibía sino siniestros objetos, con la primera sorpresa fui derribado y no me hubiera levantado nunca del abatimiento en que me arrojó este imprevisto género de desdichas si no me hubiera procurado de antemano algunas fuerzas para que me levantasen en mis caídas.

Tan sólo tras años de agitaciones, al recobrar por fin mis ánimos y comenzar a entrar en mí, supe del valor de los recursos que me había reservado para la adversidad. Firme en cuanto a todas las cosas que me importaba juzgar, vi, al comparar mis máximas con mi situación, que daba a los insensatos juicios de los hombres y a los pequeños acontecimientos de esta corta vida mucha más importancia de la que tenían. Que no siendo la vida sino un estado de pruebas, poco importaba que estas pruebas fueran de tal o cual otra clase, con tal de que resultara el efecto a que habían sido destinadas y que, por consiguiente, cuanto más grandes, fuertes y multiplicadas fueran, más ventajoso era el saberlas soportar. Las más vivas penas pierden su fuerza para quienquiera que ve un buen y seguro resarcimiento de las mismas; y la certeza de tal resarcimiento era el fruto principal que yo había sacado de mis meditaciones precedentes.

Verdad es que en medio de los innúmeros ultrajes y de las inconmensurables indignidades que por doquier me agobiaban, algunos intervalos de inquietud y de dudas venían de vez en cuando a socavar mi esperanza y a turbar mi tranquilidad. Las poderosas objeciones que no había podido resolver se presentaban entonces a mi espíritu con más fuerza para acabar de abatirme precisamente en los momentos en que, sobrecargado con el peso de mi destino, estaba a punto de caer en el desánimo. A menudo, me volvían a la mente nuevos argumentos que iba oyendo en apoyo de los que otrora me habían atormentado. ¡Ay!-me decía yo entonces entre congojas prestas a asfixiarme-, ¿quién me preservará de la desesperación si, en

Librodot

el horror de mi sino, los consuelos que la razón me proporciona no son a mis ojos sino quimeras?, ¿quién, si al destruir aquélla de ese modo toda su obra, echa por tierra todo el apoyo de esperanza y de confianza que la misma me había reservado para la adversidad? ¿Qué apoyo sino el de algunas ilusiones que no embaucan más que a mí solo en el mundo? Toda la generación presente no ve más que errores y prejuicios en los sentimientos de que yo solo me nutro; encuentra la verdad, la evidencia, en el sistema contrario al mío; incluso parece que no puede creer que lo adopto de buena fue, y yo mismo, al entregarme con toda mi voluntad a él, encuentro dificultades insuperables que me es imposible resolver y que no me impiden que persista en él. ¿Soy, entonces, el único sabio, el único esclarecido entre los mortales? ¿Basta que me convengan para creer que las cosas son así? Puedo asumir una confianza aclarada en apariencias que no tienen nada de sólido a los ojos del resto de los hombres y que a mí mismo me parecerían incluso ilusorias si mi corazón no sostuviera a mi razón? ¿\o habría valido más combatir a mis perseguidores con armas iguales, adoptando sus máximas, que quedarme en las quimeras de las mías como blanco de sus acometidas sin accionar para rechazarlo? Me creo sabio y no soy más que un incauto, víctima y mártir de un vano error.

¡Cuántas veces estuve a punto de abandonarme a la desesperación en esos momentos de duda e incertidumbre! Si alguna vez hubiera llegado a pasar un mes entero en tal estado, habría sido a costa de mi vida y de mí. Pero estas crisis, si bien asaz frecuentes otrora, siempre han sido cortas, y ahora que todavía no me he librado por completo de ellas son tan raras y tan rápidas que carecen hasta de: la fuerza para turbar mi reposo. Son leves inquietudes que afectan a mi alma no más de lo que una pluma que cae en el río puede alterar el curso del agua. He notado que volver a someter a deliberación los mismos puntos sobre los que anteriormente me había declarado, era suponerme nuevas luces o el juicio más formado o más celo por la verdad del que tenía a la sazón en mis búsquedas, que no siendo ni pudiendo ser el mío ninguno de estos casos, no podía preferir por ninguna razón sólida unas opiniones que, en el colmo de la desesperación, no me tentaban sino para aumentar más mi miseria, a sentimientos adoptados en el vigor de la edad, en toda la madurez. del espíritu, después del más concienzudo examen y en unos tiempos en que la calma de mi vida no me dejaba otro interés dominante que el de conocer la verdad. Hoy que mi corazón está opreso de congoja, debilitada mi alma por los enojos, amedrentada mi imaginación, perturbada mi cabeza por tantos horrendos misterios de que estoy rodeado, hoy que todas mis facultades, debilitadas por la vejez y las angustias, han perdido toda su energía, ¿iba a privarme sin motivo de todos los recursos que me había ido reservando y otorgar más confianza a mi razón declinante, para hacerme injustamente desdichado, que a mi razón plena y vigorosa, para resarcirme de los males que padezco sin haberlos merecido? No, no soy ni más sabio, ni estoy mejor instruido ni tengo mejor fe que cuando me declaré sobre tales grandes cuestiones, no ignoraba entonces las dificultades que dejo que hoy me turben; no me detuvieron, y si se presentan al caso algunas nuevas que uno no había advertido aún, son los sofismas de una metafísica sutil que no podrían hacer vacilar las verdades eternas admitidas en todos los tiempos, por todos los sabios, reconocidas por todas las naciones y grabadas en el corazón humano con caracteres imborrables. Al meditar sobre tales materias, sabía que el entendimiento humano, circunscrito por los sentidos, no podía abarcarlas en toda su extensión. Conque me atuve a lo que estaba a mi alcance sin meterme en lo que lo sobrepasaba. Esta actitud era razonable, la abracé en otro tiempo y allí me tuve con el consentimiento de mi corazón y de mi razón. ¿Con qué fundamento renunciaría a ella hoy día que tantos poderosos motivos me deben ligar a la misma? ¿Qué peligro veo en seguirla? ¿Qué provecho sacaría abandonándola? ¿Asumiría también la moral de mis perseguidores al adoptar su doctrina? Esa moral sin raíz y sin fruto

que pomposamente exponen en libros o en cualquier deslumbrante acción en el teatro, sin que nunca nada de ella penetre en el corazón ni en la razón, o bien esa otra moral secreta y cruel, doctrina interior de todos sus iniciados, a la que la otra no sirve sino de máscara, que siguen sólo en su conducta y que tan hábilmente han practicado conmigo. Esa moral puramente ofensiva no sirve en absoluto para la defensa y sólo es buena para la agresión. ¿De qué me serviría en el estado a que me han reducido? Mi sola inocencia me sostiene en los infortunios, y ¿cuánto más desgraciado me haría aún si, privándome de este único, pero poderoso recurso, los sustituyera por la maldad? ¿Les alcanzaría en el arte de hacer daño, y, cuando lo lograra, de qué mal me aliviaría el que yo les pudiera hacer? Perdería mi propia estima y no ganaría nada a cambio.

Así es como, razonando conmigo mismo, conseguí no dejarme socavar más en mis principios con argumentos capciosos, con objeciones insolubles y con dificultades que sobrepasaban mi capacidad y quizás la del espíritu humano. El mío, quedándose en el más sólido asentamiento que había podido darle, se acostumbró tan bien a descansar allí al abrigo de mi conciencia que ninguna doctrina extraña, antigua o nueva, puede ya conmoverlo ni turbar por un instante mi reposo. Caído en la languidez y la agonía de espíritu, he olvidado hasta los razonamientos en los que basaba mi creencia y mis máximas, pero jamás olvidaré las conclusiones que de ellos saqué con la aprobación de mi conciencia y de mi razón, y en adelante me mantengo en ellas. Que vengan todos los filósofos a ergotizar en contra: perderán su tiempo y sus esfuerzos. En todo estado de cosas, me atengo para el resto de mi vida a la actitud que tomé cuando estaba en mejor condición para elegir bien.

Templado en tales disposiciones, encuentro en ellas, con el propio contentamiento, la esperanza y los consuelos de que he menester en mi situación. No es posible que una soledad tan completa, tan permanente, tan triste en sí misma, que la animosidad siempre sensible y siempre activa de la generación presente, que las indignidades con que me agobia sin cesar no me suman algunas veces en el abatimiento; la esperanza socavada, las dudas descorazonadoras vuelven aún de vez en cuando a turbar mi alma v a llenarla de tristeza. Es entonces cuando, incapaz para las operaciones del espíritu necesarias para tranquilizarme yo mismo, preciso acordarme de mis antiguas resoluciones; los cuidados, la atención, la sinceridad de corazón que puse al adoptarlas, vuelven entonces a mi recuerdo y me devuelven toda la confianza. Me resisto así ante cualquier nueva idea igual que ante errores funestos que sólo tienen una falsa apariencia y que no sirven más que para turbar mi reposo.

Así pues, retenido en la estrecha esfera de mis antiguos conocimientos, no tengo, como Solón, la dicha de poder instruirme cada día al envejecer, y debo preservarme del peligroso orgullo de querer aprender lo que desde ahora no estoy en condiciones de saber bien. Mas si me quedan pocas adquisiciones que esperar del lado de las luces útiles, me quedan otras muy importantes que hacer del lacio de las virtudes necesarias a mi estado. Sería entonces el momento de enriquecer y ornar mi alma con una adquisición que pueda llevarse consigo cuando, liberada de este cuerpo que la ofusca y la ciega, y viendo la verdad sin velo, perciba la miseria de todos estos conocimientos de que tan huecos están nuestros falsos sabios. Llorará los momentos perdidos en esta vida en querer adquirirlos. Pero la paciencia, la dulzura, la resignación, la integridad, la justicia imparcial constituyen un bien que uno se lleva consigo y del que puede uno enriquecerse sin cesar, sin temor a que la misma nos lo desprecie. A este único y útil estudio consagro el resto de mi vejez. Dichoso si con mis progresos sobre mí mismo aprendo a salir de la vida, no mejor, pues ello no es posible, sino más virtuoso de lo que entré en ella.

Librodot

CUARTO PASEO

Del pequeño número de libros que aún leo a veces, Plutarco es el que más me atrae y me aprovecha. Fue la primera lectura de mi infancia, será la última de mi vejez; es casi el único autor al que nunca he leído sin sacar algún fruto. Anteayer leía en sus obras morales el tratado Cómo poder sacar utilidad de los enemigos. El mismo día, mientras ordenaba unos folletos que me han sido enviados por los autores, di con uno de los periódicos del abate Rosier en cuyo título había puesto estas palabras: Vitam vero impendenti, Rosier. Demasiado sabedor de los giros de estos señores como para dejarme engañar con éste, comprendía que bajo aquel aire de urbanidad había creído decirme una cruel antífrasis: pero ¿fundada en qué? ¿Por qué ese sarcasmo? ¿Qué motivo podía haberle dado yo? Para aprovechar las lecciones del buen Plutarco decidí emplear el paseo del día siguiente en examinarme sobre la mentira, y acabé por demás confirmado en la opinión ya asumida de que el Conócete a ti mismo del templo de Delfos no era una máxima tan fácil de seguir como lo había creído en mis Confesiones.

Al ponerme en marcha al día siguiente para llevar a efecto esta resolución, la primera idea que me vino, cuando comenzaba a recogerme, fue la de una horrible mentira cometida en mi primera juventud, cuyo recuerdo me ha turbado toda mi vida y viene, incluso en mi vejez, a contristar aún mi corazón lacerado ya de tantos otros modos. Aquella mentira, que fue en sí misma un gran crimen, debió ser uno aún mayor por sus efectos, que yo siempre he ignorado, pero que el remordimiento me ha hecho suponer tan crueles cuanto cabe. Sin embargo, de no contemplar más que la disposición en la que me hallaba al cometerla, la mentira sólo fue fruto de la mala vergüenza, y por muy lejos que partiera de la intención de perjudicar a quien fue su víctima, puedo jurar ante la faz del cielo que, en el mismo instante en que aquella invencible vergüenza me la arrancaba, habría dado toda mi sangre con alegría por volver el efecto contra mí sólo. Se trata de un delirio que no puede explicar sino diciendo, como creo sentirlo, que en aquel instante mi natural tímido subyugó todos los anhelos de mi corazón.

El recuerdo de este desgraciado acto y de los inextinguibles pesares que me ha dejado me han inspirado un horror por la mentira que ha debido eximir a mi corazón de este vicio para el resto de mi vida. Cuando adopté mi lema, me sentía hecho para merecerlo y no dudaba que fuera digno de él cuando, a propósito de la nota del abate Rosier, comencé a examinarme más seriamente.

Al ir escudriñándome entonces con más cuidado, quedé muy sorprendido por la cantidad de cosas de mi invención que recordaba haber dicho como verdaderas en el mismo tiempo en que, orgulloso para mis adentros de mi amor por la verdad, le sacrificaba mi seguridad, mis intereses, mi persona con una imparcialidad de la que no conozco ningún otro ejemplo entre los humanos.

Lo que más me sorprendió fue que, cuando recordaba las cosas inventadas, no sentía ningún sincero arrepentimiento. Yo, cuyo horror por la falsedad no tiene en mi corazón nada que lo nivele, yo que arrostraría los suplicios si hubiera que evitarlos con una mentira, ¿por qué extraña inconsecuencia mentía yo así, deliberadamente, sin necesidad, sin provecho, y por qué inconcebible contradicción no sentía el menor pesar, yo, a quien el remordimiento de una mentira no ha cesado de afligir durante cincuenta años? Jamás me he empedernido en mis faltas; el instinto moral me ha guiado siempre bien, mi conciencia ha conservado su primera integridad, y aun cuando se hubiera alterado plegándose a mis intereses, ¿cómo, mientras guardaba toda su derechura en las ocasiones en que el hombre, forzado por sus pasiones, puede al menos excusarse con su debilidad, la perdía únicamente en las cosas indiferentes donde el vicio no tiene excusa? Vi que de la solución de este problema dependía

la probidad del juicio que había de hacer en ese punto sobre mí mismo, y tras haberlo examinado bien, he aquí de qué manera logré explicármelo.

Me acuerdo de haber leído en un libro de filosofía que mentir es esconder una verdad que se debe manifestar. De esta definición se sigue que callar una verdad que no se está obligado a decir no es mentir; pero quien no contento en semejante caso con no decir la verdad dice lo contrario, entonces, ¿miente o no miente? Según la definición, no se podría decir que miente; pues si da moneda falsa a un hombre al que no debe nada, engaña a este hombre, sin duda, pero no le roba.

Aquí se presentan a examen dos cuestiones, una y otra muy importantes. La primera, cómo y cuándo se debe a otro la verdad, puesto que no siempre se le debe. La segunda, si existen casos en que se pueda engañar inocentemente. Esta segunda cuestión está muy declarada, bien lo sé; negativamente en los libros en que la más austera moral no cuesta nada al autor; afirmativamente en la sociedad, donde la moral de los libros pasa por fraseología imposible de practicar. Conque dejemos a estas autoridades que se contradicen, e intentemos por mis propios principios resolver para mí estas cuestiones.

La verdad general y abstracta es de todos los bienes el más preciado. Sin ella el hombre está ciego; es el ojo de la razón. Por ella el hombre aprende a conducirse, a ser lo que debe ser, a hacer lo que debe hacer, a tender hacia su verdadero fin. La verdad particular e individual no siempre es un bien, a veces es un mal, muy a menudo algo indiferente. Tal vez no son demasiadas las cosas que a un hombre le importa saber y cuyo conocimiento es necesario para su dicha; pero por poco numerosas que fueren constituyen un bien que le pertenece, que tiene derecho a reclamar allá donde se encuentre, y del que no se le puede frustrar sin cometer el más inicuo de todos los robos, pues que se trata de uno de esos bienes comunes a todos cuya comunicación no desposee a quien lo da.

En cuanto a las verdades que no tienen ninguna clase de utilidad ni para la instrucción ni en la práctica, ¿cómo podrían ser un bien debido si ni siquiera son un bien?; y puesto que la propiedad se funda sólo en la utilidad, donde no hay utilidad posible no puede haber propiedad. Se puede reclamar un terreno, bien que estéril, porque al menos se puede vivir sobre el suelo; pero que un hecho ocioso, indiferente a todos los efectos y sin consecuencia para persona alguna, sea verdadero o falso, no interesa a nadie. Nada es inútil en el orden moral, como tampoco en el orden físico. Nada de lo que no sirve para nada puede ser obligado; para que una cosa sea obligada es preciso que sea o pueda ser útil. Así, la verdad debida es aquélla que interesa a la justicia, y es profanar el sagrado nombre de verdad el aplicárselo a las cosas vanas cuya existencia a todos es indiferente y cuyo conocimiento es para todo inútil. La verdad despojada de toda especie de utilidad aun posible no puede ser, pues, una cosa debida y, por consiguiente, quien la calla o disfraza no miente.

Pero el que existan verdades tan perfectamente estériles que sean de todo punto inútiles para todo, es otro artículo sobre el que volveré enseguida. Por el presente, pasemos a la segunda cuestión.

No decir lo que es verdad y decir lo que es falso son dos cosas muy diferentes, pero de las que no obstante puede resultar el mismo efecto; porque este resultado es segurísimamente el mismo siempre que el efecto es nulo. Allí donde la verdad es indiferente, el error contrario también es indiferente; de donde se deduce que, en parecido caso, el que engaña diciendo lo contrario de la verdad no es más injusto que el que engaña no declarándola; porque en lo que hace a verdades inútiles, el error no tiene cosa peor que la ignorancia. El que yo crea que la arena del fondo del mar es blanca o roja no importa más que el que ignore de qué color es. ¿Cómo se podría ser injusto sin perjudicar a nadie, pues que la injusticia no consiste sino en el entuerto hecho a otro?

Así sumariamente declaradas, estas cuestiones aún no me suministrarían empero ninguna aplicación segura para la práctica, sin muchos esclarecimientos previos necesarios para realizar con exactitud dicha aplicación en todos los casos que pueden presentarse, Porque si la obligación de decir la verdad no se funda más que en su utilidad, ¿cómo voy a constituirme yo en juez de tal utilidad? Muy a menudo la ventaja de lo uno obra el perjuicio de lo otro, el interés particular está casi siempre en oposición al interés público. ¿Cómo conducirse en semejante caso? ¿Hay que sacrificar la utilidad del ausente a la de la persona a quien se habla? ¿Hay que callar o decir la verdad que al favorecer a uno perjudica al otro? ¿Hay que pesar cuanto se debe decir en la sola balanza del bien público o en la de la justicia distributiva, y estoy yo seguro de conocer lo bastante todos los aspectos de la cosa para no dispensar las luces de que dispongo más que a las reglas de la equidad? Además, al examinar lo que se debe a los otros, ¿he examinado suficientemente lo que uno se debe a sí mismo, lo que se debe a la verdad por sí sola? Si cuando engaño a otro no le causo ningún perjuicio, ¿se deduce de ello que no me lo haga a mí mismo, y basta con no ser jamás injusto para ser siempre inocente?

De cuántas embarazosas discusiones sería fácil retirarse diciéndose: seamos siempre sinceros por lo que pueda suceder. La justicia misma está en la verdad de las cosas; la mentira es siempre iniquidad, el error es siempre impostura, cuando se da lo que va contra la regla de lo que se debe hacer o creer: y sea cual sea el efecto que produzca la verdad, uno siempre es exculpable cuando la ha dicho, porque no ha puesto en ella nada de lo propio.

Pero esto es zanjar la cuestión sin resolverla. No se trataba de pronunciarse sobre si sería bueno decir siempre la verdad, sino sobre si se estaba siempre obligado igualmente a ello, y distinguir, partiendo de la definición que examinaba al suponer que no, los casos en que la verdad es rigurosamente debida de aquéllos en que se la puede callar sin injusticia y disfrazarla sin mentira: porque he descubierto que tales casos existían realmente. De lo que se trata entonces es de buscar una regla segura para conocerlos y determinarlos bien.

Pero, ¿de dónde sacar esta regla y la prueba de su infabilidad? En todas las cuestiones de moral difíciles corno ésta, siempre me ha sentado bien resolverlas mediante el dictamen de mi conciencia antes que mediante las luces de mi razón. Jamás me ha engañado el instinto moral: hasta aquí, ha conservado su pureza en mi corazón 1 bastante para que pueda confiarme a él, y si alguna vez se calla ante mis pasiones en mi conducta, recobra bien su imperio sobre ellas en mis recuerdos. Siendo así que me juzgo a mi mismo con tanta severidad quizás como con la que seré juzgado por el juez soberano después de esta vida.

Juzgar los discursos de los hombres por los efectos que producen supone con frecuencia apreciarlos mal. Además de que estos efectos no siempre son sensibles y fáciles de conocer, varían hasta el infinito, como las circunstancias en las que tales discursos se desarrollan. Pero es únicamente la intención de quien los desarrolla la que les pone precio y determina su grado de malicia o de bondad. Decir falsedad no es mentir sino por la intención de engañar, y la misma intención de engañar, lejos de ir siempre unida a la de perjudicar, tiene a veces un fin por demás contrario. Pero para volver inocente una mentira no basta con que la intención de perjudicar no sea expresa, es preciso además la certeza de que el error en que se hace caer a quienes se habla no puede perjudicar a ellos ni a nadie en modo alguno. Es raro y difícil que se pueda tener esta certeza; también es difícil y raro que una mentira sea perfectamente inocente. Mentir para ventaja propia es impostura; mentir para ventaja ajena es fraude, mentir para menoscabar es calumnia; ésta es la peor clase de mentira. Mentir sin provecho y sin menoscabo propio ni ajeno no es mentir: no es mentira, es ficción.

Las ficciones que tienen un objeto moral se llaman apólogos o fábulas, y como su objeto no es o no debe ser otro que el de envolver verdades útiles en formas sensibles y agradables,

no se pretende en semejante caso esconder la mentira, en tanto que no es sino el atuendo de la realidad, y quien refiere una fábula por la fábula misma de ninguna manera miente.

Hay otras ficciones puramente ociosas, cuales la mayoría de los cuentos y de las novelas que, sin encerrar ninguna enseñanza verdadera, tan sólo tienen por objeto el entretenimiento. Despojadas de toda utilidad moral, éstas no pueden valorarse sino por la intención de quien las inventa, y cuando éste las refiere con afirmación como verdades reales, apenas se puede disentir de que son auténticas mentiras. Sin embargo, ¿quién ha sentido alguna vez un gran escrúpulo por tales mentiras y quién ha hecho alguna vez un grave reproche a los que las cometen? Si algún objeto moral tiene, por ejemplo, El templo de Cnido, tal objeto está por demás ofuscado y tergiversado por los detalles voluptuosos y las imágenes lascivas. ¿Qué ha hecho el autor para cubrirlo con un barniz de decoro? Ha fingido que su obra era la traducción de un manuscrito griego, y ha construido la historia del descubrimiento de este manuscrito del modo más propio para persuadir a sus lectores de la veracidad de su relato. Si eso no es una mentira bien positiva, que se me diga entonces lo que es mentir. Sin embargo, ¿a quién se le ha ocurrido criminar al autor por esta mentira y tratarle, por ello, de impostor?

Se dirá en vano que no es más que una broma, que, aunque afirmara, el autor no quería persuadir a nadie, que, efectivamente, a nadie ha persuadido, y que el público no ha dudado ni por un momento que fuera él mismo el autor de la obra presuntamente griega de la que se hacía pasar por traductor. Responderé que semejante broma sin objeto alguno no hubiera sido más que un tontísimo infantilismo, que un mentiroso no miente menos cuando afirma aunque no persuada, que del público instruido hay que separar multitudes de lectores simples y crédulos a quienes la historia del manuscrito, narrada por un autor grave con un aire de buena fe, se ha impuesto realmente, y que han bebido sin recelo en una copa de forma antigua el veneno del que por lo menos habrían desconfiado si se les hubiera presentado en un vaso moderno.

El que tales distinciones se hallen o no en los libros, no quita que se hagan en el corazón de todo hombre de buena fe consigo mismo, que no quiere permitir nada que su conciencia pueda reprocharle. Porque decir una cosa falsa para propia ventaja no es mentir menos que decirla en menoscabo ajeno, aunque la mentira sea menos criminal. Dar ventaja a quien no debe tenerla es turbar el orden y la justicia; atribuir falsamente a sí mismo o a otro un acto del que puede resultar elogio o reprobación, inculpación o disculpa, es hacer algo injusto; pues todo lo que, siendo contrario a la verdad, no interesa en suerte alguna a la justicia, sólo es ficción, y confieso que quienquiera que se reproche una mera ficción como una mentira tiene la conciencia más delicada que yo.

Lo que se llaman mentiras oficiosas son verdaderas mentiras, porque imponerlas, ya sea para ventaja ajena o para la propia, no es menos injusto que imponerlas en su detrimento. Quien elogia o reprocha en contra de la verdad, miente, desde el momento en que se trata de una persona real. Si se trata de un ser imaginario, puede decir de él cuanto quiera sin mentir, a menos que juzgue la moralidad de los hechos que inventa y juzgue falsamente; porque si entonces no miente en el hecho, miente contra la verdad moral, cien veces más respetable que la de los hechos.

He visto a gentes de esas que llaman en el mundo veraces. Toda su veracidad se agota en conversaciones ociosas citando fielmente los lugares, los tiempos, las personas, no permitiéndose ficción alguna, ni arreglando ninguna circunstancia ni exagerando nada. En todo aquello que no afecta a su interés, son de la más inviolable fidelidad en sus narraciones. Pero en caso de tratar algún asunto que les afecta, de narrar algún hecho que les toca de cerca, todos los colores son empleados para presentar las cosas bajo la luz que más favorable les es; y si la mentira les es útil y ellos mismos se abstienen de decirla, la favorecen con maña y hace

Librodot

de suerte que se la prohíbe sin que se les pueda imputar. Así lo quiere la prudencia: adiós a la veracidad.

El hombre al que yo llamo verdadero hace todo lo contrario. En cosas perfectamente indiferentes, la verdad que el otro a la sazón respeta tantísimo le afecta muy poco, y apenas tendrá escrúpulo en divertir a una compañía con hechos inventados de los que no se sigue ningún juicio injusto ni a favor ni en contra de quienquiera que sea vivo o muerto. Pero todo discurso que produce par alguien provecho o daño, estima o desprecio, elogio o reprobación en contra de la justicia y la verdad, es una mentira que jamás rondará su corazón ni su boca ni su pluma. Es sólidamente verdadero, incluso contra su interés, aunque presuma bastante poco de serlo en las conversaciones ociosas. Es verdadero en cuanto que no intenta engañar a nadie, es tan fiel a la verdad que le acusa como a la que le honra, y nunca la impone para su ventaja o para perjudicar a su enemigo. La diferencia que hay, entonces, entre mi hombre verdadero y el otro es que el del mundo es rigurosísimamente fiel a cualquier verdad que no le cuesta nada, pero no más allá, mientras que el mío nunca la sirve tan fielmente como cuando es preciso inmolarse por ella.

Pero, se dirá, ¿cómo conciliar ese relajamiento con este ardiente amor por la verdad por el que yo le glorifico? ¿Es entonces falso este amor, ya que adolece de tanta amalgama? No, es puro y verdadero: pero no es más que una emanación del amor de la justicia y no quiere jamás ser falso, aunque a menudo sea fabuloso. Justicia y verdad son en su espíritu dos palabras sinónimas que él toma indiferentemente la una por la otra. La santa verdad que su corazón adora no consiste en hechos indiferentes y en nombres inútiles, sino en dar fielmente a cada cual lo que se le debe en cosas que son realmente suyas, en interpretaciones buenas o malas, en retribuciones de honra o de reprobación, de loa o de censura. No es falso ni contra otro, porque su equidad se lo impide y no quiere perjudicar a nadie injustamente, ni en pro de sí mismo, porque se lo impide su conciencia y no podría apropiarse de lo que no es suyo. Está sobre todo celoso de su propia estima; constituye éste el bien del que menos puede prescindir, y consideraría una pérdida real el obtener la de los demás a expensas de este bien. Conque alguna vez mentirá sin escrúpulo y sin creer que miente en cosas indiferentes, jamás para daño o provecho ajeno o propio. En todo lo que respecta a las verdades históricas, en todo lo que se refiere a la conducta de los hombres, a la justicia, a la sociabilidad, a las luces útiles, se preservará del error a sí mismo y a los demás tanto cuanto de él depende. Fuera de ahí, según él, cualquier mentira no lo es. Si El templo de Cnidoes una obra útil, la historia del manuscrito griego sólo es una ficción muy inocente; es una mentira muy punible si la obra es peligrosa.

Tales fueron mis reglas de conciencia sobre la mentira y sobre la verdad. Mi corazón seguía maquinalmente estas reglas antes de que mi razón las hubiera adoptado, y el instinto moral hizo su aplicación solo. La criminal mentira de que fue víctima la pobre Marion me ha dejado imborrables remordimientos que me han preservado para el resto de mi vida no sólo de toda mentira de esta especie, sino de todas aquéllas que, de cualquier forma que fuere, podían afectar al interés y a la reputación de otro. Al generalizar de este modo la exclusión me he dispensado de pesar exactamente la ventaja y el menoscabo y de señalar los límites precisos de la mentira perjudicial y de la mentira oficiosa; al considerar a una y otra culpables, me he prohibido ambas.

En esto, como en todo lo demás, mi temperamento ha incluido mucho sobre mis máximas, o mejor, sobre mis hábitos; porque casi no he actuado con reglas o casi no he seguido otras reglas en cualquier cosa que los impulsos de mi natural. Nunca mentira premeditada rondó mi pensamiento, nunca he mentido por mi interés; mas con frecuencia he mentido por vergüenza, para salir de un apuro en cosas indiferentes o que a lo más me interesaban a mí

solo, cuando teniendo que mantener una entrevista, la lentitud de mis ideas y la aridez de mi conversación me obligaban a recurrir a las ficciones para tener algo que decir. Cuando hay que hablar necesariamente y no se me ocurren lo bastante pronto verdades entretenidas, voy refiriendo historias para no permanecer mudo; pero en la invención de estas fábulas pongo tanto cuidado como puedo en que no sean mentiras, es decir, que no vulneren ni la justicia ni la verdad debida y que no sean sino ficciones indiferentes para todo el mundo y para mí. Mi deseo sería entonces sustituir al menos la verdad de los hechos por una verdad moral; o sea: representar bien los efectos naturales del corazón humano y deducir siempre una enseñanza útil, hacer, en una palabra, cuentos morales, apólogos; pero se precisaría más presencia de ánimo de la que yo tengo y más facilidad de palabra para saber aprovechar en pro de la instrucción la facundia de la conversación. Su curso, más rápido que el de mis ideas, al obligarme casi siempre a hablar antes de pensar, me ha sugerido con frecuencia necedades e inepcias que mi razón desaprobaba y que mi corazón desautorizaba a medida que iban escapando de mi boca, pero que, al preceder a mi propio juicio, no podía ya ser reformadas por su censura.

Es también por causa de este primer e irresistible impulso del temperamento por lo que en momentos imprevistos y rápidos, la vergüenza y la timidez me arrancan a menudo mentiras en las que no toma parte mi voluntad, pero que, en cierto modo, la preceden por la necesidad de responder al instante. La profunda impresión del recuerdo de la pobre Marion tiene por demás capacidad para detener siempre aquéllas que pudieran ser perjudiciales para los demás, pero no las que pueden sacarme de un apuro cuando se trata solamente de mí, lo cual no va menos contra mi conciencia y mis principios que aquéllas que pueden influir en la suerte ajena.

Pongo al cielo por testigo de que si en el instante después pudiera retirar la mentira que me excusa y decir la verdad que me abruma sin baldonarme de nuevo al retractarme, lo haría de todo corazón; pero la vergüenza de cogerme en falta a mí mismo me retiene aún, y me arrepiento muy sinceramente de mi falta sin que, no obstante, ose repararla. Un ejemplo explicará mejor lo que quiero decir y mostrará que no miento ni por interés ni por amor propio, y menos aún por envidia o por malignidad, sino sólo por apuro y mala vergüenza, sabiendo incluso muy bien a veces que esta mentira es conocida como tal y no me sirve absolutamente de nada.

Hace algún tiempo el señor Foulquier me comprometió, contra mi costumbre, a ir con mi mujer de merienda, junto con él y su amigo l3enoit, a casa de la señora Vacassin, restauradora, la cual y sus dos hijas también merendaron con nosotros. En medio de la comida, a la mayor, que es casada y que estaba embarazada, se le ocurrió preguntarme bruscamente y mirándome fijamente si había tenido hijos. Respondí, enrojeciendo hasta los ojos, que no había tenido esa dicha. Ella sonrió malignamente mirando a la compañía: todo aquello no resultaba demasiado oscuro, ni siquiera para mí.

Está claro, en principio, que esta respuesta no es en absoluto la que habría querido dar, aun cuando hubiera tenido la intención de imponerla; porque en la disposición en que veía a quien me hacía la pregunta, estaba bien seguro de que mi negativa no cambiaría en nada su opinión sobre este punto. Se esperaba esta negativa, incluso se la provocaba para gozar del placer de haberme hecho mentir. No era yo tan bobo como para no notar aquello. Dos minutos después me vino por sí sola la respuesta que hubiera debido dar. Esa es una pregunta poco discreta de parte de una joven a un hombre que ha envejecido célibe. Hablando así, sin mentir, sin tener que enrojecer por ninguna declaración, ponía a quienes reían de mi parte, y le daba una pequeña lección que naturalmente debía volverla algo menos impertinente al preguntarme. No hice nada de todo aquello, no dije lo que había que decir, dije lo que no era menester y

Librodot

que de nada podía servirme. Es cierto, por lo tanto, que ni mi juicio ni mi voluntad dictaron mi respuesta y que fue el efecto maquinal de mi apuro. Antaño no tenía estos apuros y confesaba mis faltas con más franqueza que vergüenza, porque no dudaba de que se vería lo que las redimía y que yo sentía en mi interior; pero el ojo de la malignidad me aflige y me desconcierta; al hacerme más desdichado me ha vuelto más tímido y nunca he mentido sino por timidez.

Nunca he sentido tanto mi aversión natural a la mentira como al escribir mis Confesiones, porque las tentaciones habrían sido a la sazón frecuentes y fuertes a poco que mi inclinación me hubiera llevado por ese lado. Pero en vez dé haber callado algo, de haber disimulado algo que fuera de mi incumbencia, por un giro del espíritu que me cuesta explicarme y que proviene quizás de un alejamiento de toda imitación, me sentía más bien propenso a mentir en el sentido contrario, acusándome más con severidad excesiva que excusándome con excesiva indulgencia, y mi conciencia me asegura que un día seré juzgado menos severamente de lo que me he juzgado a mí mismo. Sí, lo digo y lo siento con una orgullosa elevación de espíritu, en este escrito he llevado la buena fe, la veracidad, la franqueza tan lejos, más lejos incluso -así lo creo al menos- de lo que jamás lo hizo ningún otro hombre: sintiendo que el bien sobrepasa al mal, tenía interés en decirlo todo, y lo he dicho.

Nunca he dicho de menos, he dicho de más algunas veces, no en los hechos, sino en las circunstancias, y esta especie de mentira fue más el efecto del delirio de la imaginación que un acto de la voluntad. Incluso me equivoco al llamarla mentira, pues que ninguna de estas adiciones lo fue. Escribí mis Confesiones ya viejo y asqueado de los vanos placeres de la vida, que todos había rozado yo y cuyo vacío había sentido por demás mi corazón. Las escribí de memoria; esta memoria me fallaba a menudo o no me suministraba sino recuerdos imperfectos y yo llenaba las lagunas con detalles que imaginaba como suplemento de tales remembranzas pero que jamás les eran contrarios. Me gustaba explayarme en los momentos dichosos de mi vida, y los embellecía a veces con adornos que tiernas añoranzas me proporcionaban. Decía las cosas que había olvidado como me parecía que habían debido ser, quizás como habían sido realmente, nunca al contrario de como me acordaba que habían sido. A veces presté extraños encantos a la verdad, pero nunca puse la mentira en su lugar para paliar mis vicios o para arrogarme virtudes.

Pues si algunas veces, sin pensarlo, por un movimiento involuntario, he escondido el lado deforme pintándome de perfil, bien compensadas han sido estas reticencias con otras reticencias más extrañas que a menudo me han hecho silenciar el bien más cuidadosamente que el mal. Esto es una peculiaridad de mi natural que es muy perdonable que los hombres no crean, pero que, por increíble que sea, no es menos real: a menudo he dicho el mal en toda su vileza y raramente he dicho el bien en cuanto tenía de amable, y a menudo lo he callado totalmente porque me honraba demasiado, y al hacer mis Confesiones habría parecido que hacía mi elogio. He descrito mis años mozos sin jactarme de las felices cualidades de que estaba dotado mi corazón y suprimiendo incluso los hechos que las ponían demasiado en evidencia. Recuerdo ahora dos de mi primera infancia que me vinieron ambos a las mientes cuando escribía, pero que rechacé, uno y otro, por la única razón que acabo de exponer.

Casi todos los domingos iba a pasar el día de las Dehesas, a casa del señor Fazy, que se había casado con una de mis tías y que tenía allí una fábrica de indianas. Un día, durante el tendido, estaba yo en la cámara de la calandria, y miraba sus rodillos de hierro: su lustre me deleitaba la vista, tentado estuve de posar mis dedos sobre ellos, y los iba paseando con gusto por el lizo del cilindro cuando el joven Fazy, que se había metido en la rueda, me abrazó y me conjuró a que sosegara mis gritos, añadiendo que estaba perdido. En lo más intenso cíe mi dolor me afectó el suyo, me callé, nos fuimos a la nansa, donde me ayudó a lavar mis dedos y

a restañar mi sangre con musgo. Me suplicó con lágrimas que no le acusara; se lo prometí y lo mantuve tan bien que, más de veinte años después, nadie sabía por cuál aventura tenía yo mis dedos cicatrizados; pues así me han permanecido siempre. Estuve retenido en mi lecho más de tres semanas, y sin poder servirme de mi mano más de dos meses, diciendo siempre que una gran piedra, al caer, me había aplastado los dedos.

Magnaníma menzógna! orquando é il vero
Si bello che sí possa a te preporre.?

El accidente fue para mí, sin embargo, muy sentido por la circunstancia, pues era la época de los ejercicios en que se hacia maniobrar a la burguesía, y habíamos hecho una fila con otros tres niños de mi edad con los que, de uniforme, debía hacer el ejercicio en la compañía de mi barrio. Tuve el dolor de oír el tambor de la compañía cuando pasaba bajo mi ventana con mis tres compañeros, mientras yo estaba en el lecho.

Mi otra historia es muy semejante, pero sucedió a una edad más avanzada.

Estaba jugando al mallo en Plainpalais con un compañero mío llamado Pleince. Nos pusimos a reñir por el juego, nos peleamos y en la pugna me dio un mallazo en la cabeza desnuda con tanto tino que, de haber sido una mano más fuerte, me hubiera saltado la tapa de los sesos. Caí al instante. En mi vida vi una agitación semejante a la de aquel pobre muchacho al ver correr mi sangre por entre mis cabellos. Creyó que me había matado. Se precipitó sobre mí, me abrazó, me estrechó fuertemente, prorrumpiendo en lágrimas y lanzando penetrantes gritos. Yo también le abracé con toda mi fuerza llorando como él con una emoción confusa no exenta de cierta dulzura. Finalmente se puso a restañarme la sangre que seguía manando, y viendo que no era suficiente con nuestros dos pañuelos, me llevó a casa de su madre, que tenía un pequeño jardín cerca de allí. Al verme en tal estado, a punto estuvo aquella buena mujer de desmayarse. Pero supo guardar fuerzas para curarme, y luego de haber humedecido bien la herida, le aplicó unas flores de lis maceradas en aguardiente, excelente vulnerario muy usado en nuestro país. Sus lágrimas y las de su hijo calaron en mi corazón a tal punto que, durante largo tiempo, la miré como a mi madre y a su hijo como a mi hermano, hasta que al perder a uno y a otro de vista los fui olvidando poco a poco.

El mismo secreto guardé sobre este accidente que sobre el otro, y otros tantos de parecida naturaleza me han ocurrido en mi vida de los que ni siquiera he estado tentado de hablar en mis Confesiones, pues tan escasamente trataba de hacer valer lo bueno que notaba en mi carácter. No, cuando he hablado en contra de la verdad que me era conocida, jamás lo he hecho sino en cosas diferentes, y más por el apuro de hablar o el placer de escribir que por ningún otro motivo de interés para mí, ni de ventaja o menoscabo para otro. Y quienquiera que lea imparcialmente mis Confesiones, si alguna vez ocurre eso, sentirá que las declaraciones que allí hago son más humillantes, más penosas de hacer que las de un mal mayor pero menor pero menos vergonzante de decir, y que no he dicho porque no lo he hecho.

De todas estas reflexiones se sigue que la profesión de veracidad que me hecho tiene su fundamento más en sentimientos de rectitud y de equidad que en la realidad de las cosas, y que, en la práctica, he seguido más las directrices morales de mi conciencia que las nociones abstractas de lo verdadero y de lo falso. Frecuentemente

he referido fábulas, pero muy raramente he mentido. Por seguir estos principios, he dado pábulo abundante a los demás, pero no he perjudicado a nadie y no me he atribuido a mí mismo más ventaja que la que me era debida. Me parece que únicamente por ahí es la verdad

Librodot

una virtud. En cualquier otra consideración, no es para nosotros más que un ente metafísico del que no resulta ni bien ni mal.

No siento, empero, mi corazón lo bastante contento con estas distinciones como para creerme totalmente irreprensible. Mientras sopesaba con tanto cuidado lo que debía a los demás, ¿he examinado asaz lo que me debía a mí mismo? Si hay que ser justo con el prójimo, hay que ser verdadero para sí, es un homenaje que el hombre honrado debe rendir a su propia dignidad. Cuando la esterilidad de mi conversación me empujaba a suplirla con inocentes ficciones, estaba en un error, porque para entretener al prójimo no hay que envilecerse a sí mismo; y cuando llevado del placer de escribir, añadía a cosas reales ornatos inventados, estaba en un error aún mayor, porque adornar la verdad con fábulas es, de hecho, desfigurarla.

Pero lo que me hace más inexcusable es el lema que yo había elegido. Este lema me obligaba más que a cualquier otro hombre a una profesión más estricta de la verdad, y no bastaba con que le sacrificase en todo mi interés y mis inclinaciones; era preciso sacrificarle también mi debilidad y mi natural tímido. 1 -había que tener el valor y la fuerza de ser sincero siempre en cualquier ocasión, y de que no saliera nunca ni ficción ni fábula de una boca y una pluma que se habían consagrado particularmente a la verdad. Eso es lo que habría debido decirme al adoptar ese altivo lema, y repetírmelo sin cesar mientras osara llevarlo. Jamás la falsedad dictó mis mentiras, todas provinieron de la debilidad, pero ello me excusa muy mal. Con un alma débil todo lo más puede uno preservase del vicio, pero atreverse a profesar grandes virtudes es ser arrogante y temerario.

Hasta aquí unas reflexiones que probablemente nunca me hubieran venido a la mente si el abate Rosier no me las hubiera sugerido. Es muy tarde ya, sin duda, para hacer uso de ellas; pero no es demasiado tarde para, por lo menos, corregir mi error y volver a poner mi voluntad en regla, pues esto es cuanto desde ahora depende de mí. Conque en esto y en cualesquiera cosas similares la máxima de Solón es aplicable a todas las edades, y nunca es demasiado tarde para aprender, incluso de los enemigos, y a ser prudente, sincero, modesto y a presumir menos de uno mismo.

QUINTO PASEO

De todas las moradas donde he vivido (y las he tenido encantadoras), ninguna me ha hecho tan auténticamente feliz ni me ha dejado tan tiernas remembranzas como la isla de Saint-Pierre, en medio del lago de Bienne. Esta pequeña isla que en Neuchátel llaman la isla de La Motte es muy poco conocida, incluso en Suiza. Ningún viajero, que yo sepa, la menciona. Sin embargo, es muy agradable y está singularmente situada para la dicha de un hombre que guste de circunscribirse; porque aunque sea quizás el único en el mundo a quien su destino se lo ha decretado, no puedo creer que sea el único con un gusto tan natural, aunque no lo haya encontrado hasta ahora en nadie más.

Las orillas del lago de Bienne son más salvajes y románticas que las del lago de Ginebra, porque las rocas y los bosques bordean el agua de más cerca; pero no son menos risueñas. Si bien hay menos cultivo de campos y viñas, menos ciudades y casas, también hay más verdor natural, más praderas, más rincones de umbría floresta, contrastes más frecuentes y accidentes más próximos. Como quiera que no hay en sus dichosas orillas grandes rutas cómodas para los coches, el país es poco frecuentado por los viajeros; más ¡cuán interesante para contemplativos solitarios que gustan de embriagarse a placer con los encantos de la

Librodot

naturaleza, y de recogerse en un silencio que ningún otro ruido turba más que el chillido de las águilas, el gorjeo entrecortado de algunos pájaros y el estrépito de los torrentes que caen de la montaña! Este hermoso estanque casi redondo encierra en su centro dos islitas, una habitada y cultivada, de una media legua de contorno; la otra más pequeña, desierta y yerma, que acabará siendo destruida por los transportes de la tierra que le van quitando incesantemente para reparar los estragos causados por las olas y las tormentas en la mayor. Así es como la sustancia del débil se emplea siempre en provecho del poderoso.

En la isla no hay más que una sola casa, pero grande, agradable y cómoda, que pertenece, lo mismo que la isla, al hospital de Berna, y en la que se aloja un recaudador con su familia y sus criados. Allí mantiene un nutrido corral, una pajarera y viveros de peces. En su pequeñez, la isla es tan variada en terrenos y aspectos que ofrece toda suerte de parajes y permite toda suerte de cultivos. Hállanse labrantíos, viñas, bosques, huertos, feraces pastizales sombreados por bosquecillos y orlados de arbustos de toda especie cuyo frescor mantiene la orilla de las aguas; bordea la isla en su longitud un terrado alto sembrado de dos hileras de árboles y en medio de este terrado han construido un bonito pabellón donde se reúnen y vienen a bailar los habitantes de las vecinas riberas los domingos durante las vendimias.

En esta isla fue donde me refugié tras la lapidación de Mótiers. Encontré la estancia tan encantadora, llevaba una vida tan conveniente a mi humor que, decidido a acabar allí mis días, no tenía otra inquietud que la de que no se me dejara ejecutar este proyecto que no se ajustaba con el de llevarme a Inglaterra, cuyos efectos ya iba notando. En medio de los presentimientos que me inquietaban, hubiera querido que se me hubiera hecho de aquel refugio una prisión perpetua, que se me hubiera confinado allí para toda la vida y que, privándome de todo poder y de toda esperanza de salir, se me hubiera prohibido toda especie de comunicación con la tierra firme de suerte que, ignorante de cuanto se hacía en el mundo, hubiere ya olvidado su existencia y se hubiese olvidado también la mía.

Apenas se me dejó pasar dos meses en aquella isla, pero habría pasado dos años, dos siglos y toda la eternidad sin hastiarme ni un momento, aunque no hubiera tenido, junto con mi compañera, otra sociedad que la del recaudador, su mujer y sus criados, que eran, todos, en verdad, muy buenas personas, pero sin más, y eso era precisamente lo que me hacía falta. Cuento estos dos meses como el tiempo más feliz de mi vida, tan feliz que me hubiera bastado durante toda mi existencia sin dejar nacer en mi alma por un solo instante el deseo de cualquier otro estado.

¿Cuál era, pues, esta ventura y en qué consistía su goce? Dejaré que la adivinen todos los hombres de este siglo por la descripción de la vida que allí llevaba. El precioso *far niente* fue el primero y el principal de estos goces que quise saborear en toda su dulzura, y cuanto hice durante mi estancia no fue de hecho más que la ocupación deliciosa y necesaria de un hombre que se ha consagrado a la ociosidad.

La esperanza de que no se me pediría nada mejor que dejarme en aquel sitio aislado al que me había abrazado por mí mismo, del que me era imposible salir sin asistencia y sin ser bien visto y donde no podía tener comunicación ni correspondencia sino por medio de la ayuda de las gentes que me rodeaban, esta esperanza, digo me proporcionaba la de acabar mis días más tranquilamente de como los había pasado, y la idea de que ya tendría tiempo de instalarme a gusto hizo que comenzara por no hacer arreglo alguno. Transportado bruscamente hasta allí solo y desnudo, hice venir arreo a mi ama de llaves, mis libros y mi reducido equipaje, el cual tuve el placer de no desembalar, dejando las cajas y los baúles como habían llegado, y viviendo en la habitación en que contaba acabar mis días como en un albergue del que hubiera debido irme al día siguiente. Tan bien iban todas las cosas como estaban que querer componerla mejor suponía estropear algo. Seguir con los libros en las cajas y carecer de

Librodot

escritorio constituía, en especial, una de mis mayores delicias. Cuando inventuradas cartas me obligaban a tomar la pluma para responderlas, a regañadientes tomaba prestado el escritorio del recaudador, y me apresuraba a devolverlo con la vana esperanza de no tener la necesidad de volverlo a pedir. En lugar de aquellos tristes papelotes y de todos aquellos viejos libros, llenaba mi habitación de flores y de heno; pues estaba a la sazón en mi primer fervor de botánica, por la que el doctor Ivernois me había inspirado un gusto que pronto se convirtió en pasión. No queriendo ya menester de trabajo, me era preciso uno de entretenimiento que me pluguiera y que no me diera otro quehacer que el que le gusta asumir a un perezoso. Me propuse realizar la Flora *petrinsularís* y describir todas las plantas de la isla sin omitir una sola, con un detalle suficiente como para ocuparme del resto de mis días. Dicen que un alemán ha hecho un libro sobre la corteza de un limón; yo habría hecho uno sobre cada grama de los prados, sobre cada musgo de los bosques, sobre cada liquen que tapiza las rocas; no quería, en fin, dejar una brizna de hierba, un átomo sin que fuera ampliamente descrito. En consecuencia con este hermoso proyecto, todas las mañanas tras el desayuno, que hacíamos todos juntos, iba lupa en mano y mi Systema naturae bajo el brazo a visitar un cantero de la isla que a tal efecto había dividido yo en pequeños bancales con la intención de recorrerlos uno detrás de otro en cada estación. Nada hay más peculiar que los embelesos v éxtasis que sentía yo a cada observación que hacía sobre la estructura y la organización vegetal, y sobre el juego de las partes sexuales en la fructificación, cuyo sistema era a la sazón completamente nuevo para mí. Me encantaba la distinción de los caracteres genéricos, de los que anteriormente no tenía la menor idea, cuando los verificaba en las especies comunes, a la espera de que se me presentaran en otras más raras. La horcadura de los largos estambres de la brunella, el resorte de los de la ortiga y la parietaria, la explosión del fruto de la balsamina y de la cápsula del boj, mil pequeños juegos de la fructificación que observaba por primera vez me colmaba de alegría, e iba preguntando si alguien había visto los cuernos de la brunella como La Fontaine preguntaba si alguien había leído Habacuc. Al cabo de dos o tres horas, regresaba cargado con una amplia cosecha, provisión para el entretenimiento de la sobremesa dentro de la casa en caso de lluvia. Ocupaba el resto de la mañana en ir con el recaudador, su mujer y Thérése a visitar a sus obreros y su recolección, poniéndonos las más de las veces manos a la obra junto a ellos, y algunos berneses que venían a verme me encontraban a menudo encaramado en grandes árboles con un saco a la cintura que iba llenando de frutos, y que luego bajaba al suelo con una cuerda. El ejercicio que había hecho por la mañana y el buen humor que le es inseparable me hacían muy agradable el reposo de la comida; pero cuando se prolongaba demasiado y el buen. tiempo invitaba, no podía esperar tanto tiempo, y mientras aún se estaba en la sobremesa, me escabullía e iba a meterme solo en una barca que conducía hasta el centro del lago cuando el agua estaba quieta, y allí, tendiéndome cuan largo era en la barca con los ojos vueltos al cielo, me dejaba ir y derivar lentamente a merced del agua; algunas veces durante varias horas, sumido en mil ensoñaciones confusas pero deliciosas, y que sin tener objeto alguno bien determinado ni constante, no dejaban de ser a grado mío cien veces preferibles a todo lo que había encontrado de más dulce en lo que llaman los placeres de la vida. Advertido ordinariamente de la hora del retiro por la caída del sol, me hallaba tan lejos de la isla que me veía obligado a trabajar con toda mi fuerza para llegar antes de la noche cerrada. Otras veces, en lugar de alejarme aguas adentro, me complacía costear las verdeantes riberas de la isla cuyas límpidas aguas y frescas umbrías me invitaron asiduamente a bañarme. Pero una de mis navegaciones más frecuentes consistía en ir de la isla grande a la pequeña, desembarcar y pasar allí la tarde, bien en paseos muy circunscritos por entre los sauzgatillos, los arraclanes, las persicarias, los arbustos de toda especie, o bien estableciéndome en lo alto de una colina

arenosa cubierta de césped, de serpol, de flores, incluso de esparceta y de tréboles que habrían sembrado seguramente antaño, y muy propia para albergar conejos que allí podían multiplicarse en paz sin temer nada ni perjudicar a nadie. Di esa idea al recaudador que hizo traer de Neuchátel conejos machos y hembras, y con gran pompa fuimos su mujer, una de sus hermanas, Thérese y yo, a establecerlos en la isla pequeña, donde comenzaron a criar antes de mi partida y donde seguramente habrán prosperado si han podido aguantar el rigor de los inviernos. La fundación de la pequeña colonia fue una fiesta. Ni el piloto de los Argonautas estaba más ufano que yo llevando triunfalmente a la compañía y a los conejos de la isla grande a la pequeña, y notaba con orgullo que la recaudadora, que temía en exceso el agua y siempre se encontraba mal en ella, se embarcó bajo mi guía con confianza y no mostró ningún miedo durante la travesía.

Cuando el lago agitado no me permitía la navegación, pasaba la tarde recorriendo la isla, herborizando aquí y acullá, sentándome ora en los reductos más risueños y más solitarios para soñar a mis anchas, ora en las terrazas y collados para recorrer con los ojos la soberbia y encantadora vista del lago y de sus riberas coronadas de un lado por las montañas próximas y del otro ensanchadas en ricas y fértiles llanuras en las que la vista se extendía hasta las más lejanas montañas azulencas que la limitaban.

Cuando se acercaba la noche, descendía de las cimas de la isla gustosamente a sentarme a orillas del lago sobre la arena en algún rincón escondido; allí, el rumor de las olas y la agitación del agua, fijando mis sentidos y echando de mi alma toda otra agitación, la sumían en una deliciosa ensoñación, en la que me sorprendía con frecuencia la noche sin que me hubiera dado cuenta. El flujo y reflujo de aquel agua, su rumor continuo pero acrecentado a intervalos, golpeando sin desmayo mis oídos y mis ojos, suplían los movimientos internos que la ensoñación apagaba en mí y bastaban para hacerme sentir con placer mi existencia sin tomarme el trabajo de pensar. De vez en cuando nacía alguna débil y breve reflexión sobre la inestabilidad de las cosas de este mundo cuya imagen me ofrecía la superficie de las aguas: pero pronto estas ligeras impresiones se borraban en la uniformidad del movimiento continuo que me mecía y que, sin ningún concurso activo de mi alma, no cejaba de tenerme prendido, a tal punto que, llamado por la hora y por la señal convenida, no podía arrancarme de allí sin esfuerzos.

Después de la cena, cuando la noche era hermosa, íbamos aún todos juntos a dar un paseo corto por la terraza para respirar el aire del lago y el frescor. Descansábamos en el pabellón, reíamos, charlábamos, cantábamos alguna vieja canción que valía más que el retorcimiento moderno, y finalmente nos íbamos a acostar contentos con la jornada y no deseando sino otra similar para el día siguiente.

Tal es, dejando aparte las visitas imprevistas e importunas, la manera en que pasé el tiempo en aquella isla durante mi estancia allí. Que se me diga al presente cuánto de asaz atrayente hay en esto para excitar en mi corazón añoranzas tan vivas, tan tiernas y tan duraderas que al cabo de quince años me es imposible pensar en aquella querida morada sin sentirme cada vez transportado aún por los impulsos del deseo.

He observado en las vicisitudes de una larga vida que las épocas de los más dulces goces y de los placeres más vivos no son, sin embargo, aquéllas cuya remembranza me atrae y me afecta más. Esos cortos momentos de delirio y de pasión, por vivos que puedan ser, no son, sin embargo, y por su misma vivacidad, sino puntos muy esparcidos por la línea de la vida. Son demasiado raros y demasiado rápidos como para constituir un estado, y la dicha que mi corazón añora no se compone de instantes fugitivos sino de un estado simple y permanente, que nada tiene de vivo en sí mismo, pero cuya duración acrecienta el encanto hasta el punto de encontrar por fin en él la suprema felicidad.

Librodot

Todo en la tierra está en un continuo flujo: nada conserva una forma constante y quieta, y los afectos nuestros, que se vinculan a las cosas exteriores, pasan y cambian necesariamente como ellas. Siempre delante o detrás de nosotros, recuerdan el pasado que ya no es o previenen el porvenir que por lo común no será: no hay ahí nada sólido a lo que el corazón pueda agarrarse. Igualmente apenas se tiene aquí abajo más que el placer que pasa; en cuanto a la dicha que dura, dudo que sea conocida. Difícilmente hay un instante en nuestros más vivos goces en el que el corazón pueda verdaderamente decirnos: «Quisiera que este instante durara siempre; ¿cómo entonces puede denominarse dicha a un estado fugitivo que nos deja además el corazón inquieto y vacío, que nos hace añorar algo de atrás o aun desear algo de más adelante?

Pero si hay un estado en el que el alma encuentra un acomodo lo bastante sólido como para descansar en él por entero y congregar todo su ser, sin tener necesidad de recordar el pasado ni exceder del porvenir; donde el tiempo no exista para ella, donde el presente dure siempre sin señalar, no obstante, su duración y si huella alguna de secuencia, sin ninguno otro sentimiento de privación o de goce, de placer o de dolor, de deseo o de temor que el de nuestra existencia, y que este sentimiento único pueda colmarla por entero; en tanto dura tal estado, quien se encuentre en él puede llamarse dichoso, no de una dicha imperfecta, pobre y relativa, tal cual se halla en los placeres de la vida, sino de una dicha suficiente, perfecta y plena que no deja en el alma ningún vacío que ésta sienta la necesidad de llenar. Tal es el estado en que me encontré con frecuencia en la isla de Saint-Pierre en mis ensoñaciones solitarias, ora tumbado en mi barca que dejaba derivar a merced del agua, ora sentado en las riberas del lago agitado, ora en otra parte, a orillas de un hermoso río o de un arroyo murmurando por entre el guijarral.

¿De qué se goza en semejante situación? De nada externo a uno, de nada sino de uno mismo y de su propia existencia; en tanto tal estado dura, uno se basta a sí mismo como Dios. El sentimiento de la existencia despojado de todo otro afecto es por sí mismo un sentimiento precioso de contento y de paz que bastaría por sí solo para hacer dulce y querida esta existencia a quien supiera apartar de sí todas las impresiones sensuales y terrenas que acuden incesantemente a distraernos y a turbar aquí abajo la dulzura. Pero la mayoría de los hombres, agitados por continuas pasiones, conocen poco este estado, y no habiéndolo sentido sino imperfectamente durante escasos instantes, no conservan de él más que una idea oscura y confusa que no les hace apreciar su encanto. Ni siquiera sería bueno, en la presente constitución de cosas, que ávidos de estos dulces éxtasis, se hastiaran de la vida activa cuyo deber les prescriben sus siempre renacientes necesidades. Pero un infortunado al que se ha relegado de la sociedad humana y que nada útil ni bueno puede hacer ya aquí abajo ni para otro ni para sí, puede encontrar en tal estado resarcimientos a todas las felicidades humanas que la fortuna y los hombres no podrían quitarle.

Verdad es que tales resarcimientos no pueden ser sentidos por todas las almas ni en todas las situaciones. Es preciso que el corazón esté en paz y que ninguna pasión venga a turbar su calma. Son precisas ciertas disposiciones por parte de quien los experimenta, son precisas en el concurso de los objetos circundantes. No se requiere ni un reposo absoluto ni demasiada agitación, sino un movimiento uniforme y moderado, carente de sacudidas e intervalos. Sin movimiento la vida no es más que un letargo. Si el movimiento es desigual o demasiado fuerte, despierta; al devolvernos a los objetos circundantes, destruye el encanto de la ensoñación y nos arranca de nuestros adentros para ponernos de inmediato bajo el yugo de la fortuna y de los hombres y entregarnos al sentimiento de nuestras desgracias. Un silencio absoluto conduce a la tristeza. Ofrece una imagen de la muerte. Se hace necesario entonces el auxilio de una imaginación risueña, y se presenta con bastante naturalidad en aquéllos a

quienes el cielo ha agraciado. El movimiento que no viene de fuera se opera a la sazón en nuestros adentros. El reposo es menor, cierto, pero también es más agradable cuando livianas y dulces ideas, sin agitar lo hondo del alma, no hacen por así decir sino rozar su superficie. Con muy poco basta para acordarse de sí mismo olvidando todos los males. Esta especie de ensoñación puede sentirse allá donde puede estarse tranquilo, y a menudo he pensado que en la Bastilla, e incluso en una mazmorra en la que ningún objeto hubiere saltado a mi vista, habría podido soñar aún agradablemente.

Pero he de confesar que esto se hacía bastante mejor y más agradablemente en una isla fértil y solitaria, naturalmente circunscrita y separada del resto del mundo, donde todo me ofertaba sólo imágenes risueñas, donde nada me evocaba remembranzas entristecedoras, donde la sociedad del pequeño número de habitantes era comunicativa y dulce sin ser interesante hasta el punto de que me ocupara incesantemente, donde podía por fin entregarme sin obstáculo y sin cuidado a las ocupaciones de mi gusto o a la más laxa ociosidad. La ocasión era sin duda hermosa para un soñador que, sabiendo nutrirse de agradables quimeras en medio de los objetos más ingratos, podía saciarse a su capricho haciendo concurrir todo lo que atraía realmente a sus sentidos. Cuando salía de una larga y dulce ensoñación, al verme rodeado de verdor, de flores, de pájaros, y dejar que mis ojos vagaran a lo lejos por las pintorescas riberas que bordeaban una vasta extensión de agua clara y cristalina, asimilaba todos aquellos amables objetos a mis ficciones; y al hallarme, por fin, progresivamente devuelto a mí mismo y a cuanto me rodeaba, no podía indicar el punto de separación entre las ficciones y las realidades; tanto contribuía todo igualmente a hacerme querida la vida recogida y solitaria que llevaba en aquella hermosa morada. ¿Que ya no puede renacer? ¿Que ya no puedo ir a acabar mis días en aquella isla querida para no volver a salir jamás de allí, para no volver a ver jamás a ningún habitante del continente que me evocare el recuerdo de las calamidades de toda especie que se complacen en acopiar sobre mí desde hace tantos años? Pronto serían olvidados para siempre: probablemente ellos no me olvidarían del mismo modo, pero ¿qué me importaría con tal de que no tuvieran acceso alguno para que vinieran a turbar mi reposo? Liberado de todas las pasiones terrenas que engendra el tumulto de la vida social, mi alma se elevaría frecuentemente por encima de esta atmósfera, y comerciaría por anticipado con las inteligencias celestes cuyo número espera ir a aumentar dentro de poco. Los hombres se guardarán, lo sé, de devolverme tan dulce asilo en el que no han querido dejarme. Pero no me impedirán al menos que me transporte cada día allí en las alas de la imaginación, y que sienta durante unas horas el mismo placer que si lo habitara todavía. Lo más dulce que haría sería soñar a capricho. ¿No hago lo mismo al soñar que estoy allí? Incluso hago más; al aliciente de una ensoñación abstracta y monótona añado imágenes encantadoras que la vivifican. Sus objetos escapaban con frecuencia a mis sentidos en mis éxtasis, y ahora cuanto más profunda es mi ensoñación, más vivamente me los pinta. Estoy más a menudo en medio de ellos y más agradablemente aún que cuando realmente estaba allí. La lástima es que a medida que la imaginación se entibia, esto ocurre con más esfuerzo y no dura tan largo tiempo. ¡Ay, cuando se empiezan a dejar los despojos, es cuando más ofuscado se está!

SEXTO PASEO

Apenas tenemos movimiento maquinal cuya causa no podamos encontrar en nuestro corazón si sabemos buscarla bien. Ayer, al pasar por el nuevo bulevar para ir a herborizar a lo

largo del Biévre, del lado de Gentilly, rodeé por la derecha, aproximándome a la Barriére d' Enfer y alejándome hacia el campo, fui por la carretera de Fontainebleau hasta ganar los altores que bordean este riachuelo. La caminata era en sí misma totalmente indiferente, pero al acordarme que había tomado varias veces maquinalmente el mismo desvío, busqué en mí mismo la causa y no pude menos que reír cuando conseguí desenmarañarla.

En una esquina del bulevar, a la salida de la Barriére d'Enfer, se instala diariamente en verano una mujer que vende fruta, tisana y panecillos. La mujer tiene un mozuelo atentísimo pero cojo que, renqueando con sus muletas, se dedica con bastante buen gracejo a pedir limosna a los que pasan. Yo había trabado una suerte de conocimiento con este pobre infeliz; cada vez que pasaba no dejaba de venir a hacerme su pequeño cumplido seguido siempre de mi pequeña dádiva. Las primeras veces estuve encantado de verle, le daba de muy buen grado y continué haciéndolo algún tiempo con el mismo placer, añadiéndole incluso las más de las veces el de excitar y escuchar su palique que parecíame agradable. Convertido gradualmente este placer en costumbre, acabó transformado, no sé como, en una especie de deber cuyo malestar sentí bien pronto, sobre todo a causa de la arenga preliminar que había de escuchar, y en la que nunca dejaba de llamarme frecuentemente señor Rousseau para demostrar que conocía bien, lo cual me indicaba asaz, por el contrario, que no me conocía más que quienes le habían instruido. Desde entonces pasé por allí de peor grado, y finalmente adquirí maquinalmente la costumbre de tomar más a menudo un desvío cuando me acercaba a aquel atajo.

Hasta aquí cuanto descubrí al reflexionar sobre ello: porque nada de aquello se había ofertado hasta entonces distintamente a mi pensamiento. La observación me ha ido recordando arreo multitud de otras que me han confirmado que los verdaderos y primeros motivos de la mayoría de mis actos no son para mí mismo tan claros como durante largo tiempo me lo había figurado. Sé y siento que hacer el bien es la más auténtica dicha que el corazón humano puede sentir; mas hace mucho tiempo que esa dicha ha sido puesta fuera de mi alcance, y no es en suerte tan miserable como la mía donde se puede esperar colocar con tino y con fruto ni un solo acto realmente bueno. Como quiera que el mayor cuidado de quienes regulan mi destino ha sido el de que todo no fuera para mí más que falsa y engañosa apariencia, un motivo de virtud no es nunca sino una añagaza que se me presenta para atraerme a la trampa donde se me quiere lazar. Eso lo sé; sé que el único bien que desde ahora está en mi poder es abstenerme de actuar por miedo a hacer daño sin quererlo y sin saberlo.

Pero hubo tiempos más difíciles en que, siguiendo los movimientos de mi corazón, podía a veces contentar a otro corazón, y me debo el honorable testimonio de que cada vez que he podido gozar de ese placer lo que he encontrado más dulce que ningún otro. Esta inclinación fue viva, sincera, pura, y nada en mi más secreto interior la ha desmentido nunca. Sin embargo, a menudo he soportado el peso de mis propias beneficencias por la cadena de deberes que conllevaban en su desarrollo: entonces el placer ha desaparecido y no he encontrado ya en la continuación de oficiales tales, que al principio me habían encantado, más que un fastidio casi insoportable. Durante cortas prosperidades muchas personas recurrían a mí, y en todos los servicios que pude rendirles nunca fue ninguno de ellos rechazado. Pero de estas primeras beneficencias derramadas con efusión de corazón nacían cadenas de compromisos sucesivos que no había previsto y de cuyo yugo no podía ya sacudirme. Mis primeros servicios no eran, a los ojos de quienes los recibían, sino la impronta de los que debían seguirlos; y en cuanto algún infortunado me había echado el gancho de un favor recibido, ya estaba perdido, y aquel primer favor libre y voluntario se convertía en un derecho indefinido para todos aquellos que pudieran en lo sucesivo

necesitarlos, sin que ni siquiera la impotencia bastara para eximirme. Así es como goces dulcísimos se transformaban a continuación en onerosas servidumbres.

Estas cadenas no me parecieron, sin embargo, muy pesadas, en tanto en cuanto, ignorado por el público, viví en la oscuridad. Pero una vez que mi persona fue divulgada por mis escritos, falta grave desde luego, pero más que expiada por mis desgracias, entonces me convertí en la oficina general de destino de todos los menesterosos, o supuestamente tales, de todos los aventureros que buscaban incautos, de todos aquéllos que so pretexto del gran crédito que fingían atribuirme querían adueñarse de mí de una u otra manera. Se me dio conocer entonces que todas las inclinaciones de la naturaleza, sin exceptuar la propia beneficencia, sostenidas o seguidas en la sociedad sin prudencia y sin alternativa, cambian de naturaleza y llegan a ser a menudo tan perjudiciales como útiles eran en su primera trayectoria. Tan crueles experiencias fueron cambiando poco a poco mis primeras disposiciones, o mejor, encerrándolas por fin en sus verdaderos límites, me enseñaron a seguir menos ciegamente mi inclinación a obrar el bien cuando no servía sino para favorecer la maldad ajena.

Pero en absoluto he lamentado estas mismas experiencias, ya que me han procurado por la reflexión nuevas luces sobre el conocimiento de mí mismo y sobre los verdaderos motivos de mi conducta en mil circunstancias sobre las que tan a menudo me forjé ilusiones. He visto que para obrar el bien con placer era preciso que actuase libremente, sin coacción, y que para privarme de toda la dulzura de una buena obra bastaba con que se convirtiera en un deber para mí. Desde entonces, el peso de la obligación convierte en pesada carga los más dulces goces, y como he dicho, me parece, en el Emilio, habría sido en tierra de turcos un mal marido a la hora en que la voz pública los llama para que cumplan con los deberes de su estado.

Eso es lo que modifica mucho la opinión que durante largo tiempo tuve de mi propia virtud; porque nada hay en seguir sus inclinaciones y en otorgarse el placer de bien obrar cuando a ello nos conducen. Antes bien, aquélla consiste en vencerlas cuando el deber lo ordena, para hacer lo que nos prescribe, y eso es lo que he sabido hacer peor que cualquier otro hombre del mundo. Nacido sensible y bueno, llevando la piedad hasta la debilidad, y sintiéndome exaltar el alma por cuanto concierne a la generosidad, fui humano, benefactor, caritativo, por gusto, por pasión incluso, mientras que sólo se interesó a mi corazón; habría sido el mejor y más clemente de los hombres si hubiera sido más poderoso, para apagar en mí todo deseo de venganza que hubiera bastado con poder vengarme. Incluso hubiera sido justo sin esfuerzo contra mi propio interés; pero no hubiera podido decidirme a serlo contra el de las personas que me eran caras. Mientras mi deber y mi corazón estuvieron en contradicción, el primero obtuvo raramente la victoria, a menos que no tuviera más que abstenerme; entonces era la mayoría de las veces fuerte, pero actuar en contra de mi inclinación me fue siempre imposible. Ya sean los hombres, el deber o incluso la necesidad quienes ordenen cuándo ha de callarse mi corazón, mi voluntad permanece sorda y no podría obedecer. Veo el mal que me amenaza y lo dejo llegar antes que agitarme para prevenirlo. Comienzo a veces con esfuerzo, pero este esfuerzo me cansa y me agota enseguida, no podría continuar. Para cualquier cosa imaginable, lo que no hago con placer pronto me es imposible hacerlo.

Hay más. La coacción en consonancia con mi deseo basta para aniquilarlo y trocarlo en repugnancia, incluso en aversión, a poco que aquélla actué intensamente, y eso es lo que me hace penosa la buena obra que se exige y que yo hacía de propio cuando no se me exigía. Un favor puramente gratuito es ciertamente una obra que me gusta hacer. Más cuando quien lo ha recibido hace de él un título para exigir la continuación sopena de su odio, cuando me decreta ser para siempre su benefactor por haber tenido primero el placer de serlo, entonces

Librodot

comienza el malestar y el placer se desvanece. Lo que a la sazón hago si cedo es debilidad y mala vergüenza, pero la voluntad ya no existe, y antes de aplaudirme en mis adentros, me reprocho en mi conciencia el obrar bien de mala gana.

Sé que hay una especie de contrato, puede que hasta el más santo de todos, entre el benefactor y el reconocido. Es una suerte de sociedad que forman el uno con el otro, más estrecha que la que une a los hombres en general, y si el reconocido se compromete tácitamente al agradecimiento, el benefactor se compromete asimismo a conservar para el otro, mientras no se vuelva indigno de ello, la misma buena voluntad que acaba de testimoniarle, y a renovarle los actos cuantas veces pueda y sea requerido. No son esas condiciones expresas, sino efectos naturales de la relación que acaba de establecerse entre ellos. Quien la primera vez rehúsa un servicio gratuito que se le pide, no da ningún derecho a quejarse a aquel a quién ha rechazado; pero quien en parecido caso rehúsa al mismo la merced que le concedió anteriormente, frustra una esperanza que le había autorizado a concebir; burla y desmiente una expectativa que había hecho nacer. En este rechazo se siente un no sé qué injusto y más duro que en el otro; no es menos, empero, el efecto de una independencia que ama el corazón y a la que la que no renuncia sin esfuerzo. Cuando pago una deuda, se trata de un deber que cumplo, cuando hago un donativo, se trata de un placer que me doy. Ahora bien, el placer de cumplir con los deberes es de aquéllos que el solo hábito de la virtud hace nacer: aquéllos que nos vienen inmediatamente de la naturaleza no se elevan tan alto.

Después de tan tristes experiencias, he aprendido a prever de lejos las consecuencias de mis primeros movimientos consecutivos, y con frecuencia me he abstenido de una buena obra que tenía el deseo y la posibilidad de hacer, asustado por la servidumbre a la que me iba a someter seguidamente si me entregaba a ella sin consideración. No siempre he sentido ese temor; en mi juventud, por el contrario, me obligaba por mis propias beneficencias, y a menudo he comprobado además que aquéllos a los que yo complacía se encariñaban conmigo aún más por agradecimiento que por interés. Pero las cosas cambiaron mucho de faz, en este como en cualquier otro punto, no bien comenzaron mis desdichas. He vivido desde entonces en una generación nueva que en absoluto se parecía a la primera, y mis propios sentimientos hacia los demás han sufrido cambios que he encontrado en los suyos. Las mismas personas que he visto sucesivamente en estas dos generaciones tan diferentes se han ido asimilando arreo, por así decir, a la una y a la otra. De sinceros y francos que eran al principio, convertidos en lo que son, han hecho como todos los demás; y sólo porque los tiempos han cambiado, los hombres han cambiado como ellos. ¡Ay!, ¿cómo podría conservar los mismos sentimientos hacia aquéllos en quienes encuentro lo contrario de lo que les hizo nacer? No los odio, porque no sabría odiar; pero no puedo prohibirme el desprecio que merecen ni abstenerme de testimoniárselo.

Puede que, sin darme cuanta, haya cambiado yo mismo más de lo que hubiera sido menester. ¿Qué carácter resistiría sin alterarse en una situación parecida a la mía? Convencido por veinte años de experiencia de que todo lo que la naturaleza ha puesto en mi corazón en felices disposiciones se ha vuelto, por mi destino y por los que han dispuesto de él, en perjuicio de mí mismo o de otro, no puedo considerar ya una buena obra que se me presenta para que haga sino como una trampa que se me tiende y bajo la cual se esconde algún mal. Sé que cualquiera que sea el efecto de la obra, no quitará mérito a mi buena intención. Sí, desde luego este mérito existe siempre, pero ya no el encanto interior, y en cuanto falta de estímulo, no siento más que indiferencia y frialdad en mis adentros, y seguro de que, en lugar de hacer una acción verdaderamente útil, no hago sino un acto incauto, la indignación del amor propio unida a la desaprobación de la razón sólo me inspira

repugnancia y resistencia donde, por mi ser natural, habría estado henchido de ardor y de celo.

Hay clases de adversidades que elevan y fortalecen el alma, pero las hay que la abaten y la matan; cual es aquella de la que soy víctima. A poco que en la mía hubiera habido una mala semilla, la hubiera fermentado hasta el exceso, me hubiera vuelto frenético; pero sólo me ha anulado. Impedido de hacer el bien, sea para mí mismo o para otro, me abstengo de actuar; y este estado, que sólo es inocente porque es forzado, hace que encuentre una especie de dulzura en entregarme plenamente sin reproche a mi inclinación natural. Seguramente voy demasiado lejos, pues que evito las ocasiones de actuar, incluso donde no veo sino un bien que hacer. Pero convencido de que no me dejan ver las cosas como son, me abstengo de juzgar por la apariencias que se les da, y pese a que se cubren los motivos para actuar por cierta añagaza, basta que tales motivos se dejen a mi alcance para estar seguro de que son engañosos.

Mi destino parece haberme tendido, desde la infancia, la primera trampa que me ha hecho durante largo tiempo tan susceptible de caer en todas las demás. Nací el más confiado de los hombres y durante cuarenta años completos esta confianza no fue burlada ni una sola vez. Caído repentinamente en otro orden de cosas y de personas, he dado en mil emboscadas sin jamás apercibir ninguna, y apenas han bastado veinte años para esclarecerme sobre mi suerte. Una vez convencido de que no hay más mentira y falsedad en las afectadas demostraciones que se me prodigan, he pasado rápidamente al otro extremo: porque cuando nos hemos salido una vez de nuestro natural, ya no hay límites que nos contengan. Desde entonces, me he hartado de los hombres, y mi voluntad, que coincide en este punto con la suya, me mantiene aún más alejado de ellos de lo que consiguen sus maquinaciones.

Que hagan lo que quieran: esta repugnancia no puede llegar nunca hasta la aversión. Al pensar en la dependencia de mí en que se han puesto para tenerme en la suya, me producen una piedad real. Si yo soy desventurado, ellos también lo son, y cada vez que penetro en mí, los encuentro siempre dignos cíe compasión. Puede que el orgullo se mezcle aún en estos juicios, me siento muy por encima de ellos para odiarlos. Como mucho pueden interesarme hasta el desprecio, pero nunca hasta el odio: en fin, me amo demasiado a mí mismo como para odiar a nadie. Sería estrechar, comprimir mi existencia, y querría más bien extenderla por todo el universo.

Prefiero huirlos a odiarlos. Su aspecto hiere mis sentidos, y a su través mi corazón, con impresiones que mil miradas crueles me hacen penosas; pero el malestar cesa no bien desaparece el objeto que lo causa. Me ocupo de ellos, y bien a mi pesar, por su presencia, pero nunca por su recuerdo. Cuando no los veo, son para mí como si no existieran.

Tan sólo me son siquiera indiferentes en lo que me atañe; porque en las relaciones entre ellos pueden aún interesarme y emocionarme como los personajes de un drama que estuviera viendo representar. Sería preciso que mi ser moral fuera aniquilado para que la justicia se me volviera indiferente. El espectáculo de la injusticia y de la maldad hace aún que me hierva la sangre de cólera; los actos de virtud en que no veo ni fanfarronería ni ostentación me hacen siempre vibrar de alegría y todavía me arrancan dulces lágrimas. Pero es menester que los vea y los aprecie yo mismo; porque, después de mi propia historia, tendría que ser un insensato para adoptar sobre lo que fuera el juicio de los hombres, y para creer algo en base a la fe de otro.

Si mi semblante y mis facciones les fueran perfectamente desconocidas a los hombres como lo son mi carácter y mi natural, aún viviría entre ellos sin esfuerzo. Incluso su sociedad podría complacerme en tanto les fuera totalmente extraño. Entregado sin coacción a mis inclinaciones naturales, los amaría aún si no se ocuparan nunca de mí. Ejercería sobre ellos

Librodot

una benevolencia universal y completamente desinteresada: pero sin conformar nunca vínculo particular, y sin llevar el yugo de deber alguno, haría para con ellos libremente y de propio todo lo que tanto trabajo les cuesta hacer a ellos, incitados por su amor propio y constreñidos por todas sus leyes.

Si hubiera seguido libre, oscuro, cual estaba hecho para serlo, sólo habría obrado el bien: pues que no tengo en el corazón el germen de ninguna pasión perjudicial. Si hubiese sido invisible y todopoderoso como Dios, habría sido benefactor y bueno como él. Son la fuerza y la libertad las que hacen hombres excelentes. La debilidad y la esclavitud nunca hacen más que malvados. Si hubiese sido el poseedor del anillo de Giges, él me habría sacado de la dependencia de los hombres y les habría puesto bajo la mía. Con frecuencia me ha preguntado, en mis castillos en el aire, qué uso habría hecho yo de este anillo, pues desde luego es ahí donde la tentación de abusar debe de estar más cerca del poder. Dueño de satisfacer mis deseos, pudiéndolo todo sin poder ser engañado por nadie, ¿qué habría podido desear con cierta prosecución? Una sola cosa: la de ver todos los corazones contentos. El aspecto de la felicidad pública hubiera podido por sí solo conmover mi corazón con un sentimiento permanente, y el ardiente deseo de concurrir a ella habría sido mi más constante pasión. Siempre justo sin parcialidad y siempre bueno sin debilidad, me habría preservado asimismo de las desconfianzas ciegas y de los odios implacables; porque viendo a los hombres tal cual son y leyendo tranquilamente en el fondo de sus corazones, habría encontrado pocos lo bastante amables como para merecer todo mis afectos, pocos lo bastante odiosos como para merecer todo mi odio, y su misma maldad me habría predispuesto a compadecerlos por el conocimiento certero del mal que se hacen a ellos mismos al querer hacérselo a otro. Puede que en momentos de alegría hubiera cometido la niñería de operar algunos prodigios: pero perfectamente desinteresados para mí mismo, y no teniendo por ley más que mis inclinaciones naturales, por unos cuantos actos de justicia severa, habría hecho milagros más sabios y más útiles que los de la leyenda dorada y los de la tumba de Saint-Médard.

Tan sólo hay un punto en el que la facultad de penetrar de forma invisible por doquier hubiera podido hacerme buscar tentaciones a las que habría resistido mal, y una vez en tales vías de extravío, ¿adónde no hubiese sido yo conducido por ellas? Sería desconocer la naturaleza y a mí mismo si me preciara de que tales facilidades no me habrían seducido, o de que la razón me habría detenido en esa fatal pendiente. Seguro de mí por sobre todo otro artículo, por éste solo estaba perdido. Quien pone su poder por encima del hombre debe estar por encima de las debilidades de la humanidad, sin lo cual este exceso de fuerza no serviría más que para ponerlo efectivamente por debajo de los demás y de lo que él mismo habría estado si hubiese permanecido su igual.

Bien mirado todo, creo que haría mejor tirando mi anillo mágico antes de que me haga cometer algún disparate. Si los hombres se obstinan en verme distinto de como soy, y si mi aspecto irrita su injusticia, para privarles de esta vista hay que huirlos, pero no eclipsarme entre ellos. A ellos les toca esconderse ante mí, ocultarme sus manejos, huir de la luz del día, meterse bajo tierra como los topos. Por mí, que me vean si pueden, tanto mejor, pero eso les es imposible; en mi lugar nunca verán sino a Jean-Jacques que ellos se han hecho y que han hecho según su corazón, para odiarle a su antojo. Conque haría mal afectándome por el modo en que me ven: no debo prestar ningún interés auténtico, pues que no es a mí a quien así ven.

El resultado que puedo inferir de todas estas reflexiones es que jamás he sido verdaderamente apto para la sociedad civil, donde todo es molestia, obligación, deber, y donde mi natural independiente me hizo siempre incapaz de las sujeciones necesarias para quien quiere vivir con los hombres. Mientras actúo libremente, soy bueno y sólo hago el bien,

Librodot

pero tan pronto como siento el yugo, bien la necesidad de los hombres, me vuelvo rebelde o mejor reacio, entonces me anulo. Cuando hay que hacer lo contrario de mi voluntad, no lo hago, ocurra lo que ocurra; tampoco hago mi voluntad, porque soy débil. Me abstengo de actuar: dado que toda mi debilidad es para la acción, toda mi fuerza es negativa, y todos mis pecados son de omisión, raramente de comisión. Jamás he creído que la libertad del hombre consistiera en hacer lo que quiere, sino más bien en no hacer nunca lo que no quiere; y ésa es la que siempre he reclamado, con frecuencia conservado, y por la que he constituido el mayor escándalo para mis contemporáneos. Porque para ellos, activos, bulliciosos, ambiciosos, que detestan la libertad en los demás y no la quieren para sí mismos, con tal de hacer alguna vez su voluntad, o más bien de dominar la del otro, se molestan toda su vida en hacer lo que les repugna y no omiten nada servil para luego mandar. Por lo tanto, su error no ha sido apartarme de la sociedad como un miembro inútil; sino proscribirme como un miembro pernicioso: porque he hecho muy poco bien, lo confieso, pero en cuanto al mal, en mi vida ha entrado en mi voluntad, y dudo que haya algún hombre en el mundo que haya hecho realmente menos que yo.

SÉPTIMO PASEO

Apenas está comenzando el repertorio de mis largos sueños y ya siento que toca a su fin. Otra distracción le sucede, me absorbe e incluso me priva del tiempo de soñar. A ella me entrego con un entusiasmo que tiene algo de extravagancia y me hace reír a mí mismo cuando reflexiono sobre ello; pero eso no quita para que me entregue a ella, porque en la situación en que me hallo no tengo una otra regla de conducta que la de seguir en todo mi inclinación sin constreñimiento. Nada puedo sobre mi suerte, no tengo más que inclinaciones inocentes y, siendo desde ahora nulos para mí todos los juicios de los hombres, la misma prudencia quiere que en lo que está de mi mano haga todo cuando me deleite, sea en público o privadamente, sin otra regla que mi fantasía, y sin otra medida que el poco de fuerza que me ha quedado. Heme, pues, aquí con mi heno por todo sostén y. con la botánica por toda ocupación. Ya viejo, había adquirido el primer baño en Suiza junto al doctor D'Ivernois, y había herborizado durante mis viajes con ventura suficiente para disponer de un conocimiento pasable del reino vegetal. Pero más que sexagenario ya y sedentario en París, comenzado a faltarme las fuerzas para las grandes herborizaciones, y entregado, por otra parte, a la copia de música lo suficiente para no haber menester de otra ocupación, había abandonado esta distracción que no me era ya necesaria; había vendido mi herbario, había vendido mis libros, contento con volver a ver algunas veces las plantas comunes que encontraba alrededor de París en mis paseos. Durante este intervalo, lo poco que sabía se borró casi por completo de mi memoria, y mucho más rápidamente de como se había grabado.

De repente, con sesenta y cinco años cumplidos, privado de la escasa memoria que tenía y de las fuerzas que me quedaban para recorrer el campo, sin guía, sin libros, sin jardín, sin herbario, heme de nuevo reincidente en esta locura, pero con más ardor aún del que tuve la primera vez que me entregué a ella; heme seriamente ocupado en el razonable proyecto de aprender de memoria todo el Regnum vegetabile de Murray y de conocer todas las plantas conocidas sobre la tierra. No estando en disposición de volver a comprar los libros de botánica, me he puesto el deber de transcribir los que me han prestado, y resuelto a rehacer un herbario más rico que el primero, esperando colocar en él todas las plantas del mar y de

los Alpes y todos los árboles de las Indias, comienzo siempre a precio barato por los murajes, el perifollo, la borraja y la hierba cana; herborizo con ciencia sobre la jaula de mis pájaros y a cada nueva brizna de hierba que encuentro me digo con satisfacción: por de pronto, ya tengo una planta más.

No intento justificar el partido que tomo al seguir esta fantasía; la encuentro razonable, persuadido de que en la posición en que estoy, entregarme a los entretenimientos que me agradan es gran sabiduría e incluso gran virtud: es el medio de no dejar germinar en mi corazón ninguna semilla de venganza o ele odio, y para encontrar en mi destino gusto por algún entretenimiento, hay que tener seguramente un natural bien acendrado de toda pasión irascible. Se trata de vengarme de mis perseguidores a mi manera, no podría castigarlos más cruelmente que siendo feliz a pesar suyo.

Sí, desde luego, la razón me permite, hasta que me prescribe, entregarme a cualquier inclinación que me atraiga y que nada impide seguir, pero no me enseña el porqué me atrae tal inclinación ni qué atractivo puedo encontrar en un estudio vano realizado sin beneficio, sin progreso, y que, viejo chocho, ya caduco y pesado, sin facilidad, sin memoria, me devuelve a los ejercicios de la juventud y a las lecciones de un escolar. Es esta una rareza que quisiera explicarme; me parece que, bien aclarada, podría arrojar alguna luz nueva sobre el conocimiento de mí mismo a cuya adquisición he consagrado mis últimos ocios.

A veces he pensado con bastante profundidad; pera raramente con placer, casi siempre mal de mi grado y como por fuerza: la ensoñación me descansa y me divierte, la reflexión me fatiga y me entristece; pensar fue siempre para mí una ocupación penosa y sin encanto. A veces mis ensoñaciones acaban en la meditación, pero más a menudo mis meditaciones acaban en la ensoñación, y durante estos extravíos mi alma erra y planea por el universo en las alas de la imaginación en éxtasis que superan a cualquier otro goce.

Mientras disfruté de ésta en toda su pureza, cualquier otra ocupación me resultó siempre insípida. Pero cuando, una vez lanzado en la carrera literaria merced a extraños impulsos, sentí la fatiga del trabajo del espíritu y lo importuno de una celebridad desgraciada, al mismo tiempo sentí languidecer y entibiarse mis dulces ensoñaciones, y muy pronto obligado a ocuparme, a pesar mío, de mi triste situación, no pude volver a encontrar ya, sino raramente, los queridos éxtasis que durante cincuenta años me habían valido de fortuna y de gloria, y sin más gasto que la del tiempo, me habían hecho en la ociocidad el más feliz de los mortales.

Incluso había de temer en mis ensoñaciones que mi imaginación amedrentada por mis infortunios no volviera finalmente de ese lado su actividad, y que el continuo sentimiento de mis penas, al encogerme el corazón por grados, no me abrumara finalmente con su peso. En tal caso, un instinto que me es natural, haciéndome huir de toda idea entristecedora, impuso silencio a mi imaginación, y fijando mi atención sobre los objetos que me rodeaban, me hizo detallar por primera vez el espectáculo de la naturaleza, que casi no había contemplado hasta entonces más que en masa y en su conjunto.

Los árboles, los arbustos, las plantas son el adorno y el vestido de la tierra. Nada hay tan triste como la vista de una campiña desnuda y pelada que no ofrece a los ojos más que piedras, limo y arena. Pero vivificada por la naturaleza y ataviada con su traje de bodas en medio del curso de las aguas y del canto de los pájaros, la tierra ofrece al hombre en la armonía de los tres reinos lleno de vida, de interés y de encanto, el único espectáculo en el mundo del que sus ojos y su corazón no se cansan jamás.

Cuanto más sensible tiene el alma un contemplador, más se entrega a los éxtasis que en él excita ese equilibrio. Una ensoñación dulce y profunda se apodera entonces de sus sentidos, y él se pierde con una deliciosa embriaguez en la inmensidad de ese hermoso sistema con el que se siente nada más que en el todo. Es preciso que alguna circunstancia particular restrinja

Librodot

sus ideas y circunscriba su imaginación para que pueda observar por partes este universo que se esforzaba con abrazar.

Eso es lo que me ocurrió de modo natural cuando mi corazón, encogido por la zozobra, reunía y concentraba todos sus movimientos en su derredor para conservar el resto de calor pronto a evaporarse y a extinguirse en el abatimiento en el que por grados iba cayendo. Vagaba indolentemente por los bosques y las montañas, sin atreverme a pensar por miedo a atizar mis dolores. Mi imaginación, que rehusa los objetos penosos, dejaba que mis sentidos se entregaran a las impresiones ligeras pero dulces de los objetos circundantes. Mis ojos se paseaban sin cesar de uno a otro, y no era posible que en una variedad tan grande no se encontrara alguno que los fijara más y los detuviera más tiempo.

Tomé gusto por esta recreación de los ojos que en el infortunio descansa, distrae, divierte al espíritu y suspende el sentido de las cuitas. La naturaleza de los objetos ayuda mucho a esta diversión y la hace más seductora. Los suaves olores, los colores vivos, las más elegantes formas parecen disputarse a porfía el derecho a fijar nuestras atención. Para entregarse a tan dulces sensaciones, tan sólo hace falta amar el placer, y si este efecto no se

produce en todos aquellos que son impresionados por ellas, es por falta de sensibilidad natural en unos, y en la mayoría porque, demasiado ocupado su espíritu en otras ideas, no se entrega sino a hurtadillas a los objetos que impresionan sus sentidos.

Otra cosa contribuye además a apartar del reino vegetal la atención de las gentes de gusto; y es el hábito de no buscar en las plantas más que drogas y remedios. Teofrasto procedió distintamente, y puede considerarse a este filosofo como el único botánico de la antigüedad: conque apenas es conocido entre nosotros; pero gracia a un tal Dioscórides, gran compilador de recetas, y a sus comentaristas, la medicina se ha adueñado de tal forma de las plantas transformadas en simples que no se ve en ellas más que lo que no se ve, o sea las pretendidas virtudes que place a un tercero y a un cuarto atribuirles. No se concibe que la organización vegetal pueda merecer por sí misma cierta atención; personas que se pasan la vida ordenando sabiamente cascarillas se burlan de la botánica como de un estudio inútil cuando no va unido, corno ellos dicen, al de las propiedades, es decir, cuando no se abandona la observación de la naturaleza, que no miente y que nada nos dice de todo eso, para entregarse únicamente a la autoridad de los hombres, que son mentirosos y que afirman muchas cosas que hay que creer bajo su palabra asimismo fundada, la mayoría de las veces, en la autoridad de otro. Deteneos en una pradera esmaltada para examinar arreo las flores con que brilla, quienes os vean hacer, tomándoos por un auxiliar de apoticario, os pedirán hierbas para curar la roña de los niños, la sarna de los hombres y el muermo de los caballos. Este feo prejuicio está en parte destruido en otros países y sobre todo en Inglaterra, gracias a Linneo que ha sacado un poco la botánica de las escuelas de farmacia para devolverla a la historia natural y a los usos económicos; pero en Francia, donde este estudio ha penetrado menos entre las personas de mundo, siguen siendo tan bárbaros que un hombre culto de París, al ver en Londres un jardín de coleccionista llenos de árboles y de plantas raras, exclamó por todo elogio: he aquí un hermosísimo jardín de apoticario. Por la cuenta, el primer apoticario fue Adán. Porque no es fácil imaginar un jardín mejor surtido de plantas que el del Edén.

Estas ideas medicinales no son seguramente nada idóneas para hacer agradable el estudio de la botánica, ajan el esmalte de los prados, el esplendor de las flores, agostan el frescor del boscaje, hacen insípidos y desagradables el verdor y los follajes; todas estas estructuras encantadoras y graciosas interesan muy poco a quien no quiere más que machacar todo eso en un mortero, y no ha de irse a buscar guirnaldas para las pastoras entre las hierbas para las lavativas.

Librodot

Toda esta farmacia no enturbia en absoluto mis imágenes campestres; nada más alejado de eso que las tisanas y los emplastos. Al contemplar de cerca los campos, los vergeles, los bosques y sus numerosos habitantes, he pensado a menudo que el reino vegetal era un almacén de alimentos donados por la naturaleza al hombre y a los animales. Pero nunca se me ha ocurrido buscar en él drogas y remedios. Nada veo en sus diversas producciones que me indique un uso semejante, y de habérnoslo prescrito, ella nos habría señalado la opción, como ha hecho con los comestibles. Siento incluso que el placer que obtengo recorriendo las florestas sería emponzoñado por el sentimiento de las dolencias humanas si me permitiera pensar en la fiebre, en la piedra, en la gota y en el mal caduco. Por lo demás, no les discutiré a los vegetales las grandes virtudes que se les atribuyen; solamente diré que, suponiendo como reales tales virtudes, es pura malicia de los enfermos el continuar estándolo; porque de tantas enfermedades como los hombres se otorgan, no hay una sola que no curen radicalmente veinte clases de hierbas.

Procederes de está índole que siempre lo remiten todo a nuestro interés material, que por doquier hacen buscar provecho o remedios, y que harían considerar con indiferencia toda la naturaleza si nos encontráramos siempre bien, no han sido nunca los míos. En este punto, me siento a contracorriente de los demás hombres: cuanto concierne al sentimiento de mis necesidades entristece y daña mis pensamientos, y nunca he encontrado encanto auténtico en los placeres del espíritu más que perdiendo por completo de vista el interés de mi cuerpo. Así, aun cuando creyera en la medicina y aun cuando sus remedios fueran agradables, nunca hallaría, ocupándome de ella, las delicias que proporciona una contemplación pura y desinteresada, y mi alma no podría exaltarse ni planear sobre la naturaleza mientras la sintiera sujeta por los lazos del cuerpo. De otro lado, sin haber tenido nunca gran confianza en la medicina, la he tenido y mucho en médicos que estimaba, que amaba, y a quienes dejaba gobernar mis huesos con plena autoridad. Quince años de experiencia me ha instruido a mis expensas; puesto ahora de nuevo bajo las exclusivas leyes de la naturaleza, he recobrado merced a ella mi primera salud. Cuando los médicos no tuvieran otras quejas contra mí, ¿quién podría sorprenderse de su odio? Soy la prueba viviente de la vanidad de su arte y de la inutilidad de sus cuidados.

No, nada personal, nada que afecte al interés de mi cuerpo puede ocupar auténticamente mi alma. No medito, no sueño nunca más deliciosamente que cuando me olvido de mí mismo. Siento éxtasis, extraordinarios embelesos fundiéndome, por así decir, en el sistema de los seres„ identificándome con la naturaleza entera. Mientras fueron los hombres mis hermanos, me formaba proyectos de felicidad terrestre; siendo tales proyectos relativos siempre al todo, no podía ser dichoso más que con la felicidad pública, y la idea de una ventura particular nunca ha conmovido mi corazón más que cuando he visto a mis hermanos buscar la suya sólo en mi miseria. Entonces, para no odiarlos ha sido menester huirlos; refugiándome entonces en la madre común, he procurado en sus brazos sustraerme a los embates de sus hijos, me he vuelto solitario o, como ellos dice, insociable y misántropo, porque la más huraña soledad me parece referible a la sociedad de los malvados que sólo se nutre de traiciones y de odio.

Forzado a abstenerme de pensar, por miedo a pensar en mis infortunios a pesar mío; forzado a contener los restos de una imaginación risueña aunque languideciente, que al cabo podrían amedrentar tantas angustias; forzando a tratar de olvidar a los hombres, que me abruman con ignominias y ultrajes, por miedo a que la indignación me agriare finalmente en contra suya, no puedo, sin embargo, concentrarme por entero a mí mismo, porque mi alma expansiva busca, bien a mi pesar, extender sus sentimientos y su existencia por sobre otros seres, y no puedo ya como antaño arrojarme a cierra ojos en el vasto océano de la naturaleza,

porque mis facultades debilitadas y relajadas no encuentran ya objetos lo bastante determinados, lo bastante fijos, lo bastante a mano para apegarse de firme a ellos, y porque no me siento ya con el suficiente vigor para nadar en el caos de mis antiguos éxtasis. Mis ideas no son casi más que sensaciones, y la esfera ele mi entendimiento no sobrepasa los objetos de que estoy inmediatamente rodeado.

Al huir de los hombres, al buscar la soledad, al no imaginar ya, al pensar aún menos y estar dotado sin embargo de un temperamento vivo que me aleja de la apatía languideciente y melancólica, comencé a ocuparme de todo cuanto me rodeaba, y por un instinto muy natural, di preferencia a los objetos más agradables. El reino mineral carece en sí de algo amable y atrayente; sus riquezas encerradas en el seno de la tierra parecen haber sido alejadas de las miradas de los hombres para no tentar su codicia. Están allí como en reserva para servir un día de suplemento a las verdaderas riquezas que están más a su alcance y cuyo gusto va perdiendo a medida que se corrompe. Entonces tiene que apelar a la industria, al esfuerzo y al trabajo en auxilio de sus miserias; escarba las entrañas de a tierra, va a buscar en su centro, con riesgo de su vida y a expensas de su salud, unos bienes imaginarios en ligar de los bienes reales que ella de propio le ofrecía cuando él sabía gozarlos. Huye del sol y del día que ya no es digno de ver; se entierra vivo y hace bien, pues que no merece ya vivir a la luz del día. Allí, canteras, simas, fraguas, hornos, un aparato de yunques, martillos, humo y fuego suceden a las dulces imágenes de las faenas campestres. Los rostros macilentos de los desgraciados que languidecen entre los infectos vapores de las minas, negros ferreros, repelentes cíclopes son el espectáculo que el aparato de las minas sustituye, en el seno de la tierra, al del verdor y las flores, el cielo azulado, los pastores enamorados y los robustos labradores en su superficie.

Es fácil, lo confieso, ir recogiendo arena y piedras, llenarse los bolsillos y el gabinete y darse con eso aires de naturalista pero quienes se aplican y se limitan a estos tipos de colecciones son, de ordinario, ricos ignorantes que no buscan en ello sino el placer de la ostentación. Para sacar provecho del estudio de los minerales hay que ser químico y físico; hay que hacer experiencias penosas y costosas, trabajar en laboratorios, gastar mucho dinero y tiempo entre el carbón, los crisoles, los hornos, las recortas entre el humo y los vapores asfixiantes, siempre con riesgo de la vida y a expensas, con frecuencia, de la salud. De todo este triste y fatigoso trabajo resulta, de ordinario, mucho menos saber que orgullo, y ¿dónde está el más mediocre químico que no crea haber penetrado todas las grandes operaciones de la naturaleza por haber encontrado, tal vez por azar, algunas insuficientes combinaciones del arte?

El reino animal está más a su alcance y ciertamente merece aún más ser estudiado. Pero al cabo, ¿no tiene también este estudio sus dificultades, sus trabas, sus disgustos y sus cuitas? Sobre todo para un solitario que ni en sus juegos ni en sus trabajos no tiene de quién esperar asistencia alguna. ¿Cómo observar, disecar, estudiar, conocer los pájaros en los aires, los peces en las aguas, los cuadrúpedos más ligeros que el viento, más fuertes que el hombre y que no están más dispuestos a venir a ofrecerse a mis investigaciones que yo a correr tras ellos para someterlos por la fuerza? Me cabría entonces el recurso de los caracoles, de los gusanos, de las moscas, y me pasaría la vida corriendo hasta perder el aliento detrás de las mariposas, empalando pobres insectos, disecando ratones, cuando pudiera atraparlos, a carroñas de las bestias que encontrara muertas por casualidad. El estudio de los animales nada es sin la anatomía; merced a ella se aprende a clasificarlos, a distinguir los géneros, las especies. Para estudiarlos por sus costumbres, por sus caracteres, sería preciso tener pajareras, viveros, establos; sería preciso obligarlos de alguna forma a permanecer reunidos en mi derredor. Carezco del gusto y de los medios para mantenerlos en cautividad, y de la agilidad

Librodot

necesaria para seguirlos en sus espantadas cuando están en libertad. ¡Será preciso, entonces, estudiarlos muertos, desollarlos, deshuesarlos, hurgar a gusto en sus entrañas palpitantes! ¡Qué espantoso aparato el de un anfiteatro anatómico, cadáveres hediondos, babosas y lívidas carnes, sangres, intestinos asquerosos, horribles esqueletos, vapores pestilentes! No es ahí, palabra, donde Jean Jacques irá a buscar distracciones.

Brillantes flores, esmalte de los prados, frescas umbrías, arroyos, bosquecillos, verdor, venid a purificar mi imaginación ensuciada por todos estos horrendos objetos. Mi alma, muerta para todos los grandes movimientos, no puede ya afectarse más que por objetos sensibles; ya no tengo más que sensaciones, y sólo por ellas pueden llegarme: aquí abajo el dolor o el placer. Atraído por los risueños objetos que me rodean, los considero, los contemplo, los comparo, aprendo en fin a clasificarlos, y heme aquí de repente tan botánico como tiene necesidad de serlo quien no quiere estudiar la naturaleza sino para encontrar incesantemente nuevas razones para amarla.

No busco en absoluto instruirme; es demasiado tarde. Además nunca he visto que tanta ciencia contribuya a la felicidad de la vida. Trato empero de proporcionarme entretenimientos dulces y simples que pueda disfrutar sin esfuerzo y que me distraigan de mis infortunios. No tengo gasto que hacer ni fatigas que pasar para vagar indolentemente de hierba en hierba, de planta en planta, para examinarlas, para comparar sus diversos caracteres, para señalar sus relaciones y sus diferencias, para observar, en fin, la organización vegetal con miras a seguir la marcha y el juego de estas máquinas vivas, a buscar, a veces con éxito, sus leyes generales, la razón y el fin de sus estructuras diversas, y a entregarme al encanto de la admiración agradecida para con la mano que me hace gozar de todo esto.

Las plantas parecen haber sido sembradas con profusión sobre la tierra, como las estrellas en el cielo, para invitar al hombre mediante el acicate del placer y de la curiosidad, al estudio de la naturaleza; pero los astros están colocados lejos de nosotros; se precisan conocimientos preliminares, instrumentos, máquinas, larguísimas escalas para alcanzarlas y colocarlos a nuestro alcance. Las plantas lo están naturalmente. Nacen bajo nuestros pies y en nuestras manos, por así decir, y si la pequeñez de sus partes esenciales las hurta algunas veces a la simple vista, los instrumentos que las vuelven visibles son de eso más fácil que los de la astronomía. La botánica es el estudio de un ocioso y perezoso solitario: un pico y una lupa son todo el instrumental de que ha de menester para observarlas. Se pasea, vaga libremente de un objeto a otro, examina cada flor con interés y curiosidad, y no bien comienza a captar las leyes de la estructura, gusta de observarlas con un placer sin fatigas, tan vivo como si le costara mucho. Hay en esta ociosa ocupación un encanto que no se encuentra más que en plena calma de las pasiones pero que basta por sí solo, en ese caso, para hacer la vida feliz y dulce; mas no bien se le mezcla un motivo de interés o de vanidad, sea para ocupar puestos o para hacer libros, no bien se quiere aprender tan sólo para instruir y se herboriza tan sólo para convertirse en autor o en profesor, todo ese dulce encanto se desvanece, no se ve ya en las plantas más que unos instrumentos de nuestras pasiones, no se encuentra ya ningún placer auténtico en su estudio, no se quiere ya saber sino demostrar que se sabe, y en los bosques no se está sino sobre el teatro el mundo, copiado en el cuidado de hacerse admirar; o bien, limitándose todo lo más a la botánica de gabinete y de jardín, en lugar de observar los vegetales en la naturaleza, no se ocupa uno más de sistemas y métodos; eterna materia de disputa que no permite conocer ni una planta más y que no arroja ninguna luz verdadera sobre la historia natural y el reino vegetal. De ahí los odios, los celos que la competencia de celebridad excita entre los autores botánicos tanto o más que entre los demás sabios. Al desnaturalizar este amable estudio, lo transplantan al centro de las ciudades y de las academias donde no degenera menos que las plantas exóticas en los jardines de coleccionista.

Bien diferentes disposiciones han hecho para mí de este estudio una especie de pasión que llena el vacío de todas las que ya no tengo. Trepo a los peñascos, a las montañas, me adentro en los valles, en los bosques, para hurtarme, cuanto cabe, al recuerdo de los hombres y a los embates de los malvados. Paréceme que bajo los umbráculos de un bosque estoy olvidado, libre y apacible como si ya no tuviera enemigos o como si el follaje de los bosques hubiera de preservarme de sus embates igual que los aleja de mi recuerdo, y en mi simpleza imagino que no pensando yo en ellos, ellos no pensarán tampoco en mí. Encuentro una dulzura tan grande en esta ilusión que me entregaría a ella por entero si mi situación, mi debilidad y mis necesidades me lo permitieran. Cuanto más profunda es la soledad en la que vivo, más necesario es que algún objeto llene su vacío, y los que mi imaginación me rehúsa o mi memoria rechaza son suplidos por las producciones espontáneas que la tierra, no forzada por los hombres, ofrece a mis ojos por doquier. El placer de ir a un desierto a buscar nuevas plantas encubre el de escapar a mis perseguidores, y cuando llego a lugares en los que no veo huellas ningunas de hombres, respiro más a mis anchas como en un refugio donde ya no me persigue su odio.

Toda mi vida recordaré una herborización que hice un día por la parte de la Robaila, montaña del justiciero Clerc. Estaba solo, me adentré en las anfractuosidades de las montaña, y de bosque en bosque, de peña en peña, llegué a un reducto tan escondido que en mi vida he visto aspecto más salvaje. Negros abetos entremezclados con hayas prodigiosas, varias de las cuales, caídas de vejez y entrelazadas unas con otras, cerraban este reducto con barreras impenetrables, algunos claros que dejaba aquel sombrío recinto no ofrecían más allá sino peñas cortadas a pico y horribles precipicios que sólo me atrevía a mirar acostado bajo abajo. El búho, la lechuza y el quebrantahuesos hacían oír sus gritos en las hendiduras de la montaña, algunos pajarillos raros aunque familiares temperaban, empero, el horror de aquella soledad. Allí encontré la Dentarla heptaphillos, el Ciclamen, el Nidus avis, el gran Lacerpitium y algunas otras plantas que me encantaron v me entretuvieron largo rato. Pero insensiblemente dominado por la fuerte impresión de los objetos, olvidé la botánica y las plantas, me senté sobre almohadas de Lycopodium y musgo y me puse a soñar a mis anchas pensando que me hallaba en un refugio ignorado por todo el universo, donde mis perseguidores no me descubrirían. Pronto un movimiento de orgullo se mezcló con esta ensoñación. Me comparaba a los grandes viajeros que descubren una isla desierta, y me decía con complacencia: soy sin duda el primer mortal que ha penetrado hasta aquí; me consideraba casi como otro Colón. Mientras me crecía con la idea, oí no lejos de mí cierto traqueteo que creí reconocer; escuché: el mismo ruido se repitió y se multiplicó. Sorprendido y curioso, me levanté, me abrí camino a través de una espesura de malezas por el lado de donde venía el ruido y, en una cañada de veinte pasos del mismo lugar donde creía haber sido el primero en

llegar, vi una manufactura de medias.

No sabría expresar la agitación confusa y contradictoria que sentí en mi corazón ante aquel descubrimiento. Mi primer movimiento fue un sentimiento de alegría por encontrarme entre humanos donde me había creído totalmente solo. Pero este movimiento, más rápido que una centella, pronto dio paso a un sentimiento doloroso más duradero, como no pudiendo en los antros mismos de los alpes escapar a las crueles manos de los hombres, ensañados en atormentarme. Porque estaba por demás seguro de que no había quizás ni dos hombres en aquella fábrica que no estuvieran iniciados en el complot cuyo jefe habíase hecho predicante Montmollin y cuyos móviles primeros arrastraba de más lejos. Me apresuré a descartar esta triste idea y acabé por reírme de mí mismo y de mi pueril vanidad y de la cómica manera en que había sido castigado.

Librodot

Pero efectivamente, ¿quién habría esperado jamás encontrarse una manufactura en un precipicio? En el mundo sólo Suiza presenta esta mezcla de la naturaleza salvaje y la industria humana. Toda Suiza no es más que, por así decir, una gran ciudad cuyas calles, anchas y largas más que la de Saint-Antoine, están sembradas de bosques, cortadas por montañas, y cuyas casas, desperdigadas y aisladas, sólo se comunican entre sí mediante jardines ingleses. Me acordé, a este respecto, de otra herborización que habíamos hecho Du Peyrou, D´Eschernay, el coronel Pury, el justiciero Clerc y yo hacía algún tiempo en la montaña de Chasseron, desde cuya cima se divisan siete lagos. Se nos dijo que no había más que una sola casa en esta montaña, y probablemente no habríamos adivinado la profesión del que la habitaba si no hubieran agregado que era librero y que además llevaba muy bien los negocios en aquella región. Me parece que un solo hecho de esta especie permite conocer Suiza mejor que todas las descripciones de los viajeros.

Ve aquí otra de la misma naturaleza, más o menos, que no permite menos conocer a un pueblo muy diferente. Durante mi estancia en Grenoble, hacía a menudo pequeñas herborizaciones fuera de la ciudad con el señor Bovier, abogado de aquel país, no porque él amara ni supiera de botánica, sino porque, habiéndose convertido en mi guarda de vista, se imponía el mandato, siempre que fuera posible, de no apartarse de mí un paso. Un día nos paseábamos a lo largo de Isére, en un lugar lleno de espinos amarillos. Vi frutos maduros en aquellos arbolillos, tuve la curiosidad de probarlos y, al encontrarles una ligera acidez muy agradable, me puse a comer de aquellas granas para refrescarme; el señor Bovier seguía a mi lado sin limitarme y sin decir nada. En esto, apareció un amigo suyo que, al verme picoteando las granas, me dijo: «-¡Eh, señor! ¿qué hacéis? ¿Ignoráis que esa fruta envenena? - ¿Que esa fruta envenena?,,, exclamé yo sorprendidísimo. -Desde luego», repuso, «y todo el mundo sabe esto tan bien que a nadie en la región se le ocurre probarla». Miré al señor Bovier y le dije: »Entonces, ¿por qué no me habéis avisado?-¡Ah, señor», me respondió, «no osaba tomarme esa libertad». Me eché a reír ante aquella humilde delfinesca, interrumpiendo, no obstante, mi pequeña colación. Estaba persuadido, como lo estoy aún, de que toda producción natural agradable al gusto no puede ser perjudicial para el cuerpo o, al menos, sólo lo es por su exceso. Sin embargo, confieso que me estuve tanteando el resto de la jornada: pero sólo fue un poco de inquietud; cené muy bien; dormí mejor y por la mañana me levanté en perfecto estado, después de haber tragado la víspera quince o veinte granas de ese terrible Hippophaee, que, según me dijo todo el mundo en Grenoble al día siguiente, envenena en pequeñísimas dosis. La aventura me pareció tan graciosa que nunca la recuerdo sin reírme de la singular discreción del abogado señor Bovier, Todas mis correrías botánicas, las diversas impresiones del ámbito de los objetos que me han llamado la atención, las ideas que ha hecho surgir en mí, los accidentes que se han mezclado, todo ello me ha dejado impresiones que se renuevan con la vista de las plantas herborizadas en esos mismos lugares. No volveré ya a ver aquellos hermosos paisajes, aquellos peñascos, aquellas montañas, cuyo aspecto siempre ha conmovido mi corazón, pero ahora que no puedo ya recorrer aquellas venturosas comarcas, no tengo más que abrir el herbario y enseguida éste me transporta allí. Los fragmentos de las plantas que he recorrido bastan para recordarme todo aquel magnífico espectáculo. Este herbario es para mí un diario de herborizaciones que hace que las recomience con un nuevo encanto y produce el efecto de un óptico que las pintara nuevamente en mis ojos.

En esta cadena de ideas accesorias la que me vincula a la botánica. Reúne y recuerda a mi imaginación todas las ideas que más halagan. Los prados, las aguas, los bosques, la soledad, la paz sobre todo y el reposo que se halla en medio de todo eso son de nuevo trazados por ella incesantemente en mi memoria. Me hace olvidar las persecuciones de los hombres, su odio,

su desprecio, sus ultrajes y todo el daño con que han pagado mi tierno y sincero cariño por ellos. Me transporta a habitaciones apacibles en medio de personas sencillas y buenas como aquéllas con las que viví. Me recuerda mi edad moza y mis placeres inocentes, hace que los goce de nuevo, y con más frecuencia aún me hace feliz en medio de la más triste suerte que jamás haya sufrido mortal alguno.

OCTAVO PASEO

El meditar sobre las disposiciones de mi alma en todas las situaciones de mi vida, me ha sorprendido extraordinariamente ver tan escasa proporción entre las diversas combinaciones de mis destino y los sentimientos habituales de bienestar o malestar con que me han afectado. Los diversos intervalos de mis cortas prosperidades no me han dejado casi ningún recuerdo agradable de la manera íntima y permanente en que me han afectado, y por el contrario, en todas las miserias de mi vida, me sentía constantemente lleno de sentimientos tiernos, conmovedores, deliciosos, que derramando un bálsamo saludable sobre las heridas de mi afligido corazón, parecían convertir su dolor en voluptuosidad, y cuyo amable recuerdo vuelve solo a mí, desprendido del de los males que al mismo tiempo padecía. Me parece que he sentido más la dulzura de la existencia, que realmente he vivido más, cuando mis sentimientos, apretados por así decir en torno a mi corazón por mi destino, no iban evaporándose hacia afuera por sobre todos los objetos de la estima de los hombres, que tan poco merecen por sí mismos y que constituyen la única ocupación de personas a las que creemos felices.

Cuando todo en mi derredor estaba en orden, cuando estaba contento con todo lo que me rodeaba y con la esfera en la que tenía que vivir, la llenaba con mis afectos. Mi alma expansiva se extendía sobre otros objetos, y atraída sin cesar lejos de mí por gustos de mil especies, por vínculos amables que sin cesar ocupaban mi corazón, me olvidaba en cierta manera de mí mismo, participaba por entero de lo que me era extraño y sentía en la continua agitación de mi corazón toda la vicisitud de las cosas humanas. Esta tortuosa vida no me dejaba ni paz en los adentros, ni reposo fuera. En apariencia dichoso, `no tenía un solo sentimiento que pudiera soportar la prueba de la reflexión y en el que pudiera deleitarme verdaderamente. Nunca estaba totalmente contento, ni de otro ni de mí mismo. El tumulto del mundo me aturdía, la soledad me hastiaba, tenía continuamente necesidad de cambiar de sitio y no esta bien en ninguna parte. Sin embargo, era agasajado, muy estimado, bien recibido, acariciado por doquier. No tenía un solo enemigo, ni malqueriente ni envidioso. Como no se buscaba sino complacerme, con frecuencia yo mismo tenía el placer de complacer a mucha gente, y sin bienes, sin empleo, sin fautores, sin grandes talentos bien desarrollados ni bien conocidos, gozaba de las ventajas añadidas a todo aquello y no veía a nadie en estado alguno cuya suerte pareciérame preferible a la mía. ¿Que me faltaba entonces para ser feliz? Lo ignoro; pero sé que no lo era.

¿Qué me falta hoy día para ser el más infortunado de los mortales? Nada de cuanto los hombres han podido poner de su parte para ello. Y que, ni siquiera en este deplorable estado cambiaría yo de ser y de destino por el más afortunado de entre ellos, y prefiero aún ser yo con toda mi miseria que ser alguno de ésos con toda su prosperidad. Reducido a mí mismo, me nutro, es cierto, de mi propia sustancia, pero ésta no se consume y me basto a mí mismo, aunque rumie, por así decir, en vacío, y mi imaginación agotada y mis ideas extintas no proporciona ya alimentos a mi corazón. Mi alma ofuscada, obstruida por mis órganos, se

postra cada día más y bajo la carga de estas pesadas masas carece ya del vigor suficiente para lanzarse con antaño fuera de su vieja envoltura.

Es la adversidad la que nos fuerza a esta vuelta hacia nosotros mismos, y puede que sea eso lo que la hace más insoportable para la mayoría de los hombres. Cuanto a mí, que no encuentro sino faltas que reprocharme, acuso de ellas a mi debilidad y me consuelo; porque nunca daño premeditado alguno rondó mi corazón.

Sin embargo, a menos de ser estúpido, ¿cómo contemplar por un momento mi situación sin verla tan horrible como ellos la han vuelto, y sin perecer de dolor y desesperanza? Antes bien, yo, el más sensible de los seres, la contemplo y no me conmuevo, y sin combates, sin esfuerzos sobre mí mismo, me veo casi con indeferencia en un estado cuyo aspecto quizás no soportaría sin espanto ningún otro hombre.

¿Cómo he llegado a esto? Pues me hallaba bien lejos de esta disposición sosegada a la primera sospecha del complot en el que desde hacía tiempo estaba trabado sin haberme percatado en absoluto. Este descubrimiento nuevo me trastornó. La infamia y la traición me sorprendieron desprevenido. ¿Qué alma honesta está preparada para tal género de penas? Habría que merecerlas para preverlas. Caí en todas las trampas que fueron cavando a mi paso, la indignación, el furor, el delirio se adueñaron de mí, perdí el norte, mi cabeza se desquició y, en las horribles tinieblas en las que no han cejado de tenerme sumido, no vi ya ni resplandor para guiarme, ni apoyo ni agarradero en el que pudiera tenerme firme y resistir a la desesperación que me arrastraba.

¿Cómo vivir dichoso y tranquilo en tan espantoso estado? Sin embargo, aún estoy en él y más hundido que nunca, y he recobrado la calma y la paz y vivo dichoso y tranquilo y me río de los increíbles tormentos que en vano se dan mis perseguidores sin cesar, mientras yo sigo en paz, ocupado en flores, estambres y niñerías, y ni siquiera pienso en ellos.

¿Cómo se ha producido este paso? De modo natural, insensiblemente y sin fatigas. La primera sorpresa fue espantosa. Yo que me sentía digno de amor y de estima, yo me creía honrado, querido como merecía serlo, me vi transformado en un monstruo horroroso como nunca había existido. Vi precipitarse por entero en esta extraña opinión a toda una generación, sin explicación, sin dudar, sin vergüenza y sin que pudiera al menos llegar a saber nunca la causa de esta extraña revolución. Me debatí con violencia y no hice sino trabarme más. Quise forzar a mis perseguidores a explicarse conmigo, se guardaban de hacerlo. Después de haberme atormentado largo tiempo sin éxito, hubo que tomar aliento. Esperaba empero siempre, me decía: una ceguera tan estúpida, una tan absurda prevención no puede ganarse a todo el género humano. Hay hombres de juicio que no comparten ese delirio, hay almas justas que detestan la trapacería y a los traidores. Busquemos, quizás encuentre por fin un hombre; si lo encuentro, están confundidos. He buscado vanamente, no lo he encontrado. La liga es universal, sin excepción, sin remisión, y estoy seguro de acabar mis días en esta horrorosa proscripción, sin penetrar nunca su misterio.

Es en tal estado deplorable donde tras largas angustias, en lugar de la desesperación que parecía debe ser finalmente mi dicha, encontré la serenidad, la tranquilidad, la paz, incluso la dicha, pues que cada día de mi vida me recuerda con placer el de la víspera, y no deseo otro distinto para el día siguiente.

¿De dónde viene esta diferencia? De una sola cosa. Y es que he aprendido a llevar el yugo de la necesidad sin rechistar. Es que me esforcé por tener apego a mil cosas y que, habiéndoseme escapado arreo todos estos asideros, reducido a mí mismo, he recobrado por fin mi sitio. Hostigado por doquier, permanezco en equilibrio porque, al no atarme ya a nada, sólo me apoyo en mí.

Librodot

Cuando con tanto ardor me alzaba contra la opinión, aún llevaba su yugo sin que me percatase de ello. Uno quiere ser estimado por las personas a las que estima, y en tanto pude juzgar favorablemente a los hombres, o a ciertos hombres al menos, los juicios que ellos hacían de mí no podían serme indiferentes. Veía que los juicios del público son con frecuencia equitativos, pero no veía que esta misma equidad era efecto del azar, que las reglas sobre las que los hombres basan sus opiniones no son extraídas más que de sus pasiones o de los prejuicios que son obra suya, y que incluso cuando juzgan bien, estos buenos juicios nacen con frecuencia todavía de un mal principio, como cuando figuran honrar por algún éxito el mérito de un hombre, no por espíritu de justicia sino para darse un aire imparcial calumniando a su antojo al mismo hombre en otros puntos.

Pero cuando, tras largas y vanas búsquedas, les vi quedarse a todos sin excepción en el más inicuo y absurdo sistema que espíritu infernal alguno pudo inventar; cuando vi que en lo relativo a mí la razón estaba proscrita de todas las cabezas y la equidad de todos los corazones; cuando vi a una generación frenética entregarse por entero al ciego de sus guías contra un infortunado que jamás hizo, ni quiso ni devolvió mal a nadie; cuando después de haber buscado vanamente a un hombre, hubo que apoyar la linterna y exclamar: no hay ninguno; entonces comencé a verme solo en la tierra y comprendí que, respecto a mí, mis contemporáneos no eran sino seres mecánicos que sólo actuaban por impulso y cuya acción tan sólo podía calcular por las leyes del movimiento. Cualquier intención, cualquier pasión que hubiera podido suponer en sus almas nunca habrían explicado su conducta para conmigo de un modo que yo pudiera entender. Así es como sus disposiciones interiores dejaron de ser algo para mí. No vi ya en ellos más que masas distintamente mudas, desprovistas para conmigo de toda moralidad.

En todos los daños que nos acaecen, miramos más la intención que el efecto. Una teja que cae de un tejado puede herirnos más, pero no nos aflige tanto como una piedra lanzada aposta por una mano malqueriente. A veces se marra el golpe, pero la intención nunca falla el tiro. Lo que menos se siente en los embates de la fortuna es el dolor material, y cuando los infortunados no saben a quién echar la culpa de sus desdichas, se las atribuyen al destino que ellos personifican y al que prestan unos ojos y una inteligencia para atormentarles a voluntad. Así es como un jugador despechado por las pérdidas se enfurece sin saber contra quién. Imagina un mal hado que se ensaña a voluntad en él para atormentarle, y al encontrar alimento en su cólera, se anima y se inflama contra el enemigo que se ha creado. El hombre prudente que no ve en todos los infortunios que le ocurren más que los golpes de la ciega necesidad no tiene estas agitaciones insensatas; grita en su dolor, pero sin arrebato, sin cólera; no siente del mal cuya víctima es sino el embate material, y por más que los golpes que le alcancen hieran a su persona, ni uno solo llega hasta el corazón.

Mucho es haber llegado hasta aquí, pero no lo es todo si uno se detiene. Está bien haber cortado el mal, pero eso es haber dejado la raíz. Porque está raíz no está en los seres que nos son ajenos, está en nosotros mismos y ahí es donde se ha de trabajar para arrancarla completamente. Esto es lo que sentí perfectamente no bien comencé a recobrarme. Al no mostrarme mi razón más que absurdidades en todas las explicaciones que intentaba dar a lo que me ocurría, comprendí que, siéndome desconocidos e inexplicables las causas, los instrumentos, los medios de todo aquello, debía ser nulos para mí. Que debía contemplar todos los detalles de mi destino como otros tantos actos de una pura fatalidad a la que o debía suponer ni dirección ni intención ni casa moral, que había que someterme a ella sin razonar y sin rechistar, porque era inútil, que cuanto había de hacer aún en la tierra era contemplarme como un ser puramente pasivo, que no debía gastar en resistirme inútilmente a mi destino la fuerza que me quedaba para soportarlo. Eso es lo que me decía. Mi razón, mi corazón

Librodot

asentían y sin embargo todavía oía murmurar a mi corazón. ¿De dónde venía el murmullo? Lo busqué, lo encontré; venía del amor propio que después de haberse indignado contra los hombres se sublevaba aún contra la razón.

Este descubrimiento no era tan fácil de hacer como puede creerse, porque un inocente perseguido toma durante largo tiempo el orgullo de su pequeño individuo por un puro amor la justicia. Pero una vez conocida, también la verdadera fuente es fácil de desecar o, por lo menos, de desviar. La estima de sí mismo es el mayor móvil de las almas altivas, el amor propio, fértil en ilusiones, se disfraza y se hace pasar por esta estima, pero cuando al fin se descubre el fraude y el amor propio no puede ya esconderse, entonces ya no es de temer, y aunque se le sofoque con pena, se le subyuga al menos tranquilamente.

Nunca tuve mucha propensión al amor propio, pero esta pasión ficticia habíase exaltado en mí en el mundo y sobre todo cuando fui autor; quizás todavía tenía menos que otros, pero lo tenía prodigiosamente. Las terribles lecciones que recibí pronto lo encerraron en sus primeros límites; comenzó por rebelarse contra la injusticia, pero ha acabado por desdeñarla. Al replegarse sobre el alma y al cortar las relaciones exteriores que le vuelven exigente, renunciando a las comparaciones y a las preferencias, se ha contentado con que yo fuera bueno para mí; al volverse entonces amor de mí mismo, ha entrado en el orden de la naturaleza y me ha liberado del yugo de la opinión.

Desde entonces he recobrado la paz del alma y casi la felicidad. En cualquier situación en que uno se encuentre, sólo por él se es desgraciado. Cuando él se calla y habla la razón, ésta nos consuela al fin de todos los males que no estuvo en nuestras manos evitar. Incluso mientras no actúen inmediatamente sobre nosotros, los aniquila, pues que se está seguro al punto de evitar sus más punzantes ataques cesando de ocuparse de ellos. Nada son para quien no lo piensa. Las ofensas, las venganzas, los atropellos, los ultrajes, las injusticias no son nada para quien no ve en los males que padece más que el mal mismo y no la intención, para aquél cuyo sitio no depende, en su propia estima, del que les plazca a los demás concederle. Cualquiera que sea el modo en que los hombres quieran verme, no podrían cambiar mi ser, y a pesar de su poder y a pesar de todas sus sordas intrigas, continuaré, hagan lo que hagan, siendo el despecho suyo lo que soy. Es verdad que sus disposiciones para conmigo influyen en mi situación real, la barrera que han puesto entre ellos y yo me priva de todo recurso de subsistencia y de asistencia en mi vejez y mis necesidades. Me hacen inútil incluso el dinero, ya que no puedo procurarme los servicios que me son necesarios, ni hay ya comercio ni auxilio recíproco ni correspondencia entre ellos y yo. Solo en medio de ellos, no me tengo más que a mí como recurso y este recurso es bien débil a mi edad y en el estado en que estoy. Los daños son grandes, pero han perdido para mí toda su fuerza desde que he sabido soportarlos sin irritarme. Los puntos en que la verdadera necesidad se hace sentir son siempre raros. La previsión y la imaginación los multiplican, y es por esta continuidad de sentimientos por lo que uno se inquieta y se vuelve infeliz. Cuanto a mí, por mucho que sepa que mañana sufriré, me basta con no sufrir hoy para estar tranquilo. No me afecta el mal que preveo, sino el que padezco, y eso lo reduce a muy poca cosa. Solo, enfermo y postrado en mi lecho, pudo morir de indigencia, de frío y de hambre sin que nadie se apure. Pero, ¿qué me importa si ni yo mismo me apuro y si me afecto tan poco como los demás por mi destino, cualquiera que ésta sea? ¿No es nada, sobre todo a mi edad, el haber aprendido a ver la vida y la muerte, la enfermedad y la salud, la riqueza y la miseria, la gloria y la difamación con la misma indiferencia? Todos los demás viejos se inquietan por todo; yo no me inquieto por nada, ocurra lo que ocurriese, todo me es indiferente, y esta indiferencia no es obra de mi prudencia, la es de mis enemigos. Conque aprendamos a tomar estas ventajas en compensación al daño que me hacen. Volviéndome insensible a la adversidad, me han hecho

Librodot

más bien que si me hubieran ahorrado sus ataques. Al no sentirla, podría temerla siempre, mientras que subyugándola ya no la temo.

Esta disposición me entrega, en medio de los reveses de mi vida, a la incuria de mi natural casi tan plenamente como si viviera en la más completa prosperidad. Fuera de los breves momentos en que soy convocado por la presencia de objetos a las más dolorosas inquietudes. El resto del tiempo, entregado por mis inclinaciones a los afectos que me atraen, mi corazón se nutre aún de los sentimientos para los que había nacido, y gozo de ellos con seres imaginarios que los producen y los comparten como si tales seres existieran realmente. Existen para mí que los he creado, y no temo ni que me traicionen ni que me abandonen. Durarán tanto como mis propias desgracias, y bastarán para hacérmelas olvidar.

Todo me conduce a la vida dichosa y dulce para la que había nacido. Paso los tres cuartos de mi vida ocupado en objetos instructivos e incluso agradables a los que entrego con delicia mi espíritu y mis sentidos, o con los hijos de mis fantasías que he ido creando según mi corazón, y cuyo comercio nutre los sentimientos, o conmigo solo, contento de mí mismo y ahíto ya de la dicha que siento se me debe. En todo esto, el amor de mí mismo lo ha hecho todo, el amor propio no entra aquí para nada. No así en los tristes momentos que aún paso en medio de los hombres, juguete de sus caricias traidoras, de sus cumplidos ampulosos, de su empalagosa malignidad. Cualquiera que sea la manera como haya podido dejarme coger, el amor propio ha hecho su juego. El odio y la animosidad que veo en sus corazones a través de esta grosera envoltura desgarran el mío de dolor; y la idea de ser tomado así tontamente por un incauto agrega además a este dolor un despecho muy pueril, fruto de un estúpido amor propio cuya necesidad noto entera, pero al que no puedo subyugar. Los esfuerzos que he hecho para curtirme ante estas miradas insultantes y burlonas son increíbles. Cien veces he pasado por los paseos públicos y por los lugares más frecuentados con el único propósito de ejercitarme en estas crueles carenas; no sólo no he podido lograrlo, sino que tan siquiera he avanzado nada, y todos mis penosos pero vanos esfuerzos me han dejado por demás tan fácil de turbar, de afligir, de indignar como antes.

Dominado, haga lo que hiciere, por mis sentidos, nunca he sabido resistirme a sus impresiones, y mientras el objeto actúa sobre ellos mi corazón no ceja de estar afectado; pero estas afecciones pasajeras duran sólo lo que la sensación que las causa. La presencia del hombre odioso me afecta violentamente, pero tan pronto como desaparece, la impresión cesa; en el instante en que dejo de verlo, dejo de pensar en él. El mal que no siento al presente no me afecta en modo alguno, el perseguidor al que no veo no es nadie para mí. Noto la ventaja que esta posición da a los que disponen de mi destino. Pues que dispongan de él a su antojo. Prefiero además que me atormenten sin resistencia a estar obligado a pensar en ellos para preservarme de sus golpes.

Esta acción de mis sentidos sobre mi corazón constituye el único tormento de mi vida. Los días en que no veo a nadie, no pienso ya en mi destino, ya no lo siento, ya no sufro, estoy feliz y contento sin diversión, sin obstáculo. Pero raramente escapo a un ataque sensible; cuando menos pienso en ello, un gesto, una mirada siniestra que percibo, una palabra envenenada que oigo, un malquiriente que me encuentro basta para trastornarme. Cuanto en semejante caso puedo hacer es olvidar a toda prisa y huir. La turbación de mi corazón desaparece con el objeto que la ha causado y vuelvo a la calma tan pronto como estoy solo. O si algo me inquieta, es el temor de reencontrar a mi paso algún nuevo sujeto de dolor. Esa es mi única cuita; pero basta para alterar mi dicha. Alójome en el centro de París. Al salir de mi casa, suspiro en pos del campo y la soledad, pero hay que ir a buscarlo tan lejos que, antes de poder respirar a mis anchas, encuentro en mi camino mil objetos que me oprimen el corazón, y la mitad de la jornada se pasa en angustias antes de que haya alcanzado el refugio que voy

Librodot

buscando. Dichoso al menos cuando se me deja acabar mi ruta. Es delicioso el momento en que escapo al cortejo de malvados, y no bien me veo bajo los árboles, en medio del verdor, creo verme en el paraíso terrenal y siento un placer interno tan vivo como si fuera el más feliz de los mortales.

Recuerdo perfectamente que durante mis cortas prosperidades, estos mismos paseos solitarios que hoy día me son tan deliciosos, me eran insípidos y molestos.

Cuando estaba en el campo en casa de alguien, la necesidad de hacer ejercicio y de respirar el airo puro me hacía con frecuencia salir solo, y escapándome como un ladrón me iba a pasear por el parque o por el campo; pero en vez de encontrar allí la calma dichosa que hoy día experimento, me llevaba encima la agitación de las vanas ideas que me había ocupado en el salón; el recuerdo de la compañía que había dejado me seguía en la soledad, los vapores del amor propio y el tumulto del mundo empañaban a mis ojos la frescura de los bosquecillos y turbaban la paz del retiro. Por más que huyera al fondo de los bosques, una multitud importuna me seguía por doquier y velada para mí toda la naturaleza. Sólo después de haberme desligado de las pasiones sociales y de su triste cortejo, la he vuelto a encontrar con todos sus encantos.

Convencido de la imposibilidad de contener estos primeros movimientos involuntarios, he suspendido todos mis esfuerzos para ello. A cada ataque dejo esconderse a mi sangre, a la cólera y a la indignación adueñarse de mis sentidos, cedo a la naturaleza esta primera explosión que todas mis fuerzas no podrían detener ni suspender. Solamente trato de detener las consecuencias antes de que aquélla haya producido algún defecto. Los ojos chispeantes, el fuego del rostro, el temblor de los miembros, los sofocantes pálpitos, todo esto pertenece al mero físico y el discernimiento nada puede; pero después de haber dejado hacer al natural su primera explosión, se pude volver a ser dueño de sí mismo recobrando poco a poco los sentidos: eso es lo que he intentado hacer durante largo tiempo sin éxito, pero con más ventura al final. Y al dejar de emplear mi fuerza en vana resistencia, aguardo el momento de vencer dejando obrar a mi razón, porque ella no me habla más que cuando puede hacerse escuchar. ¡Ah... qué digo, aymé!, ¿mi razón? Muy mal haría además concediéndole el honor de este triunfo, pues que no tiene parte en él. Todo viene igualmente de un temperante versátil que un viento intempestuoso agita, pero que vuelve de nuevo a la calma en el instante en que el viento deja de soplar. Es mi natural ardiente el que me agita, es mi natural indolente el que me apacigua. Cedo a todos los impulsos presentes, todo choque me provoca un movimiento intenso y corto; no bien deja de haber choque, el movimiento cesa; nada transmitido puede prolongarse en mí. Todas las vueltas de la fortuna, todas las maquinaciones de los hombres tienen escasa opción sobre un hombre así constituido. Para afectarme con cuitas duraderas sería menester que la impresión se renovara a cada instante. Porque por breves que sean los intervalos, bastan para devolverme a mí mismo. Soy lo que a los hombres les place, en tanto pueden obrar sobre mis sentidos; mas al primer instante de tregua, vuelvo a ser lo que la naturaleza ha querido; ése es, hágase lo que se haga, mi estado más constante, y por el cual experimento a despecho de mi destino una dicha para la que me siento constituido. He descrito este estado en una de mis ensoñaciones. Me conviene tanto que no deseo otra cosa que su duración y no temo más que verlo turbado. El daño que los hombres me han hecho no me afecta en suerte alguna; el solo temor del que aún pueden hacerme es capaz de agitarme- pero seguro de que carecen ya de ocasión nueva por la que pueden afectarme con un sentimiento permanente, me río de todas sus tramas y gozo de propio a despecho suyo.

NOVENO PASEO

La dicha es un estado permanente que no parece hecho aquí abajo para el hombre. 'Podo en la tierra está en un flujo continuo que no permite que algo tome una forma constante. Todo cambia en torno nuestro. Cambiamos nosotros mismos y nadie puede asegurarse de que amará mañana lo que ama hoy. Así, todos nuestros proyectos de felicidad para esta vida son quimeras. Aprovechemos el contento de espíritu cuando acude. Guardémonos de alejarlo por nuestra culpa, pero no hagamos proyectos para encadenarlo, pues que tales proyectos son puras locuras. He visto pocos hombres felices, quizás ninguno, pero he visto con frecuencia corazones contentos, y de todos los objetos que me han impresionado, éste es el que más me ha contentado a mí mismo. Creo que es una consecuencia natural del poder de las sensaciones sobre mis sentimientos internos. La dicha carece de enseña exterior; para conocerla sería preciso leer en el corazón del hombre dichoso; pero el contento se lee en los ojos, en el porte, en el acento, en el paso, y parece comunicarse al que lo percibe. ¿Hay goce más dulce que ver a un pueblo entero entregarse a la alegría un día de fiesta, y a todos los corazones abrirse a los rayos expansivos del placer que pasa rápido, pero vivamente, a través de las nubes de la vida?

Hace tres días que el señor P. vino con diligencia extraordinaria a enseñarme el elogio de la señora Geoffrin por el señor D'Alembert. La lectura estuvo precedida de largas y sonoras carcajadas sobre el ridículo neologismo de la obra y sobre los jocosos juegos de palabras de que, según decía, estaba llena. Comenzó a leer sin dejar de reír, le escuché con un aplomo que le calmó, y viendo que no le imitaba, dejó finalmente de reír. El artículo más largo y más rebuscado de la obra versaba sobre el placer que sentía la señora Geoffrin al ver a los niños y hacerles hablar. El autor infería con acierto de esta disposición una prueba de buen natural y de malignidad a quienes carecían del mismo gusto, hasta el punto de decir que si se interrogara sobre ello a los que se conduce al cadalso o a la rueda todos convendrían en que no les habían gustado los niños. Tales asertos, en el lugar en que estaban, producían un efecto singular. Aun dándolo por cierto, ¿era ocasión de decirlo y había que mancillar el elogio de una mujer estimable con imágenes de suplicio y de malhechor? Comprendí fácilmente el motivo de esta afectación ruin, y cuando el señor P. hubo acabado de leer, al poner de relieve lo que me había parecido bien en el elogio, agregué que al escribirlo el autor tenía en el corazón menos amistad que odio.

Al día siguiente, como el tiempo era bastante bueno, aunque frío, fui a hacer una excursión hasta la Escuela Militar, contando con encontrar allí musgos en plena flor.

Mientras caminaba, absorto en la visita de la víspera y en el escrito del señor D'Alembert, iba pensando que el episódico pasaje no había sido colocado allí sin propósito, y la sola afectación de traerme el folleto, a mí a quien se le esconde todo, me enseñaba asaz cuál era su objeto. Había metido a mis hijos en los Niños Expósitos, lo que era suficiente para habérseme mudado en padre desnaturalizado, y de ahí, dilatando y acariciando la idea, se había ido poco a poco sacando la consecuencia evidente de que yo odiaba a los niños; siguiendo con el pensamiento la cadena de estas graduaciones, iba admirando con qué arte sabe cambiar la industria humana lo blanco en negro. Porque no creo que nunca a hombre algunos le haya gustado más que a mí ver a los chiquillos pequeños retozar y juguetear juntos, y con frecuencia, en la calle y en los paseos, me detengo a mirar su travesura y sus jueguecillos con un interés como no veo a nadie compartir. El día mismo que vino el señor P., una hora antes de su visita había tenido la de los dos pequeños de Soussoi, los hijos de los jóvenes de mi huésped, el mayor de los cuales puede tener siete años: había venido a abrazarme de tan buen corazón y yo les había devuelto tan tiernamente sus caricias que, pese a la disparidad de edades, habían parecido disfrutar sinceramente conmigo, y cuanto a mí, estaba transido de

Librodot

gozo al ver que mi vieja figura no les había repugnado. El menor incluso parecía convenirse conmigo de tan bien grado que, más niño que ellos, sentíame encariñado con él ya de preferencia y lo vi irse con tanta pena corno si me hubiera pertenecido.

Comprendo que el reproche de haber metido a mis hijos en los Niños Expósitos ha degenerado fácilmente, con algo de giro, en el de ser padre desnaturalizado y odiar a los niños. Sin embargo, es seguro que el temor a un destino para ellos mil veces peor y casi inevitable por cualquier otra vía es lo que me determinó más en esta diligencia. Más indiferente respecto de lo que sería de ellos e imposibilitado para educarlos yo mismo, habría sido preciso, en mi situación, dejarlos educar por su madre, que los habría consentido, y por su familia, que les habría hecho monstruos. Aún me estremezco al pensarlo. Lo que Mahoma hizo de Seida no es nada al lado de lo que se habría hecho de ellos relativo a mí, y las trampas que se me han tendido por ello luego me confirman asaz que el proyecto estaba formado. En verdad, ni siquiera podía prever a la sazón tales tramas atroces: pero sabía que la educación menos peligrosa para ellos era la de los Niños Expósitos, y allí los metí. Lo volvería a hacer con mucho menos duda también si la cosa estuviera aún por hacer, y sé bien que ningún padre es más tierno de lo que yo lo habría sido para con ellos, a poco que el hábito hubiera ayudado a la naturaleza.

Si algún progreso he hecho en el conocimiento del corazón humano, fue el placer que tenía en ver y observar a los niños lo que me valió tal conocimiento. En mi juventud, este mismo placer constituyó una especie de obstáculo, porque jugaba tan alegremente con los niños

y de tan buen corazón que apenas pensaba en estudiarlos. Pero cuando, al envejecer, he visto que mi figura caduca les inquietaba, me he abstenido de importunarles, y he preferido privarme de un placer a turbar su alegría; contento entonces con satisfacerme mirando sus juegos y todos sus pequeños ajetreos, he hallado el resarcimiento de mi sacrificio en las luces que tales observaciones me han hecho adquirir sobre los primeros y verdaderos movimientos de la naturaleza de los que todos nuestros sabios no conocen nada. He consignado en mis escritos la prueba de que me había ocupado de esta búsqueda demasiado cuidadosamente como para no haberla hecho con placer, y sería seguramente la cosa más increíble del mundo que Eloísa y Emilio fuesen obra de un hombre que no amaba a los niños.

Nunca tuve ni presencia de ánimo ni facilidad de palabra; pero después de mis desdichas, mi lengua y mi cabeza se han embotado cada vez más. La idea y la palabra propia se me escapan asimismo, y nada exige un discernimiento mejor ni una opción de expresiones más justas que las declaraciones que se hacen a los niños. Lo que aún aumenta en mí este embotamiento es la intención de los oyentes, las interpretaciones y el peso que otorgan a todo cuanto sale de un hombre que, habiendo escrito expresamente para los niños, se supone que no debe hablarles más que a través de oráculos. Esta extrema molestia y la ineptitud que siento me turba, me desconcierta y estaría con mucha más soltura ante un monarca de Asia que ante un chiquillo al que hay que hacer parlotear.

Otro inconveniente me mantiene ahora más alejado de ellos, y después de mis desdichas, continúo viéndolos con el mismo placer, pero no tengo ya con ellos la misma familiaridad. A los niños no les gusta la vejez, a sus ojos el aspecto de la naturaleza desfalleciente es repulsivo, su repugnancia, que yo noto, me lacera, y prefiero abstenerme de acariciarlos a darles molestia o disgusto. Este motivo que no actúa más que sobre las almas verdaderamente amantes es nulo para todos nuestros doctores y doctoras. La señora Geoffrin se preocupaba muy poco de que los niños tuvieran placer con ella con tal de que ella lo tuviese con ellos. Pero para mí, tal placer es peor que ninguno, es negativo cuando no es compartido, y no estoy ya en la situación ni en la edad en que veía abrirse el corazoncito de un niño con el mío. Si

ello pudiera ocurrirme aún, este placer, más raro ahora, no sería para mí sino más vivo, y bien lo comprobaba la otra mañana por el que tuve que acariciar a los pequeños de Soussoi, no sólo porque la criada que los llevaba no me imponía mucho y sentía menos la necesidad de escucharme delante de ella, sino, además, porque el aire jovial con que me abordaron no les abandonó, y no parecieron ni desazonarse ni aburrirse conmigo.

¡Ay, si aún tuviera algunos momentos de caricias puras que viniesen del corazón siquiera fuera de un niño de mantillas, si aún pudiera ver en algunos ojos la alegría y el contento de estar conmigo, de cuántos males y cuitas no me resarcirían estos breves pero dulces desahogos de mi corazón! ¡Ay!, no me vería obligado a buscar entre los animales la mirada de la benevolencia que ahora se me niega entre los humanos. Puedo juzgar según muy pocos ejemplos, siempre caros, empero, a mi recuerdo. He aquí uno que en cualquier otro estado casi habría olvidado, y que me ha causado una impresión que pinta bien toda mi miseria. Hace dos años que, habiendo ido a pasear por la parte de Nouvelle-France, seguí más lejos, luego tomando a la izquierda y queriendo dar una vuelta en derredor de Montmartre, atravesé el pueblo de Clignancourt. Iba distraído y soñando sin mirar a mi alrededor cuando, de pronto, me sentí agarrar por las rodillas. Miro y veo a un niñito de cinco o seis años que apretaba con todas sus fuerzas mis rodillas mirándome con un aire tan familiar y cariñoso que se conmovieron mis entrañas, y yo me decía: así es como habría sido tratado por los míos. Cogí al niño en brazos, le besé varias veces en una especie de transporte y después continué mi camino. Mientras andaba, sentía que me faltaba algo, una necesidad naciente me hacía volver sobre mis pasos. Me reprochaba haber dejado tan bruscamente a aquel niño, creía ver en su acción sin causa aparente una suerte de inspiración que no había que desdeñar. Finalmente, cediendo a la tentación, volví sobre mis pasos, corría hacia el niño, le abracé de nuevo y le di con que comprar panecillos de Nanterre, cuyo vendedor pasaba por allí por casualidad, y comencé a hacerle chacharear. Le pregunté dónde estaba su padre; me señaló a uno que enarcaba toneles. Me disponía a dejar al niño para ir a hablarle cuando vi que había sido prevenido por un hombre de mal aspecto que parecióme ser uno de esos chivatos que andan siempre pisándome los talones. Mientras aquel hombre le hablaba al oído, vi fijarse atentamente en mí las miradas del tonelero con un aire que no tenía nada de amistoso. Este objeto me oprimió al instante el corazón y dejé al padre y al niño con más prontitud aún de la que hubiese empleado en volver sobre mis pasos, pero con una turbación menos agradable que cambió todas mis disposiciones.

Sin embargo, las he sentido renacer con frecuencia desde entonces, he vuelto a pasar por Clignancourt varias veces con la esperanza de volver a ver a aquel niño, pero no he vuelto a ver ni a él ni al padre, y no me ha quedado de aquel encuentro más que un recuerdo bastante vivo, mezclado siempre con dulzura y tristeza, como todas las emociones que aún penetran a veces hasta mi corazón, y al que una reacción dolorosa acababa siempre oprimiendo.

Hay compensación para todo. Si mis placeres son raros y cortos, también los disfruto más vivamente cuando acuden que si me fueran más familiares; los rumio, por así decir, con frecuentes recuerdos, y por raros que sean, si fueran puros y sin mezcla, sería más dichoso quizás que en mi prosperidad. En la extrema miseria uno se siente rico con poco. Un pordiosero que encuentra un escudo se emociona más de lo que lo haría un rico al encontrarse una bolsa de oro. Alguien se reiría si viera en mi alma la impresión que le causan los menores placeres de esta especie que puedo hurtar a la vigilancia de mis perseguidores. Uno de los últimos se me ofreció hace cuatro o cinco años, y nunca lo recuerdo sin sentirme embargado por el contento de haberlo aprovechado tan bien.

Un domingo habíamos ido, mi mujer y yo, a cenar a la puerta Maillot. Tras la cena, atravesamos el bosque de Boulogne hasta la Muette; allí nos sentarnos en la hierba a la

Librodot

sombra, esperando que el sol estuviera bajo para acto continuo regresar despacito por Passy. Una veintena de niñas acompañadas por una especie de religiosa vinieron a sentarse unas y a juguetear las otras bastante cerca de nosotros. Durante sus juegos, acertó a pasar con su tambor y su ruleta un barquillero que buscaba parroquia. Vi que las niñas anisaban los barquillos, y dos o tres de ellas, que aparentemente poseían algunos ochavos, pidieron permiso para jugar. Mientras la gobernanta vacilaba y discutía, llamé al barquillero y le dije: haced tirar a todas esas señoritas una vez cada una, y yo os pagaré todo. Listas palabras propagaron por todo el grupo una alegría que, por sí sola, habría más que pagado mi bolsa aun cuando la hubiere empleado toda en ello.

Cuando vi que se apresuraban con un poco de confusión, con el beneplácito de la gobernanta hice colocarse a todas de un lado e ir pasando luego al otro lado una tras otra, a medida que habían ido tirando. Si bien no hubo ningún vale blanco y a cada una de las que no habrían tenido nada les correspondió por lo menos un barquillo, y ninguna de ellas podía estar en absoluto descontenta, para hacer más alegre aún la fiesta, dije en secreto al barquillero que usara de su astucia habitual en sentido contrario, haciendo caer tantos buenos lotes como pudiera, y que yo se lo tendría en cuenta. Merced a esa previsión se repartieron cerca de un centenar de barquillos, pese a que las niñas tiraran una sola vez cada una, porque en eso fui inexorable, no queriendo ni favorecer abusos ni marcar preferencias que producirían descontentos. Mi mujer insinuó a las que tenían buenos lotes que hicieran parte de ellos a sus compañeras, con lo que el reparto fue casi igual y la alegría más general. Rogué a la religiosa que se sirviera tirar a su vez, temiendo mucho que rechazara desdeñosamente mi ofrecimiento; lo aceptó de buena gana, tiró como las pensionistas y tomó sin remilgos lo que le correspondió. Se lo agradecí infinitamente y encontré en ello una suerte de urbanidad que me satisfizo mucho y que creo vale más que la de los melindres. Durante toda esta operación hubo disputas que se llevaron ante mi tribunal, y mientras las niñas iban defendiendo por turno su causa, me dieron ocasión de observar que si bien no había ninguna bonita, la gracia de algunas hacía olvidar su fealdad.

Al final, nos separamos muy contentos unos de otros; y aquella tarde fue una de las de mi vida cuyo recuerdo evoco con mayor satisfacción. Por lo demás, la Cesta no fue ruinosa, y por treinta soles que me había costado todo lo más, tuve más de cien escudos de contento. Tanto es así que el placer auténtico no se mide por el gasto y que la alegría es más amiga de lo ochavos que de los luises. He vuelto varias veces más al mismo sito a la misma hora, esperando encontrar de nuevo al grupito, pero eso no ha ocurrido.

Esto me recuerda otro entretenimiento casi de la misma especie cuya memoria se me ha quedado desde mucho antes. Era en el desventurado tiempo en que, colado entre los ricos y las gentes de letras, veíame reducido a veces a compartir sus tristes placeres. Me encontraba en la Chevrette, por las fechas del santo del dueño de casa, toda su familia se había reunido para celebrarlo, y todo el boato de los placeres ruidosos fue puesto en ejecución para tal fin. Juegos, espectáculos, festines, fuegos de artificio, no se ahorró nada. No había tiempo de tomar aliento y uno se aturdía en vez de divertirse. Tras el almuerzo se salió a tomar aire a la avenida; había una especie de feria. Se bailaba, los señores se dignaron de bailar con las campesinas, pero las señoras conservaron su dignidad. Por allí vendían ñoclos.

A un joven de la compañía se le ocurrió comprar para arrojarlos uno a uno en medio de la multitud, y fue tal el placer que produjo ver a todos aquellos patanes precipitarse, pelearse, revolcarse para cogerlos, que todo el mundo quiso darse el mismo gusto. Vuelta a volar acá y acullá ñoclos, vuelta a correr y amontonarse y baldarse mozos y mozas; todo el mundo encontraba encantador aquello. Por mala vergüenza, hice como los demás, aunque para mis adentros no me divirtiera tanto como ellos. Pero aburrido pronto de vaciar mi bolsa para que

Librodot

se aplastara la gente, dejé allí la buena compañía y me fui a pasear solo por la feria. La variedad de los objetos me entretuvo largo tiempo. Entre otros, vi a cuatro o cinco saboyanos alrededor de una niña que aún tenía en su altabaque una docena de manzanas raquíticas de las que bien hubiera querido desembarazarse. Los saboyanos, por su parte, bien hubieran querido desembarazarse de ellas, pero tan sólo tenían dos o tres ochavos entre todos y aquello no daba para abrir una gran brecha en las manzanas. El altabaque era para ellos el jardín de las Hepérides, y la niña era el dragón que lo guardaba. La comedia me divirtió largo rato; al final, yo consumé el desenlace al pagarle a la niña las manzanas y hacer distribuírselas a los mozuelos. Asistí entonces a uno de los más dulces espectáculos que halagar puedan el corazón de un hombre, el de ver extenderse por todo mi alrededor la alegría unida a la inocencia de la edad. Porque los propios espectadores, al verla, la compartieron, y yo que compartía tan barato esa alegría, tenía además la de sentir que era obra mía.

Al comparar este entretenimiento con los que acababa de dejar, sentía con satisfacción la diferencia que hay entre los gustos sanos y placeres naturales y los que la opulencia hace nacer, y que apenas son algo más que placeres de burla y de gustos exclusivos engendrados por el desprecio. Pues, ¿qué placer podía obtenerse viendo tropeles de hombres envilecidos por la miseria amontonarse, aplastarse, baldarse brutalmente para arrancarse ávidamente unos trozos de ñoclos pisoteados y cubiertos de barro?

Por mi parte, cuando he reflexionado bien sobre la especie de voluptuosidad que experimentaba en este tipo de ocasiones, he encontrado que consistía menos en un sentimiento benéfico que en el placer de ver semblantes contentos. Este aspecto tiene para mí un encanto que, bien que penetra hasta mi corazón, parece ser únicamente de sensación. Si no veo la satisfacción que causo, aun cuando estuviera seguro de ella, no gozaría más que a medias. Incluso para mí se trata de un placer desinteresado que no depende de la parte que yo pueda tener. Porque en las fiestas del pueblo siempre me ha atraído vivamente el de ver alegres los semblantes. Esta expectativa, empero, se ha visto frustrada con frecuencia en Francia, donde esta nación que se pretende tan alegre escasamente muestra esa alegría en sus juegos. Antaño iba con frecuencia a los merenderos para ver bailar al pueblo llano: pero sus bailes eran tan desabridos, su porte tan doliente, tan lerdo, que salía de allá más contristado que regocijado. Pero en Ginebra y en Suiza, donde la risa no se evapora sin cesar en locas malignidades, todo en las fiestas respira contento y alegría, la miseria no presenta allí su repelente aspecto, el fasto tampoco enseña su insolencia, el bienestar, la fraternidad, la concordia preparan los corazones para su eclosión, y con frecuencia en los transportes de una alegría inocente los desconocidos se acercan, se abrazan y se invitan a gozar de concierto de los placeres del día. Para gozar yo mismo de estas amables fiestas, no tengo necesidad de ser parte, me basta con verlas; viéndolas, las comparto; y entre tantos semblantes alegres, estoy seguro de que no hay un corazón más alegre que el mío.

Aunque ello no sea más que un placer de sensación, tiene ciertamente una causa moral, y la prueba está en que este mismo aspecto, en lugar de halagarme, de agradarme, puede desgarrarme de dolor y de indignación cuando sé que tales signos de placer y de gozo en los rostros de los malvados no son sino marcas de que su malignidad está satisfecha. La alegría inocente es la única cuyos signos halagan mi corazón. Los de la cruel y burlona alegría lo aplanan y lo afligen aunque carezca de relación alguna conmigo. Desde luego, estos mismos signos no podrían ser exactamente los mismos partiendo de principios tan diferentes: pero a la postre, son asimismo signos de alegría, y sus diferencias sensibles no son probablemente proporcionales a las de los movimientos que excitan en mí.

Los de dolor y pena me son aún mas sensibles, hasta el punto de que me es imposible soportarlos sin verme yo mismo agitado por emociones aún más vivas quizás que las que

Librodot

representan. Al fortalecer la sensación, mi imaginación me identifica con el ser sufriente y me depara con frecuencia más angustia de la que él mismo siente. Un rostro descontento es todavía un espectáculo que me es imposible soportar, sobre todo si me cabe pensar que ese descontento me concierne. No sabría decir cuántos escudos me ha arrancado el aire gruñón y desbrido de los criados que sirven a regañadientes en las cosas a donde otrora hube cometido la estupidez de dejarme arrastrar, y donde los domésticos siempre me han hecho pagar muy cara la hospitalidad de los amos. Siempre demasiado afectado por objetos sensibles y sobre todo por los que llevan signo de placer o de pena, de benevolencia o de aversión, me dejo arrastrar por estas impresiones exteriores sin poder hurtarme a ellas de otro modo no siendo mediante la huida. Un signo, un gesto, la mirada de un desconocido basta para turbar mis placeres o calmar mis cuitas; no estoy en mí más que cuando estoy solo, fuera de eso, soy el juguete de cuantos me rodean.

Antaño vivía con placer en el mundo, cuando no veía en todos los ojos sino benevolencia o, en el peor caso, indiferencia en aquéllos para quienes yo era desconocido. Pero hoy día que no se toman menos trabajo por mostrar mi rostro al pueblo que por enmascararle mi natural, no puedo poner un pie en la calle sin verme rodeado de objetos desgarradores; me apresuro a ganar el campo a zancadas; no bien veo el verdor, comienzo a respirar. ¿Hay por qué asombrarse si amo la soledad? En los rostros de los hombres no veo más que animosidad, y la naturaleza siempre me sonríe.

Sin embargo, aún siento placer, preciso es confesarlo, en vivir en medio de los hombres en tanto mi rostro les es desconocido. Pero es éste un placer que apenas se me deja. Hace unos años todavía me gustaba atravesar los pueblos y ver de mañana a los labriegos aviando los manguales, o a las mujeres a la puerta con sus niños. Tal visión tenia un no sé qué que emocionaba mi corazón. A veces deteníame, sin guardarme, a mirar los trasiegos de aquellas buenas gentes y sentíame suspirar sin saber por qué. Ignoro si se me ha visto sensible a este pequeño placer y si se ha querido quitármelo una vez más; pero por el cambio que percibo a mi paso en los semblantes, y por el aire con que se me mira, me he visto obligado a comprender que se ha puesto gran cuidado en privarme del incógnito. Lo mismo me ha pasado de un modo más marcado aún en los Inválidos. Este bello establecimiento siempre me ha interesado. Nunca veo sin enternecimiento y veneración a esos grupos de buenos ancianos que como los de Lacedemonia pueden decir:

Fuimos antaño
jóvenes, valientes y audaces.

Uno de mis paseos favoritos era alrededor de la Escuela Militar, e iba encontrando acá acullá algunos inválidos que, habiendo conservado la antigua honestidad militar, me saludaban al pasar. Este saludo que mi corazón les devolvía por centuplicado me halagaba y aumentaba el placer que tenía en verlos. Como no sé esconder nada de cuanto me afecta, hablaba con frecuencia de los inválidos y de la manera en que me afectaba su aspecto. No hizo falta más. Al cabo de un tiempo me di cuenta de que ya no era un desconocido para ellos, o más bien, de que lo era bastante más, pues que me veían con los mismos ojos que el público. Adiós honestidad, adiós saludos. Un aire repulsivo, una mirada sañuda habían sucedido a su primigenia urbanidad. No permitiéndoles la antigua franqueza de su oficio, como a los demás, cubrir su animosidad con una máscara socarrona y traidora, me mostraban

Librodot

abiertamente el odio más violento, y tal es el exceso de mi miseria que me veo forzado a distinguir en mi estima a aquéllos que menos me disfrazan su furor.

Desde entonces me paseo con menos gusto por los Inválidos; sin embargo, como mis sentimientos hacia ellos no dependen de los suyos hacia mí, sigo viendo con respeto y con interés a estos antiguos defensores de su patria: pero me es muy duro verme tan mal pagado de su parte, para la justicia que les hago. Cuando por casualidad encuentro alguno que ha escapado a las instrucciones comunes, o que al no conocer mi cara no me muestra ninguna aversión, el honesto saludo de ese solo me restituye de la actitud arisca de los demás. Los olvido para no ocuparme sino de él, y me imagino que tiene una de esas almas como la mía, donde el odio no podría penetrar. Aún tuve este placer el año pasado al pasar las aguas para irme a pasear a la isla de los Cisnes. Un pobre viejo inválido esperaba en compañía en una barca para atravesar. Me presenté y dije al barquero que partiera. El agua estaba revuelta y la travesía fue larga. Casi no me atrevía a dirigir la palabra al inválido por miedo a ser zaherido y rechazado como de ordinario, pero su aspecto honesto me tranquilizó. Charlamos. Parecióme hombre de juicio y de principios. Me sorprendió y me encantó su tono abierto y afable; no estaba acostumbrado yo a tanto favor; mi sorpresa cesó cuando supe que había llegado recientemente de provincias. Comprendí que no le habían enseñado mi figura ni aleccionado aún. Aproveché el incógnito para conversar unos momentos con el hombre, y por la dulzura que encontré en ello sentí cuán capaz es la rareza de los más comunes placeres de aumentar su valía. Al bajar de la barca, él preparaba sus dos pobres ochavos. Pagué yo el pasaje y le rogué que se los guardara temblando de encresparle. No ocurrió así; al contrario, pareció sensible a mi atención y, sobre todo, a la que tuve aún, pues él era más viejo que yo, de ayudarle a bajar de la barca. ¿Quién creería que fui tan niño como para llorar de contento? Me moría de ganas de ponerle una moneda de veinticuatro soles en la mano para tabaco; nunca me atreví. La misma vergüenza que me contuvo me ha impedido con frecuencia hacer buenas obras que me habrían colmado de gozo y de las que sólo me he abstenido deplorando mi imbecilidad. Aquella vez, después de haber dejado al viejo inválido, me consolé enseguida pensando que, al mezclar con las cosas honestas un precio en dinero que degrada su nobleza y mancilla su desinterés, habría actuado, por así decir, contra mis propios principios. Hay que acudir solícito en socorro de quienes lo necesitan, pero en el comercio ordinario de la vida, dejemos a la benevolencia natural y a la urbanidad hacer cada una su obra, sin que nunca nada venal ni mercantil ose rondar una tan pura fuente para corromperla o para alterarla. Se dice que en Holanda el pueblo se hace pagar por deciros la hora y por mostraros el camino. Debe ser un pueblo bien despreciable el que así trafica con los más elementales deberes de la humanidad.

He observado que únicamente en Europa es donde se vende la hospitalidad. En toda Asia se os aloja gratuitamente; comprendo que uno no encuentre allí tan bien todas las comodidades. Pero, ¿no significa nada poder decirse: soy hombre y bien recibido entre humanos? Es la humanidad pura la que me da cobijo. Las pequeñas privaciones se aguantan sin pena cuando el corazón está mejor tratado que el cuerpo.

DÉCIMO PASEO

Hoy, día de Pascua Florida, se cumplen precisamente cincuenta años de mi primer conocimiento de la señora de Warens. Ella tenía entonces veintiocho años, habiendo nacido con el siglo. Yo aún no tenía diecisiete, y mi temperamento naciente, aunque a la sazón lo

Librodot

ignoraba, daba un nuevo calor a mi corazón lleno de vida naturalmente. Si no era sorprendente que ella concibiera benevolencia para con un joven vivo, aunque dulce y modesto, bastante agradable de figura, aún lo era menos el que una mujer encantadora, llena de espíritu y de gracias, me inspirara junto con el reconocimiento, sentimientos más tiernos que yo no distinguía. Pero lo que resulta menos ordinario es que aquel primer momento me determinó para toda la vida y produjo por un encadenamiento inevitable el destino del resto de mis días. Mi alma, cuyas más preciosas facultades mis órganos no habían desarrollado, carecía aún de forma definida alguna. Esperaba con una especie de impaciencia el momento en que debía dársela, y ese momento acelerado por aquel encuentro no llegó, empero, tan pronto, y en la simplicidad de costumbres que la educación me había dado, vi durante largo tiempo prolongarse para mí ese estado delicioso, aunque rápido, en que el amor y la inocencia habitan el mismo corazón. Ella me había alejado. Todo me la recordaba, hubo que volver a ella. El regreso fijó mi destino, y mucho tiempo aún antes de poseerla, tan sólo vivía en ella y para ella. ¡Ay, si yo hubiera bastado a su corazón como ella bastaba al mío! ¡Qué apacibles y deliciosos días habríamos pasado juntos! Los hemos pasado de esos, ¡pero cuán breves y rápidos han sido y qué destino los ha seguido! No hay día que no recuerde con gozo y ternura aquel único y breve tiempo de mi vida en que fui plenamente yo, sin mezcla y sin traba, y en que puedo realmente decir que he vivido. Puedo decir casi como aquel prefecto del pretorio que, caído en desgracia bajo Vespasiano, fue a terminar apaciblemente sus días en el campo. "H le pasado setenta años en la tierra y he vivido siete.» Sin aquel corto pero precioso espacio habría permanecido quizás inseguro de mí, pues que todo el resto de mi vida, débil y sin resistencia, he sido de tal modo agitado, zarandeado, baqueteado por las pasiones ajenas, que, casi pasivo en una vida tan borrascosa, me costaría desenmarañar lo que hay de mí en mi propia conducta, tanto me ha acuciado la dura necesidad. Pero durante aquel escaso número de años, amado por una mujer llena de complacencia y dulzura, hice lo que quería hacer, fui lo que quería ser, y por el empleo que hice de mis ocios, ayudado por sus lecciones y su ejemplo, supe dar a mi alma aún simple y nueva la forma que más le convenía y que siempre ha conservado. El gusto por la soledad y la contemplación nació en mi corazón con los sentimientos expansivos y tiernos hechos para ser su alimento. El tumulto y el ruido los oprimen y los ahogan, la calma y la paz los reaniman y los exaltan. Tengo necesidad de recogerme para amar. Convencí a mamá para vivir en el campo. Una casa aislada en la pendiente de un valle fue nuestro asilo, y ahí es donde en el espacio de cuatro o cinco años he gozado de un siglo de vida y de una dicha pura y plena que cubre con su encanto todo lo que mi suerte presente tiene de horrible. Tenía necesidad de una amiga según mi corazón, la poseía. Había . deseado el campo, lo había obtenido; no podía soportar las ataduras, era perfectamente libre, y más que libre, pues que atado por mis solos vínculos, no hacía más que lo que quería hacer. Todo mi tiempo estaba lleno de cuidados cariñosos o de ocupaciones campestres. No deseaba nada más que la continuación de un estado tan dulce. Mi sola cuita era el temor de que no durara mucho tiempo, y este temor, nacido de la estrechez de nuestra situación, no carecía de fundamento. Desde entonces, pensé en darme, al mismo tiempo, diversiones para tal inquietud y recursos para prevenir su efecto. Pensé que una provisión de talentos era el recurso más seguro contra la miseria, y resolví emplear mis ocios en ponerme en estado, si cabía, de devolver un día a la mejor de las mujeres la asistencia que había recibido.

Librodot